William S. Maltby

La Leyenda Negra en Inglaterra

Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660

En el curso de la lucha entre España y la Inglaterra de los Tudor, el antihispanismo llegó a ser parte integral del pensamiento inglés. Escritores y libelistas se esforzaron por exaltar el sentimiento patriótico exagerando —y no pocas veces inventando— ejemplos de la crueldad y la perfidia española. El resultado fue la leyenda negra que con el paso de los siglos ha tenido gran influencia sobre la literatura, la política, la historia y el cine, y que, aun hoy, está lejos de disiparse.



William S. Maltby

La Leyenda Negra en Inglaterra

Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The black legend in England. The development of anti-Spanish sentiment, 1558-1660*
William S. Maltby, 1971
Traducción: Juan José Utrilla

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0
Edición digital: ePubLibre, 2018
Conversión a pdf: FS, 2019








ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

ESTE estudio es producto de un interés continuo y profundamente arraigado en el desarrollo de actitudes antiespañolas en el mundo de habla inglesa. Como muchos otros norteamericanos, yo había absorbido antihispanismo en películas y literatura popular mucho antes de que este prejuicio fuese confirmado por mis maestros de escuela. Por tanto, descubrir un punto de vista absolutamente distinto en las obras de historiadores serios fue para mí toda una sorpresa. Aunque muchos de ellos conservaron una tendencia decididamente antiespañola, otros, como Garrett Mattingly y su gran predecesor Roger Bigelow Merriman, pintaron un cuadro más equilibrado, sin sacrificar por ello la precisión histórica.

Fue así como entré en contacto con la Leyenda Negra antes de conocer su nombre; y cuando, como estudiante graduado en la Duke University, llegué a conocer las obras de los hispanistas, mi curiosidad no tuvo límites. Aunque aquellos escritores habían establecido la existencia de semejante leyenda, me pareció que las explicaciones que daban sobre sus orígenes planteaban más preguntas que respuestas. Quise saber cómo se había originado el sentimiento antiespañol, por qué parecía tan persistente y tan difundido, y si había sido lo bastante poderoso —o no— para ejercer una influencia demostrable sobre los hechos históricos. Este libro constituye un intento de responder a

tales preguntas dentro del marco de un solo país y de un siglo. Tengo esperanzas de que, por estrecho que sea su enfoque, sus conclusiones ofrezcan una visión del desarrollo de prejuicios nacionales como fenómeno general.

Por su ayuda y consejo en la preparación de este libro, deseo expresar mi más honda gratitud a los profesores Arthur B. Ferguson y John Tate Lanning, de la Duke University, quienes me ayudaron en la obra desde su concepción; vaya también mi agradecimiento al profesor S. T. Bindoff, del Queen Mary College, Universidad de Londres, por sus valiosos consejos sobre la Inglaterra de los Tudor y sobre los peligros de investigar en Londres. Debo hacer notar que esta obra no habría podido llevarse a término sin la ayuda de una beca Fulbright para estudiar en Inglaterra. Para terminar, una nota especial de agradecimiento a todas las amables personas, demasiadas para poder mencionarlas, que hicieron sugestiones y ayudaron a preparar el manuscrito.

St. Louis, Miussouri

Junio de 1969

I. INTRODUCCIÓN

LA EXISTENCIA de una Leyenda Negra que sistemáticamente denigra el carácter y las realizaciones del pueblo español fue reconocida en el mundo hispánico desde hace aproximadamente cuatro siglos. Cuando el gran satírico Quevedo llamó por vez primera la atención hacia el fenómeno en su *España defendida*, de 1604, estaba respondiendo a acusaciones que desde hacía varias décadas perturbaban a sus conciudadanos. Desde esa fecha, la preocupación de España por su buena fama ha disminuido tan poco que los extranjeros hostiles a ella afirman que han descubierto allí una especie de engaño paranoico en masa, causado por su "aislamiento" de la corriente principal de la vida europea. Hay, por supuesto, una extensa bibliografía sobre la Leyenda Negra, mas para explicar su existencia no se requieren teorías esotéricas. Es una reacción comprensible al gran cuerpo de la opinión según el cual, en realidad, los españoles son inferiores a otros europeos en aquellas cualidades que comúnmente se consideran civilizadas.

Los hispanistas han atribuido desde hace tiempo este prejuicio a las tergiversaciones de los hechos históricos cometidas por los enemigos de España, pero fue Julián Juderías, sociólogo español, el primero en afirmar que dichas tergiversaciones constituían una Leyenda Negra, acuñando así el término, cuyo significado estableció más o menos

definitivamente en 1912. A Juderías le enfureció particularmente la idea de que España fuera la sede de la ignorancia y del fanatismo, un páramo intelectual incapaz de ocupar su lugar como nación moderna.[1] Estaba convencido, tal vez con razón, de que este concepto prevalecía entre los intelectuales europeos de su época, pero en su afán de destruir el mito del atraso español descuidó otro aspecto no menos importante de la Leyenda Negra: el estereotipo del español mismo como lascivo, mentiroso y cruel.

Es comprensible esta pesada insistencia en la reputación cultural de España. Juderías era un intelectual. Y también, como tantos escritores españoles, solía mirar a París en busca de guía, no a Londres ni a Ámsterdam, y su conocimiento de la literatura popular inglesa debió de ser muy superficial. En ese caso. Juderías no conoció las más burdas manifestaciones del antihispanismo, pues Inglaterra y los Países Bajos son un venero del sentimiento antiespañol, no contaminado por pretensiones intelectuales. Da crédito, pues, a este patriota sociólogo el que, pese a su limitado punto de vista, nos diera una historia concisa y, hasta donde llegó, admirable, de la Leyenda Negra.

Según Juderías, las raíces del antihispanismo deben buscarse en lo que él llamó “la tradición protestante”. A partir de la revuelta de los Países Bajos en el siglo XVI, documentos como la *Apología* de Guillermo de Orange y las *Relaciones* de Antonio Pérez pintaron a España como cruel opresora, cuyo enorme poderío estaba al servicio de la causa de la ignorancia y la superstición.[2] Aun cuando estas dos obras tenían por objeto desacreditar a Felipe II antes que a España, y a pesar de que Juderías no citó otros ejemplos, su argumento era válido. Los esfuerzos de España como paladín del catolicismo durante los siglos XVI y XVII le valieron al país el odio imperecedero de los protestantes en todo rincón de

Europa, hasta un grado tal que acaso no lo hayan notado ni aun los propios hispanistas. Es asombrosa la enorme cantidad de material antiespañol que salió de las prensas de la Europa protestante durante este periodo y fue hábilmente suplementado por la labor de quienes, aun cuando favorables a la Contrarreforma, veían con malos ojos el poderío de España y su tendencia a intervenir en los asuntos de Francia y de Italia.

Esto fue, desde luego, sólo un principio. Los escritores de la Ilustración, en su lucha contra la superstición y la intolerancia, vieron en España el blanco ideal para sus pullas. Hombres como Raynal, Marmontel, Roucher y DePauw saltaron ávidamente sobre el testimonio de los protestantes y repitieron los relatos de Bartolomé de las Casas para probar que España y barbarie eran casi sinónimos.[3] Su redescubrimiento de Las Casas, que en el siglo XVI había escrito una apasionada denuncia de las crueldades españolas en el Nuevo Mundo, es de particular interés, ya que vino a añadir a la Leyenda Negra un elemento que luego han subrayado los hispanistas. Pero Juderías, con razón, prefirió concentrar su fuego contra aquel argumento de que España, tierra de la Inquisición y de la ortodoxia, era ejemplo no superado de los males del clericalismo. Consideró que aquella impresión, tan cuidadosamente fomentada, podía explicar la antipatía del siglo XIX liberal a su patria, así como el diluvio de manifestaciones de la ira liberal cuando España, después de expulsar a las tropas napoleónicas, también pareció liberarse de los ideales franceses.[4] Juderías concluyó su volumen acusando a ciertos historiadores de su época, en especial a Lea, Pirenne y Motley, de antihispanismo, y haciendo notar la influencia de la guerra hispano-norteamericana para llevar la Leyenda Negra a los Estados Unidos.[5]

Aunque la estructura general de su argumento fuese buena, no dejó de provocar críticas. Los escritores que, de una manera o de otra, han tratado de la Leyenda Negra, son demasiados para mencionarlos aquí, pero algunas contribuciones han sido tan importantes que requieren comentario. Entre ellas se cuenta la obra del historiador argentino Rómulo Carbia, cuya *Historia de la Leyenda Negra Hispano-Americana* (Buenos Aires, 1943) analizaba el desarrollo del antihispanismo en la América Latina durante las guerras de independencia, y trataba con cierta extensión de la influencia de Las Casas.

Más radicales fueron los escritos de Sverker Arnoldsson, quien rechazó las ideas de Juderías en favor de una interpretación original y propia. La Leyenda Negra era, a su juicio, mucho más vieja de lo que alguien hubiese imaginado. Sus orígenes se remontaban a los primeros días del Renacimiento italiano, cuando las actividades de los mercaderes catalanes y los príncipes aragoneses causaron resentimientos por toda Italia.[6] Sin mencionar fuentes específicas, notó que los "humanistas prerrenacentistas" tildaron a los españoles que conocían de *"rudos, ignorantes, sin intereses intelectuales"* y arguyo, de modo mucho más conveniente, que la conducta de España durante el siglo XVI hizo poco por borrar esta impresión. La lucha por Nápoles y las atrocidades cometidas en Roma en 1527 contribuyeron, indiscutiblemente, al antihispanismo en Italia, así como la introducción de costumbres y modas españolas.[7] El descubrimiento de una Leyenda Negra en Alemania, a partir de *"la ocupación de este país por tropas de la Península"* durante las Guerras de Esmalcalda, no carece de fundamento,[8] aunque quizá sea exagerado llamar "ocupación" al envío de una fuerza relativamente pequeña.

Todas estas obras, que no son sino una muestra de lo que se ha escrito sobre la Leyenda Negra, nos han ayudado mucho a comprender el fenómeno. Lo han definido y, hasta cierto punto, han ubicado sus fuentes, pero no han seguido su desarrollo en Inglaterra. Esto es dos veces lamentable, no sólo porque el sentimiento antiespañol ha sido poderoso en los países anglosajones, sino porque la Leyenda Negra inglesa tiene ciertos rasgos únicos que pocas veces se encuentran en otros países. Por una parte, los ingleses han mostrado poco interés en criticar las normas intelectuales españolas. Han creado, en cambio, un estereotipo formidable del hombre español, que abarca casi todos los vicios y las insuficiencias que se conocen. Los lectores de las novelas históricas anglosajonas conocen demasiado bien este linchamiento general. Cuando el español se encuentra en ventaja, su crueldad y soberbia son insoportables. Cuando se ve reducido a su verdadera dimensión por algún impecable héroe nórdico, es mezquino y adulador, es un cobarde cuya afición a las conjuras y traiciones sólo es inferior a su incapacidad para llevadas a buen término.[9]

Por muchas razones, la continuada existencia de este estereotipo en el mundo angloparlante es anacrónica. Los Estados Unidos poseen, de larga data, una tradición literaria española, y siempre ha habido no pocos ingleses y norteamericanos que han quedado fascinados por España, y que están listos, de ser necesario, a defender su reputación. La visión tradicional del papel histórico de España ha sido modificada, hasta cierto punto, por historiadores serios, y cada verano miles de turistas británicos y norteamericanos descienden en la península ibérica en busca del sol y de cultura a precios reducidos. Todo esto ha producido, fuera de toda duda, un mayor respeto a España y su pueblo, pero,

en grado notable, esté respeto aún no se refleja en las películas, los libros de texto o la literatura popular.[10]

Resulta natural sospechar que semejante paradoja se ha nutrido de la continuada incapacidad de algunos famosos maestros e historiadores para liberarse de sus propios prejuicios antiespañoles. La magnitud de este problema puede verse en una muestra, tomada al acaso, de libros de historia que se estudian en las *high schools* de los Estados Unidos. “Primero [Cortés] traicionó al gobernador de Cuba, y luego traicionó al emperador Moctezuma. El emperador había recibido a los españoles como descendientes del dios Quetzalcóatl. Cortés se lo pagó aprisionándolo”[11]. Esto es, según cierto escritor, todo lo que los estudiantes norteamericanos de bachillerato deben saber acerca de la conquista de México. Tres siglos de actividad española en el Nuevo Mundo son desdeñados con el comentario de que la “sed de oro” impidió todo verdadero desarrollo, y que aun el metal precioso fue “despilfarrado” por los imprevisores españoles[12]. Los autores de otro texto quedaron tan impresionados por este tema que todo su capítulo acerca de los esfuerzos de la colonia española se titula “La sed de oro”.[13] mientras que otro autor más concluye su presentación con el siguiente tema para discutir en clase: “Nómbrense algunos hombres de tiempos recientes que hayan tratado de obtener poder sin parar en escrúpulos”[14].

A aquellos estudiantes para quienes un libro de texto representa un compendio de la verdad histórica, estas tergiversaciones pueden quedarles para siempre sin corregir, pero aun los que tengan la suerte de pasar de este nivel encontrarán otros ejemplos del mismo sentimiento expresados por escritores más formidables en los cuatrocientos años anteriores, y publicados en cada rincón del mundo de habla inglesa.

Si esto es así, ¿por qué la Leyenda Negra ha pasado inadvertida a los ojos de los estudiosos ingleses? Acaso la respuesta se halla en una falacia común a casi toda obra escrita sobre el tema: la idea de que un antihispanismo universal no tiene más que un punto de origen. Según esta opinión, la Leyenda es como un gran árbol cuya raíz primaria encuéntrase en algún hecho histórico específico, tal como fue narrado por alguien como Las Casas o Guillermo de Orange. Sus ramificaciones brotaron de los esfuerzos de hombres menores que, habiendo leído el original, se sintieron inspirados a mejorarlo. Con excesiva frecuencia, la fuente de esta inspiración subsidiaria queda sin revelar, así como la proliferación de una literatura antiespañola antes de que se publicaran los escritos en cuestión.

Permítasenos citar nuevamente, como ejemplo, la obra de Sverker Arnoldsson. Aunque dispuesto a reconocer los orígenes históricos del antihispanismo, destacó un grupo de fuentes a expensas de otros, fundamentando su selección en el seductor principio de la cronología. Así, declara sin ambages que la Leyenda Negra es de origen italiano, sobre la base de que, al parecer, surgieron escritos antiespañoles en Italia antes de que en ninguna otra parte.[15] Esto bien puede ser verdad; pero semejante afirmación deja sin explicar cómo los sentimientos de los italianos se transmitieron al resto de Europa. Aunque está fuera de duda que no pocos veían con desagrado las actividades españolas, los dos historiadores italianos más conocidos en la Inglaterra isabelina no dan mayor confirmación a ese hecho. Maquiavelo[16], quizá el más célebre, no mostró gran interés en los méritos relativos de los invasores de Italia, pero su elogio de Fernando de Aragón es del orden más elevado. La mayoría de los ejemplos que ofrece *El príncipe* son, desde luego, clásicos, y la *Historia de Florencia* termina antes del

comienzo de la influencia de España. En ninguna de las dos obras puede discernirse antihispanismo alguno.

Guicciardini, quien si trató el período de influencia española, requiere un examen más minucioso. Su *Storia d'Italia*, traducida al inglés por Geoffrey Fenton como *The Historie of Guicciardin, conteining the warres of Italy*, tuvo tres ediciones inglesas en 1579, 1599 y 1618, y su éxito se justifica no menos por su objetividad que por sus méritos literarios. Aunque la partición de Nápoles, tal como él la describe, nunca provocaría la admiración de los moralistas, elogia a los soldados españoles por su valor, tesón y capacidad para soportar "largos viajes y perplejidades"[17]. Invariablemente se refiere a su jefe, Gonzalo de Córdoba, como "el Gran Capitán", y casi absuelve a los españoles que participaron en el saqueo de Roma, echando la mayor culpa de esta atrocidad a los lansquenetes alemanes[18].

Reconozcamos que Inglaterra no es la única piedra de toque para las pruebas de la Leyenda Negra, pero notemos que los italianos no pudieron ser responsables del antihispanismo que floreció allí en los siglos XVI y XVII. Es obvio que los orígenes de tal sentimiento fueron múltiples. Varias naciones, entre ellas Italia e Inglaterra, reaccionaron desfavorablemente a ciertas actividades españolas, y sus actitudes se fortificaron al enterarse de reacciones similares a través del intercambio cultural. Sólo al transcurrir el tiempo llegaron a fundirse en la universal Leyenda Negra de hoy, y aún no completamente. Arnoldsson, desde luego, no se percató de esto y, al subrayar un punto de origen con exclusión de los demás, tendió a fomentar una sobresimplificación. Nuestro estudio, que también se concentra en los esfuerzos de una sola nación, puede quedar expuesto a esa misma crítica. Entonces, ¿por qué lo emprendimos?

Los estereotipos nacionales son un componente auténtico y perturbador del mundo en que vivimos. Son parte inherente a la conciencia nacional y a ese nacionalismo entre cuyas fuentes se encuentran dos guerras mundiales y una muchedumbre de estados pequeños y amargados, pocos de los cuales son capaces de mantener a su población. En estas circunstancias, parece que este fenómeno es digno de investigarse. El hecho de que hasta hoy no se haya intentado semejante tarea es un tributo a las dificultades que implica. No hay nada tan difícil de descubrir como las creencias privadas de una generación que murió hace cuatro siglos, y nada tan difícil de rastrear como la repercusión de tales creencias sobre la historia subsiguiente. Para enfrentarse a tal problema es indispensable aislar un solo prejuicio nacional y seguirlo desde sus principios en una serie de hechos históricos hasta el primero de sus resultados perceptibles. Puede esperarse, entonces, que sea útil como paradigma para el entendimiento de otros prejuicios semejantes, donde y cuando broten.

Para este papel, hemos seleccionado al antihispanismo en Inglaterra por su venerable antigüedad. Formado en los días en que el hombre europeo buscaba a tientas un concepto de nación, avivado por antagonismos religiosos que aún no han muerto, y por una intensa rivalidad en el imperio de ultramar, es digno prototipo de los odios que están desarrollándose en nuestra época. A mayor abundamiento, la carrera del antihispanismo anglosajón ha sido fascinante. Es innegable que la Leyenda Negra ha desempeñado un papel considerable en las difíciles relaciones de los Estados Unidos con sus vecinos hispanohablantes, y sigue influyendo en la política británica con respecto a España. Por difícil que sea aislarla, continúa siendo un factor de peso en los asuntos internacionales.

Para los norteamericanos, el estudio de un prejuicio nacional tiene un interés mayor aún. En más de un aspecto, la posición de los Estados Unidos en el siglo XX se asemeja a la de España en el XVI. Blandiendo un poderío enorme en defensa de un ideal esencialmente conservador, se encuentra como blanco del odio y los celos tanto de amigos como de enemigos. Nadie que lea los periódicos podrá dudar de que las naciones del mundo están compilando una nueva Leyenda Negra, ni de que los Estados Unidos son la presunta víctima. Como España, los Estados Unidos han disfrutado de un poderío mundial; como España, se han permitido llevar la autocrítica hasta el extremo; y, a la postre, su destino puede ser el mismo. También los Estados Unidos pueden vivir para ver olvidadas sus glorias y desacreditadas sus más grandes realizaciones por el talento de sus enemigos para la polémica.

Para aquellos cuya modestia y sentido común no les permiten tales especulaciones, el tema tiene un aspecto de interés menos controvertible. Al seguir el desarrollo de un estereotipo nacional, había que prestar cierta atención al modo en que se formaba la opinión pública. Aunque los historiadores se han interesado recientemente en la "propaganda" de los Tudor, nadie, que yo sepa, ha intentado estudiar el trato dado a un solo tema extenso en la prensa popular. Hoy, es posible descubrir no sólo lo que se decía acerca de España, sino quién lo decía y, en muchos casos, por qué. Vemos en retrospectiva que ésta ha sido la parte más ardua de la tarea, pues poco se sabe de los hombres que publicaron los folletos, pliegos e historias populares que formaron una parte tan voluminosa de la producción literaria de Inglaterra entre 1558 y 1660. Aún no se inventaba la libertad de prensa, y quienes ponían en el papel sus ideas políticas hacían bien en permanecer anónimos. Así,

pues, aunque la búsqueda no ha sido enteramente fructífera, es de esperar que nos dé algunos nuevos atisbos de la literatura popular inglesa y de los frustrados intentos de tres gobernantes sucesivos por contenerla.

Para alcanzar estos objetivos ha sido necesario depender en exceso de las fuentes literarias. Aunque los testimonios se han alineado sin dificultad dentro del marco de los hechos históricos, aún proceden algunas advertencias de precaución. Hemos de insistir en que hasta los más virulentos escritos antiespañoles fueron obra de individuos que respondían a acontecimientos históricos específicos, y en que las ocasiones en que, subsiguientemente, volvieron a salir a colación, tenderían a asemejarse mucho a los que inicialmente los habían inspirado. Por esta razón, ha sido necesario organizar este estudio en tomo a los propios acontecimientos, y no alrededor del carácter o la nacionalidad de los escritores. Luego, debemos recordar que la palabra escrita no sólo influye sobre la opinión popular sino que, asimismo, la refleja. Sin ánimo de resucitar la vieja controversia sobre el huevo y la gallina, bueno será observar que los hombres de quienes tratamos desempeñaron una función muy similar a la del periodista moderno. Su ingreso económico dependía de un entendimiento básico de los prejuicios de sus lectores o de los de algún poderoso patrono. Y aunque sus esfuerzos literarios pudieron influir sobre los indecisos, también son prueba de que un sólido cuerpo de la opinión pudo sacar sus propias conclusiones de un acontecimiento como el de la Armada.

Una observación final. La Leyenda Negra quizá no constituya un punto de vista legítimo ni justificable, pero se debe tener en cuenta que es una leyenda, no un mito. Como leyenda surgió de hechos reales, y éstos no se pueden pasar por alto en beneficio de un bando. Los españoles cometieron

graves injusticias, pero también las cometieron hombres de otras naciones, y un estudio comparativo de crímenes nacionales, aunque pudiera resultar revelador, es sencillamente imposible. Aunque este estudio mostrará que las culpas de España fueron exageradas por sus enemigos, y que estos enemigos han sido reos de enormidades semejantes, su propósito no es hacer una comparación de la moral de las naciones ni una vindicación del carácter español. Antes bien, intenta determinar cómo y por qué la reputación de España cayó víctima de la sostenida malicia de sus enemigos; y, al examinar la Leyenda Negra de Inglaterra durante su primer siglo de existencia, lograr una comprensión más completa de todos los fenómenos semejantes.

II. LAS LÁGRIMAS DE LOS INDIOS

EL ANTIHISPANISMO fue en Inglaterra un fruto de la tierra, pero aun de no haber sido así, los escritores no ingleses mencionados por Juderías, Carbia y Arnoldsson, difícilmente habrían podido, por sí solos, iniciar el movimiento. La traducción de sus obras al inglés llegó, en su mayor parte, demasiado tarde en el siglo XVI para ser decisiva, mas a pesar de ello sus esfuerzos no fueron totalmente vanos. Una vez introducidos, sus escritos pronto fueron conocidos y apreciados por un pueblo cuya susceptibilidad a las influencias extranjeras era a la sazón proverbial. El comentario de Drayton de que "el inglés imita y copia todo lo que oye o lo que ve" expresó una verdad que podía perturbar al ardiente patriota, pero que auguraba buenos negocios al traficante en mercancías extranjeras, literarias o no. Escribiendo con brío y destreza, muchos de esos extranjeros encontraron un público ávido y un lugar permanente entre los fundadores del antihispanismo literario. Como en su mayoría eran españoles, sus aportaciones a menudo fueron no intencionales, mas, pese a ello, de gran importancia. Ofrecieron un depósito de relatos antiespañoles al que podía acudirse siempre que la ocasión así lo requiriera, y sólo en sus páginas pudo enterarse el lector inglés de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo.

El más célebre de estos autores fue el fraile dominico Bartolomé de las Casas, que llegó a ser obispo de Chiapas. Su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* ha sido ampliamente celebrada como piedra angular de la Leyenda Negra, y comentada con tal extensión que el profesor Hanke ha advertido contra el peligro de difundir sus acusaciones citando de allí demasiado liberalmente.[1] El hecho de que su autor fuera tan español como los hombres a quienes tan abiertamente condenaba constituyó un marcado toque de ironía y, desde otro punto de vista, dio verosimilitud a sus acusaciones. Si los españoles hablaban tan mal unos de otros, difícil sería censurar a los ingleses por hablar mal de ellos. La crítica interna, por muy constructiva que fuese, rara vez fue tolerada en la Inglaterra isabelina o de los Tudor, y resultaba difícil creer que monarcas absolutos como Carlos V y Felipe II la fomentaran entre sus súbditos. Aparte de las cuestiones de fe, la libertad de palabra fue cara prerrogativa de los españoles durante el Siglo de Oro, y no permitieron que cayera en desuso. Violentas acusaciones de toda una vasta gama de males fueron su resultado, y algunas de ellas, como la *Brevísima relación*, pudieron servir más adelante a la propaganda antiespañola.

La influencia de Las Casas puede encontrarse en toda una variedad de escritos ingleses, y a las versiones de su obra nunca les han faltado compradores. Todavía en 1898 fue impresa en Nueva York una traducción bastante caprichosa de texto como propaganda para la guerra hispano-norteamericana, pero el mundo de habla inglesa ya estaba enterado de su contenido desde la publicación de *The Spanish Colonie, or Brief Chronicle of the Actes and Gestes of the Spaniards in the West Indies* [La colonia española, o Breve crónica de los actos y gestas de los españoles en las Indias Occidentales] en 1583. Menos de un año después,

Richard Hakluyt se refirió a ella en su *Discourse concerning Western Planting* [Discurso acerca de la plantación occidental], y fue, por lo tanto, el primero de los muchos escritores ingleses que la aprovecharon con fines que variaban desde la diatriba hasta el sincero amor al conocimiento. Entre los que reconocieron su deuda se contaron Raleigh, Thomas Gage y Daniel Neal, pero la literatura histórica y polémica de los siglos XVI y XVII contiene muchas más referencias, que sólo pudieron proceder de tal fuente. La necesidad de un mayor conocimiento de la obra fue parcialmente satisfecha por Samuel Purchas, quien la condensó en *Purchas, His Pilgrimes* [Purchas, sus peregrinaciones] como acompañamiento a la expedición de Cádiz de 1625. En esto pudo haber habido simple coincidencia, pero Las Casas siempre ha tenido el don de reaparecer durante los conflictos con España. En 1656, cuando las tropas de Cromwell estaban ocupadas en cumplir el "Designio occidental" en Jamaica, apareció una traducción definitiva, hecha por John Phillips, para fortificar la piadosa indignación de sus vecinos puritanos. Con el dramático titulo de *The Tears of the Indians* [Las lágrimas de los indios] fue reimpresa en 1699.

Este éxito nos obliga a examinar los orígenes de la obra, pues como tantas obras de controversias, había sido pensada como respuesta especifica a una situación determinada. El descubrimiento y la conquista de vastas regiones en el Nuevo Mundo habían colocado a España ante problemas de magnitud sin precedente: cómo enfrentarse a enormes números de recién adquiridos súbditos cuyas culturas no sólo eran ajenas a la experiencia europea, sino que aun diferían considerablemente entre si. Para muchos españoles, como para los aventureros de todo el mundo, la respuesta era: simple explotación; mas a otros, movidos por principios

cristianos o por el sentido común, tal curso les pareció al mismo tiempo inmoral y contraproducente. Aunque durante un tiempo Las Casas fue explotador, luego se dejó ganar para esta última opinión por los sermones de Montesinos, y se lanzó, con todo el celo de un converso, por el curso que había de valerle el titulo de “Apóstol de los indios”. Durante los cincuenta años siguientes de su extraordinaria vida, sostuvo —con notable eficacia— una batalla contra los abusos de los españoles en las Indias, y en particular contra el sistema de encomiendas.

Sobre todo por falta de una documentación extensa, invectivas y controversias han oscurecido la auténtica naturaleza de esta institución. La Corona española, ante el triple problema de recompensar a los conquistadores, obtener ingresos y “civilizar” a los indios, dio con una solución que, al menos en teoría, le permitía alcanzar estos objetivos con un mínimo de molestias y gastos.

Como se declaró en la cédula del 20 de diciembre del año 1503, se encomendaría un número determinado de indios a un fiel servidor de la Corona, por el resto de su vida, siempre que no tratara de abusar de ellos, de venderlos o de legarlos a sus herederos. Quedaba prohibida la esclavización de los indios, y se esperaba que el encomendero les diera protección e instrucción religiosa.[2] Aquello no era apartarse de la práctica europea establecida, y se asemejaba mucho al sistema seguido al distribuir las tierras de los moros después de la toma de Granada en 1492.[3] A los ojos modernos, la encomienda parece un anacronismo antiliberal, pero la anarquía jurídica a la que remplazaba era mucho peor. Trasplantando este sistema al Nuevo Mundo, los soberanos de España lograron contener el desarrollo del tráfico de esclavos e inspirar cierta medida de estabilidad en una situación esencialmente caótica.

No estamos afirmando que el sistema fuese a prueba de abusos ni que fuese enteramente satisfactorio para nadie, aparte de los propios encomenderos. Durante la primera mitad del siglo XVI, a instancias de monjes como Las Casas, se hicieron esfuerzos por modificarlo o suprimirlo. Honra a la justicia y al régimen español el hecho de que las súplicas de tales hombres, en su mayoría humildes frailes, no sólo llegaran al emperador, sino que, además, influyeran sobre su política. Una extensa campaña de cabildeo y persuasión dio por resultado una serie de investigaciones por funcionarios de la Corona, y el 20 de noviembre de 1542, Carlos V puso en vigor las "leyes y ordenanzas recién hechas por Su Majestad para el gobierno de las Indias y la conservación de los indios". Entre otras cosas, estas Nuevas Leyes, como se las llamó, prohibían toda nueva extensión del sistema de encomienda y ordenaban que todas las encomiendas existentes, a la muerte de su beneficiario, volvieran a la Corona. Además, se otorgaron facultades a ciertos servidores reales para investigar las acusaciones de crueldad y para quitar sus indios a todo encomendero que resultase culpable.[4] Semejante legislación tendía claramente a destruir el sistema y si se hubiese mantenido vigente durante más de tres años, habría sido el triunfo culminante de la larga y activa carrera de Las Casas. Lo que ocurrió fue que estuvo a punto de estallar una rebelión entre los conquistadores, furiosos al ver que su arduamente ganada prosperidad les era arrancada, mediante una legislación, por burócratas que no se apartaban de sus sillones. Al cabo de un largo y enconado debate, las Nuevas Leyes fueron derogadas en 1545, pero no antes de que hubiese surgido un documento que, en el tiempo transcurrido desde aquella remota pugna, ha manchado la reputación de España en todo rincón del mundo civilizado. En 1542, tratando de

escandalizar a los funcionarios españoles para que emprendiesen una acción correctiva. Las Casas escribió nueve tratados, defendiendo la causa del indio oprimido. Uno de ellos era la célebre *Brevísima relación*.

Una vez más, es obvio lo irónico de la situación. La más poderosa acusación de la crueldad y la codicia de España es, al mismo tiempo, un monumento a su humanitarismo y su sentido de la justicia. Pero hombres de otras naciones, que escribían al calor del partidismo religioso o nacional, no reconocerían el hecho importantísimo de que el propio Las Casas era español. También debe notarse que, aun cuando la *Brevísima relación* fue impresa por primera vez en 1551, sólo en 1583, al no poder disimularse ya la creciente enemistad entre España e Inglaterra, la primera edición de la obra en inglés apareció en las librerías de Londres. Su prólogo no dejaba la menor duda acerca de las intenciones de sus editores. Al pintar los métodos de los españoles en su trato a los pueblos sometidos, se esperaba que los holandeses y flamencos, empeñados por entonces en su tenaz lucha por la independencia, olvidarían sus rencillas internas y se unirían en una nueva y vigorosa ofensiva contra la "tiranía" de Parma.[5] Como la edición apareció en inglés y no en flamenco o francés, se puede colegir que también intervinieron otras consideraciones.

Los primeros veinte años del reinado de Isabel habían presenciado un continuo aumento de la tensión política en Europa. Con los veteranos del duque de Parma en el otro lado del canal, y con informes de remotas batallas navales, muchos ingleses pensaron que se avecinaban graves perturbaciones, y que todos sus conciudadanos debían estar mentalmente preparados para ellas. Entonces, como ahora, tal preparación consistía en excitar el odio popular contra el enemigo potencial, tarea a la que la *Brevísima relación* se

prestaba admirablemente. Aunque no particularmente extenso para ser un libro, el tratado de Las Casas contenía ya la mayor parte de los elementos de la Leyenda Negra. Al parecer, Las Casas pensaba que los indios precolombinos vivían en un estado de naturaleza, "sin maldades ni dobleces", en una Edad de Oro cuya inocencia primigenia fue quebrantada para siempre por la llegada de los españoles.[6] En un pasaje que fija el tono de toda la obra, presenta vivamente sus acusaciones:

> Los cristianos con sus caballos y espadas e lanzas comienzan a hacer matanzas e crueldades estrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban e hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres, por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros, daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo e burlando, e cayendo en el agua decían: bullís, cuerpo de tal; otras criaturas metían a espada con las madres juntamente, e todos cuantos delante de sí hallaban. Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, e de trece en trece, a honor y reverencia de Nuestro Redemptor e de los doce apóstoles, poniéndoles leña e fuego, los quemaban vivos. Otros, ataban o liaban todo el cuerpo de paja seca, pegándoles fuego así los quemaban.[7]

No se da ninguna explicación de estos insensatos actos de crueldad; pero en otras ocasiones, Las Casas indica que tales atrocidades, si habitualmente no eran resultado de una política, ¡eran actos de conveniencia!

Por increíble que esta excusa pueda parecer, el buen obispo tenía un cuento, más inverosímil aún, para sustentarla. Reconoce que su origen es oscuro, y él mismo no sabe bien cuándo o dónde ocurrió el incidente, pero no por ello deja de narrarlo, proporcionando así a escritores posteriores una de sus acusaciones más frecuentes. En Yucatán —o acaso fuera en la Nueva España—, un español salió de cacería con sus perros. Al encontrarse una mujer india con su hijito, el español notó que sus perros tenían hambre y, arrancando al niño de los brazos de la madre, lo arrojó en pedazos a ellos.[8] Los canes ciertamente debían estar hambrientos para aceptar semejante bocado, y aún más extraño que sus exóticos gustos es el hecho de que tan extraordinaria historia pueda ser tan vaga en sus detalles. Sea como fuere, las normas de la opinión pública al aceptar testimonios siempre han sido muy poco severas, y aquellos españoles que alimentaban sus perros con niños no se han olvidado.

Tales incidentes, sea cual fuere su validez, no tenían que ser tomados como prueba de una depravación nacional, ni lo habrían sido si Las Casas no los hubiese presentado como parte de un programa establecido de atrocidad. Como ejemplo conviene citar la famosa “matanza de Cholula”. Según Las Casas, fue la política de Cortés, de someter a los aborígenes mediante el terror, la que produjo la matanza;[9] pero otros escritores, incluso los que estuvieron presentes en el hecho, lo vieron de otra manera. Gómara, historiador “oficial” de la expedición, afirmó que Cortés simplemente se anticipó a una conspiración para asesinarlo, tramada por los

nobles cholultecas,[10] y Bernal Díaz no consideró necesario contradecirlo.[11] Tal interpretación coloca las crueldades de los españoles bajo una luz completamente distinta. Tomemos en cuenta que Cortés estaba invadiendo un imperio inmenso y muy lejos de ser inocente, a la cabeza de un puñado de tropas. Su empresa sólo podía triunfar si en ocasiones dejaba de lado las delicadezas morales, hecho que aun exploradores ingleses han sabido apreciar en situaciones semejantes.

Fue esta misma escasez de hombres la que condujo al empleo de auxiliares indios (práctica que suele resultar embarazosa, como lo descubrieron los ingleses durante la Revolución norteamericana). Como podía esperarse, la conducta de estos "niños inocentes" ofreció a Las Casas otra ocasión para hacer comentarios horripilantes. Según parece, como las vituallas escasearon durante la campaña de Guatemala, los españoles permitieron a sus aliados alimentarse con la carne de los enemigos capturados, y hasta toleraron que, para su conveniencia, se montase una "solenísima carnecería".[12] Es probable que en esta afirmación haya algo de verdad, pues muchos de los "nobles salvajes" aliados de los españoles indiscutiblemente eran caníbales, y en la confusión general que sigue a toda gran batalla habría sido difícil, y quizás peligroso, oponerse a su apetito de carne humana. Otra cosa es, desde luego, sugerir que necesitaron o recibieron ayuda para destazar a sus víctimas. Sólo podemos concluir que el amor de Las Casas a la caridad era mucho más grande que su apego a la verdad.

No hay por qué admirarse de esas fallas de la imaginación histórica al enfrentarse a los problemas morales de la Conquista. La ambigüedad nunca ha sido recomendable en los clérigos, y Las Casas, como voz de la conciencia, tenía el compromiso de hablar claramente. Por otra parte, sus más

palmarias exageraciones sólo pueden explicarse pensando en el arte del polemista. Su alegato de que entre treinta y cincuenta millones de indios fueron muertos por los españoles es manifiestamente absurdo, y lo ha dejado expuesto a justo ridículo e indignación. Aunque generalmente se acepta que gran número de indios perecieron o fueron muertos en los primeros años del dominio español, también se conviene en que toda la población de la Nueva España no habría podido equipararse con el número de asesinados de la *Brevísima relación*[13]. El historial de la crueldad de España no es envidiable, pero, en contraste con los puritanos de Nueva Inglaterra, los españoles nunca favorecieron una política de exterminio deliberado, y sus crueldades fueron las que siempre han acompañado a la formación de imperios. Rara vez han conquistado tierras nuevas los mansos y delicados, y las colonias españolas no fueron excepción a esta regla.

Si se hubiese pedido a Las Casas que explicara tanta violencia, su respuesta seguramente hubiera sido distinta. A lo largo de todo su libro, la codicia forma contrapunto con la atrocidad, y es probable que, si hubiera enumerado los motivos, la avaricia habría encabezado su lista. Sus informes de exacciones injustas y de indios que mueren de agotamiento son incontables; pero cierto relato, que combina la acerbidad con cierto humor macabro, sirve como ilustración de su argumento principal: que la codicia y la brutalidad estaban obstaculizando la importantísima labor de la conversión, Cuando los conquistadores invadieron la Española, un cacique indio con el inverosímil nombre de Hatuey buscó refugio en la cercana isla de Cuba. No mucho después, sus sueños de encontrar la seguridad se habían disipado, pues los españoles, no contentos con la devastación que habían producido en la patria de Hatuey, se

acercaban también a Cuba. Al oír esta terrible noticia, Hatuey reunió a los indios del lugar, y pronunció un discurso, en que se explayó sobre las crueldades del hombre blanco, crueldades que, según dijo, eran debidas a “un dios a quien ellos adoran y quieren mucho”. En este punto, tomó un cestillo lleno de oro. Diciendo que aquél era el dios de los españoles, pidió a los indios que lo aplacasen danzando y cantando, después de lo cual lo arrojarían al río para que los españoles no llegaran y los mataran por ello.[14]

Es indudable que, al incluir tal relato, Las Casas esperaba horrorizar debidamente a sus conciudadanos, de quienes acaso sospechara que eran más ortodoxos que humanitarios. Al hacerlo, quizá calculara bien, pues fueran cuales fuesen los defectos de su gobierno, ninguna nación igualó a España en su preocupación por las almas de sus nuevos súbditos. En ninguna otra parte viose tal piedad en las intenciones oficiales, tan extensa y culta deliberación sobre cómo podía lograrse mejor la salvación de los indios, y, en último análisis, ninguna otra nación logró inculcar hasta tal punto su religión a una cultura ajena. Mas como clérigo, Las Casas no consideró satisfactorio este progreso. Una de sus quejas mayores y más insistentes, enunciada en una especie de perorata de la *Brevísima relación*, era que los españoles, con toda sus pretensiones de fervor evangélico, no habían hecho nada por las almas de los paganos.[15] Sólo una vez se refiere a la labor de los frailes,[16] haciendo suponer al lector que su silencio corresponde a un vacío religioso, cuando en realidad los incontables ejemplos registrados de valor e idealismo religioso revelan una situación enteramente distinta.

Sus tergiversaciones y exageraciones, pocas de las cuales hemos mencionado aquí, son, en otras palabras, tan graves que arrojan dudas sobre toda su tesis. Que esto generalmente no haya ocurrido es un homenaje no sólo al

fanatismo de sus lectores extranjeros sino, asimismo, a un elemento de verdad que sus obras poseen, como casi todos los escritos de polémica. *Sir* Arthur Helps se puso en ridículo cuando dijo: "No tengo la menor duda de la verdad de cada afirmación que él hace",[17] pero su ingenuidad no resulta mucho mayor que la de ciertos españoles que rechazan a Las Casas en su totalidad porque en ocasiones miente. Los hombres que por primera vez plantaron el estandarte de España en el Nuevo Mundo no siempre se contaban entre los elementos más respetables de la sociedad, y su posición, una vez llegados, tampoco favorecía la moral si antes no la había habido. El peligro constante combinado con una ausencia de autoridad eficiente saca a la luz lo peor que hay en los hombres, y la conducta de muchos conquistadores ha quedado como una mancha en las armas de España. Hemos de concluir, como Lewis Hanke, que "nadie defendería hoy las estadísticas de Las Casas, pero pocos negarían que en sus acusaciones principales había considerable verdad".[18] El hecho de que actos similares ocurrieran siempre que los europeos entraron en contacto con pueblos débiles o pacíficos se refleja en la veracidad de la Leyenda Negra, no de Las Casas. Éste afirmó que unos hombres crueles y bárbaros habían emprendido la colonización de América, y que sus peores excesos debían contenerse por la vía jurídica. Fue su traductor inglés el que añadió que España era una "nación excepcionalmente cruel y bárbara".[19] Pero este traductor no vivió para ver reproducirse los relatos de Las Casas en las colonias de otras naciones, incluso la suya propia. La conducta de los conquistadores a menudo fue terrible, pero muy pocos de sus actos fueron exclusivamente suyos.

Esta sutil distinción por fuerza tuvo que escapársele a un inglés isabelino que veía a España como una amenaza a su

patria y a su religión. Estaba dispuesto a creer lo peor, y la *Brevísima relación* fortificó sus prejuicios. Las circunstancias habrían producido una Leyenda Negra sin Las Casas; pero éste, un español, contribuyó poderosamente a darle forma y contenido.

Sus acusaciones recibieron confirmación de una fuente inesperada, y estamos tentados de decir inobjetable: la *Crónica de la Nueva España*, de Francisco López de Gómara. Escrita por el capellán personal de Cortés, y traducida por un declarado admirador de las proezas españolas, obviamente no era una diatriba, aunque se refería a varios de los incidentes descritos por Las Casas. Relatada desde un punto de vista totalmente distinto, pero con cierta precisión en cuanto a lugares y fechas, dio al lector inglés la sensación de que su prejuicio quedaba corroborado. Thomas Nicholas, que tradujo la *Crónica* al inglés como *The Pleasant Historie of the Conquest of the West India, now called New Spayne*, parece haber sido ignorante de este hecho. En su dedicatoria a *sir* Francis Walsingham, dijo que había emprendido la labor de traducción para que los ingleses pudieran emular a España, sobre todo en los "Territorios del Noroeste", que por entonces exploraba.[20] Acaso Nicholas no fuera hispanófilo: estando al servicio de la Compañía de Levante, había sido detenido por la Inquisición y liberado sólo cinco años después, a instancias personales de Isabel,[21] pero era lo bastante prudente para respetar a sus adversarios. Al publicar la obra en 1578, el antihispanismo popular aún no cobraba la intensidad del decenio siguiente, y al aconsejar rivalidad por medio de emulación, reflejaba la política de su gobierno, de competencia sin guerra declarada.

Por consiguiente, la *Pleasant Historie* no puede considerarse como una aportación a la Leyenda Negra. Gómara intensificó el horror de los relatos de Las Casas

contando cómo ochocientos sobrevivientes de la antes orgullosa nación azteca fueron muertos por los españoles mientras erraban por su ciudad en busca de algunos restos, [22] pero su verdadera importancia se halla en el papel subordinado de testigo inconsciente de las exageraciones de Las Casas.

Otra de las traducciones de Nicholas, *The Strange and Delectable History of the discouery and Conquest of Peru*, no es igualmente inocua. Su autor, Agustín de Zárate, había ido al Perú como *contador de mercedes* de la Audiencia de Blasco Núñez Vela y, por tanto, fue testigo presencial de muchas de las escenas que describió. Aunque orgulloso de las hazañas de sus compatriotas y notablemente poco favorable a los indios, Zárate, como muchos otros en aquellos confusos días que siguieron a la Conquista, fue movido por su partidismo a revelar lo que otros acaso habrían callado. Para cuando él llegó, los vencedores de los incas estaban ya en lucha por el botín, y la enconada pugna entre las facciones de Pizarro y de Almagro produjo no pocos incidentes que causarían regocijo a los hispanófobos del mundo entero. Al apoyar con vehemencia a Pizarro, Zárate fustiga a sus rivales con tal saña que llega a arrojar dudas sobre el carácter español en general aunque, en contraste con el “Apóstol de los indios”, reserva su indignación para los crímenes cometidos por españoles contra sus compañeros. Como muchos de los enemigos de Las Casas, Zárate consideraba a los indios como poco más que bestias, entregados por completo a la perversión y a los sacrificios humanos.[23] A menudo se refiere a la crueldad y la insolencia de los caciques aborígenes, y aunque concede mucha atención a las costumbres de los naturales, no deja la menor duda de que considera la llegada de los españoles, incluso los de Almagro, como una indudable mejora sobre las condiciones

anteriores. Su insensibilidad misma, que trae a la memoria el dicho anglosajón de que "el único indio bueno es el indio muerto", le permitió incluir episodios que todo enemigo de la causa española leería con gusto. Uno de tales relatos presenta a don Diego de Almagro quemando vivo a un cacique por haberse apartado de sus filas. El comentario marginal reza simple y característicamente: "Justicia",[24] pero bien podemos excusar al lector inglés si quedó atónito ante el estado de la jurisprudencia española.

Por supuesto, Almagro y los otros conquistadores no limitaron sus barbaridades a los indios, sino que las practicaron entre sí con una imparcialidad que causó la ira de Zarate. Cierto es que la ejecución de don Diego de Almagro no es presentada con la misma indignación que el asesinato de Francisco Pizarro, sino que, desde el punto de vista de Zárate, aquél se había "exaltado a sí mismo en orgullo" y mostrado "algún encono y crueldad" hacia los Pizarro:[25] crímenes que indudablemente exigían una justa retribución. Dadas las circunstancias, la sangrienta venganza de su hijo sólo podía describirse como "traición e insolencia".[26] Estos hechos repelentes bastan por sí solos para manchar el carácter español, pero, además, van acompañados por una acusación, rara en el siglo XVI, de cobardía contra un soldado español. Don Diego de Almagro, conquistador y azote de los indios, es presentado hincándose de rodillas ante Hernán Pizarro para que éste le perdone la vida.[27] Descrita con toda la fruición del más descarado faccionalismo, esta escena deja un tufillo que no es disipado por los encendidos elogios de Zárate a los Pizarro.

Por ello, resulta doblemente lamentable que aun este elogio fuese condicionado. Zárate parece haber sido inusitadamente bilioso hasta para un *contador de mercedes*, pero en su aversión a Gonzalo Pizarro se hunde en nuevas

simas de rencor. Por ejemplo, cuando Orellana abandonó a Gonzalo en la expedición del Amazonas, Zárate defiende a los amotinados, pero la honradez le obliga a anotar un hecho significativo y deshonroso: ¡en el bote en que Orellana y sus hombres desaparecieron iba todo el dinero de la expedición! [28]

En otras palabras, el autor no sólo logró inculpar gravemente a ambos bandos, sino repetir la acusación de avaricia, ya planteada por Las Casas, como lo había hecho, asimismo, al describir la muerte del Inca. Según Zárate, este famoso asesinato fue instigado por los Almagro, temerosos de que, mientras el emperador viviera, los Pizarro se quedaran con todo su tesoro en calidad de rescate. Y como este rescate había sido fijado antes de que Almagro llegara, nada de él le correspondía, y sus soldados no podían esperar una parte del tesoro hasta que no hubiese sido pagado, o hasta que el cautivo no muriera. Y como esta segunda alternativa era la más fácil, se logró la ejecución del Inca comprometiéndolo en una inexistente conspiración para derrocar a los españoles.[29] No satisfecho con esto, el historiador pronto se dedicó a denunciar abiertamente la codicia, lo que sin duda hizo de su vida oficial una carga para él. La tensión entre los veteranos de Pizarro y los recién llegados de Almagro culminó en la batalla de las Salinas, en que los últimos fueron derrotados en toda la línea. Comprendiendo que la unidad era necesaria ante una posible rebelión indígena, Hernando Pizarro intentó conciliarse la buena voluntad de sus enemigos con presentes y honores, mas sus esfuerzos fracasaron “porque cada uno pensaba que con darle toda la gobernación no quedaba pagado”.[30]

El daño hecho por Las Casas y por Zárate fue, claro está, básicamente involuntario. Movidos por ideales de

faccionalismo, enlodaron, por así decirlo, de paso, la reputación de España. Dado el tumultuoso estado de la opinión pública, otros probaron que podían hacer casi lo mismo en interés de la precisión histórica. Entre ellos, ocupa lugar destacado Pedro Mártir de Anglería.

Humanista italiano que vivió en España durante los primeros años de la Conquista, Mártir de Anglería quedó fascinado por su contacto con culturas hasta entonces desconocidas. Sus elegantes epístolas en latín, dirigidas a amigos influyentes en Roma, nos ofrecen algunos de los primeros y más valiosos relatos de las actividades españolas en el Nuevo Mundo. Compiladas en el libro *De Orbe Novo*, empezaron a despertar atención en la remota Inglaterra en 1555. En ese año, Richard Eden tradujo y publicó las tres primeras *Decades*, con un prólogo que no dejaba ninguna duda sobre sus sentimientos; dice Eden: “Los reyes de España [...] son más merecedores del epíteto de héroe que aquellos hombres de la antigüedad a los que generalmente se considera como tales”[31]. Pues “al ensanchar el mundo cristiano han dado un ejemplo a todas las naciones.[32] Así, sólo tres años después de aparecer en Madrid la *Brevísima relación*, un inglés pudo decir de los indios:

> Su sometimiento [a los españoles] resulta muy preferible a su antigua libertad, que para los crueles caníbales era más bien una horrible licencia que una libertad, y para los inocentes una servidumbre tan horrible que en su ociosidad siempre estaban en peligro de ser presa de estos lobos comedores de hombres. Pero los españoles, como ministros de gracia y de libertad, llevaron a estos nuevos gentiles la victoria de la muerte de Jesucristo por la cual, primero subyugados por la

> espada del Soldado, hoy están libres de la tiranía de Satanás.[33]

Escrito mientras Felipe y María ocupaban el trono de una Inglaterra nominalmente católica, este elogio incondicional refuta las afirmaciones de los que quisieran separar el antihispanismo da las condiciones políticas. Lo que se consideraba como piedad en 1555 se había vuelto perversión en 1588, y podemos estar seguros de que este cambio no se debió enteramente a un progreso moral.

En cabal justicia, debe decirse que el propio Mártir de Anglería, sin ser un enemigo de España, la admiraba mucho menos que su traductor inglés. Habla, por ejemplo, de una matanza en que sólo quedaron con vida seis infantes,[34] y caracteriza a Roldán y a sus hombres como "una inmunda caterva de rebeldes" por amotinarse contra Colón.[35] Este último incidente es típico de las indecorosas querellas que enturbiaron la Conquista española, y no hay manera en que se lo pueda presentar dignamente valiéndose de su derecho no discutido de apelar directamente a la Corona; ambos bandos llenaron el espacio con acres recriminaciones. Roldán y sus particulares, como fielmente lo relata Mártir de Anglería, acusaron al Almirante de torturarlos y de "regodearse en la sangre española", mientras que el gran navegante los denunció como rebeldes, cuya insolencia, pereza e inmoralidad estaban poniendo en peligro toda la empresa.[36]

A Pedro Mártir de Anglería esto no le resultó muy sorprendente, ni creyó que la querella se debiera a alguna perversión peculiarmente española. Antes bien, comprendió que los hombres más respetables a menudo consideran necesario ir a buscar fortuna a las regiones salvajes:

> Pues esa índole de hombres (quiero decir, los españoles que siguieron al Almirante en su viaje) era en su mayoría ingobernable, sin amor más que al ocio, el juego y la libertad, y por ningún motivo se abstendrían de cometer delitos como forzar a las mujeres de las islas ante los ojos de sus maridos, hermanos y parientes, por cuyo abominable proceder inquietaron los espíritus de todos los habitantes.[37]

Pasajes como éste habrían explicado mucho a quienes estuvieran dispuestos a escuchar, pero tomados fuera de contexto se parecen no poco a los de Las Casas.

Aún más se asemeja a Las Casas su discurso acerca de los perros de los españoles; entonces como ahora, los perros eran empleados como medio para contener a la muchedumbre. El humanitario Las Casas se habría opuesto afanosamente a este empleo del "mejor amigo del hombre", pero el humanista Mártir de Anglería no se opuso. Como éste es un cargo que corre por toda la literatura del antihispanismo, los sentimientos personales del italiano no son aquí tan importantes como el hecho de que apoye tal cargo, pero sí dan a su crónica un sabor propio. Esta individualidad se basa en su descripción de los perros, no utilizados en guerra, sino como agentes de un castigo, y refleja algo de una época que prefería la punición a la rehabilitación. Vasco Núñez de Balboa, guiando su expedición a través del istmo de Panamá, tropezó con un cacique indígena en cuyo hogar se practicaba abiertamente la homosexualidad, vicio que, según Mártir de Anglería, era tan repugnante para los españoles como común entre los indios.[38] Con característica decisión, Núñez de Balboa lanzó sus perros contra el grupo de hombres, matando al jefe y a

cuarenta de sus *miñones*. Sus seguidores, que consideraban aquel vicio como un pecado, quedaron encantados, y Pedro Mártir añade sombríamente que le gustaría que todo" los hombres penaran así.[39]

Este relato ilustra, entre otras cosas, los peligros de evaluar la repercusión de cualquier incidente específico sobre un lector del siglo XVI, que, como algunos contemporáneos, pensaría que el cacique y sus hombres recibieron su merecido. Por otra parte, muestra la ambigüedad peculiar de Mártir de Anglería y de los otros historiadores italianos en general, cierto divertido desapego, que puede combinar el elogio con la censura, o esbozar ambos. En ninguna parte hace algún comentario sobre la rectitud moral del juicio de Núñez de Balboa, aunque es claro que siente poca simpatía hacia los indios pederastas. Por tanto, es casi injusto mencionarlo entre los fundadores de la Leyenda Negra. Presentó poco más que la verdad, pero aunque la verdad fue, como siempre, imparcial, sus lectores no lo fueron, y Pedro Mártir los dejó en libertad de juzgar los hechos a su antojo.

Estos cuatro escritores, Mártir de Anglería, Gomara, Zárate y Las Casas, han quedado como valiosas fuentes de información sobre la Conquista española. Con la posible excepción de Las Casas, conservan su gran importancia para el estudioso, y necesariamente han influido en nuestra opinión sobre España. Durante el reinado de Isabel, fueron suplementados hasta cierto punto por las búsquedas de Hakluyt, pero apenas en 1625 aparecieron tres crónicas españolas más, en la colección de Samuel Purchas.

Purchas, en quien por razones desconocidas había recaído la tarea de terminar la gran obra de Hakluyt, no estaba a la misma altura de su maestro. En lugar de

presentar sus fuentes en su prístina plenitud, las condensó de la manera más arbitraria, tal vez para dejar lugar a sus extensas e inoportunas disquisiciones. Cuando se trató de las fábulas de Las Casas, esto pudo perdonársele; pero escritores como Garcilaso de la Vega merecían un tratamiento más considerado. Quizá Purchas considerara que como la obra del "Inca" ya había sido citada tan extensamente en otras partes, no era necesario un análisis completo. Como resultado, sus lectores se encontraron con un breve compendio, cuyos pasajes más importantes, al menos para nuestros propósitos, tratan del asesinato del Inca Manco Cápac y la rebelión de Túpac Amaru.

En el primer caso, toda la culpa del incidente es achacada a un español de apellido Gómez, quien de pronto tuvo el capricho de tratar al Inca como su esclavo. Enfurecido, Manco le dio un puñetazo, y entonces Gómez tomó una gran copa, y de un golpe lo mató. "Así murió Manco a manos de aquellos a los que había salvado de la muerte y hacia los que había mostrado benevolencia"[40].

Esto fue un vil asesinato a manos de un rufián ebrio; para Garcilaso, la ejecución de Túpac Amaru no fue mucho más digna. La rebelión, a su parecer, fue un mito, una ficción jurídica cuyo único propósito fue satisfacer la animosidad personal del virrey Toledo.[41] Así, pues, Túpac Amaru, hombre bueno y noble, fue sentenciado y muerto por alta traición sin que en el acta contra él constara ningún detalle.[42] Esta interpretación de los hechos era errónea, desde luego, pues la propia víctima había declarado ser el Inca y tratado de levantar a los indios contra sus opresores; pero por entonces, la versión de Garcilaso era la única disponible en inglés. Como tan a menudo ocurriría, Purchas había elegido, para incluirla en su libro, la peor parte de una obra por lo demás excelente.

Más circunstancial es la historia de Lope de Aguirre, tal como la narra López Vaz. Ubicado en las selvas del Amazonas, es un relato de horror puro, aunque en él brillen las virtudes de valor y perseverancia. Pese a su pequeña estatura y a su cojera, Lope de Aguirre participó en la expedición de Ursúa y evidentemente, como muchos de sus compañeros, encontró excesiva la ardua tarea de explorar. Por sugestión suya, apoyada por cierto Femando de Guzmán, los soldados decidieron amotinarse, matar a su jefe y volver a la provincia de Perú, que dominarían ellos. Junto con Guzmán, Lope apuñaló a Ursúa en su campamento y luego abjuró de su lealtad al rey ante un altar provisional levantado con ese fin, Guzmán, a su vez, fue elegido rey, pero su reinado fue breve: enfurecido por su negativa a abandonar a las mujeres y a los porteadores, Lope lo mató en el lugar mismo, y luego aseguró su posición asesinando a todos los caballeros de la compañía. Para cuando llegó a la isla de Margarita, había dado muerte a 170 de los 400 miembros de la expedición y dejado a otros muchos que perecieran a manos de los cazadores de cabezas.[43] De manera curiosa, el autor parece haber comprendido el efecto que su narración no podía dejar de tener sobre el lector no español. Tratando de explicar la demencial conducta de Lope, dice: "Era de la región de Vizcaya, contigua a Francia; por tanto, yo creo que era más francés que español, pues en el corazón del español no hay tanta crueldad como la que tenía este hombre"[44].

La tercera de las selecciones de Purchas fue muy distinta de las demás, y, en realidad, de casi todas las que trató de conservar. El padre Jerónimo Benzos, como Las Casas, no estaba interesado en dar información acerca de las colonias españolas, sino en denunciar el mal trato dado a los indios y las licencias del clero. Aunque sus descripciones de indios

torturados y explotados son muchas, no son tan espectaculares como las de su predecesor, ni se las ha citado tanto al respecto. Su contribución original fue una candente denuncia del clero español en el Nuevo Mundo que, aunada a las descripciones de brutalidad secular ya anotadas, completaba el cuadro de una sociedad enteramente depravada.

> Hay monjes que cometen estas cosas a plena luz del día, mientras que otros se avergonzarían de comentarlas aun de noche. Y un franciscano predicó en público diciendo que en las Indias no había ni cura ni monje ni obispo al que se pudiera llamar hombre bueno; pues todos se habían entregado a la codicia y se iban a regiones más ricas y evitaban las mas pobres. Por estas palabras lo detuvieron y se lo llevaron a Guatemala. También he oído a curas decir que vinieron de España a las Indias para lucrar y nada más.[45]

Con el clero en semejante estado, no era de sorprender que los indios se hubieran vuelto lascivos e inmorales por su asociación con los españoles.[46] El confundido cacique de Las Casas acude inevitablemente a nuestra memoria cuando Benzos nos dice que:

> Algunos de ellos, mostrando una pieza de oro, dirán: "Mirad, éste es el Dios de los cristianos; por él han venido aquí, por él nos han sometido y han cometido tantas maldades, por él no están en paz nunca sino que juegan a los dados, blasfeman,

> maldicen, roban, violan y cometen toda villanía y perfidia"[47].

Así, pues, tales fueron las descripciones de la Conquista española que pudieron leer los ingleses de los siglos XVI y XVII. En su mayoría, eran historias objetivas, cuya importancia para el antihispanismo se halla tan sólo en su honrada negativa a disfrazar las facetas más ingratas de la verdad. Otras fueron obras de polémica, que pretendían erradicar abusos específicos, mientras que otras más, como la *Historia natural y moral de las Indias*[*], de Joseph de Acosta, se concentraban especialmente en otras cosas, mencionando sólo de paso el trato que recibían los indios.[48] Con excepción de los polemistas, la mayoría estaba dispuesta a hacer justicia a los conquistadores y a los frailes. Los relatos de notable heroísmo y sacrificio superan, con mucho, a los deshonrosos, y sólo Las Casas y Benzos pueden llamarse verdaderos colaboradores de la Leyenda Negra.

Sin embargo, entre todos ellos Las Casas fue el que encontró más lectores entre el pueblo inglés, como lo indica el número de sus ediciones. Empeñados como estaban en la pugna con España, la mayoría de los lectores ingleses obviamente preferían compulsar con sus fuentes aquellos asuntos que mejor se avenían a sus propios prejuicios. Está fuera de duda que quienes escribieron sobre el tema en fecha posterior rara vez citaron pasajes en que se elogiara el comportamiento español.

La Conquista española de América ha desempeñado un papel determinante en el desarrollo del antihispanismo, pero ese papel quedó reservado, en gran parte, a una época y un lugar que están fuera de los límites de este estudio. Para el inglés de los ligios XVI y XVII había razones más inmediatas para sentir desagrado por España, y los hechos de los

españoles en el Nuevo Mundo fueron de interés básicamente como munición en una guerra de propaganda que empezaba a gestarse por otras causas.

III. UN TENEBROSO ANTRO PAPISTA

VIVIENDO como vivimos en una época de relativo escepticismo religioso, a veces solemos olvidar que nuestros predecesores estuvieron tan obsesionados por las cuestiones religiosas como nosotros lo estamos por las ideológicas, y que aun sus planes más materialistas podían justificarse en términos teológicos. El exagerado número de mártires que produjo el siglo XVI nos impide negar por completo su sinceridad y, aunque reconozcamos muchos otros factores, hemos de confesar que la religión desempeñó un papel importante en el desarrollo de la actitud inglesa hacia España.

La Inglaterra isabelina era considerada generalmente como dirigente natural del campo reformado, mientras que España era paladín natural de los católicos. Aunque con una numerosa población católica y una reina a la que, por temperamento, le repugnaban las ideologías, Inglaterra era uno de los pocos países europeos que poseían una Iglesia no romana establecida y medios con que resistir a un papado que había recobrado sus fuerzas. En contraste, España era la mayor potencia militar del mundo, poseía un vigoroso gobierno central, y las creencias de su pueblo y su política eran abrumadoramente católicas: era la defensora natural de la Contrarreforma y el brazo derecho del Papa. En la

literatura polémica de la época, rara vez se mencionan separados el Papa y el rey de España. Por todo ello, no es de sorprender que España y catolicismo llegaran a representar casi lo mismo para el inglés protestante, y que el odio que sentía hacia el uno también pudiese aplicarse al otro.

Esta identificación de España con el catolicismo dio sus primeros frutos literarios durante el reinado de Felipe y María, cuando hombres como John Bradford hicieron advertencias contra la influencia española en la política inglesa[1]. Bradford, ingenuamente, negó ser protestante y declaró que sus críticas iban contra el bajo nivel moral del séquito de Felipe, pero el grueso de su escrito está integrado por argumentos doctrinarios contra los sacramentos, la liturgia y el clero, en un burdo intento por aprovechar la desconfianza popular contra los extranjeros con fines de reforma religiosa. La partida de los visitantes españoles puso fin a todo esto, al suprimir la causa de irritación, y después de ascender Isabel al trono los victoriosos protestantes se dedicaron casi una década a cazar "zorros romanos" en su propio coto. Inglaterra y España no sólo estaban en paz, sino unidas en su oposición a franceses y escoceses.

Este feliz y tradicional estado de cosas no podía durar. Las aventuras de John Hawkins en las Indias Occidentales y la situación cada vez más crítica en los Países Bajos revelaron que la aparente cordialidad disimulaba diferencias profundas e irreconciliables. A partir del relato de Hawkins de su combate ante San Juan de Ulúa, volvió a brotar en Inglaterra literatura antiespañola. Los latentes antagonismos religiosos, que habían podido ser contenidos hasta entonces mediante la política, pronto podrían cobrar vuelo.

El concepto del catolicismo español que se difundió durante el siglo siguiente se basó, en parte, en actitudes

protestantes en general, y, en parte, en ciertos aspectos que fueron considerados como exclusivamente españoles. Los católicos ingleses acaso no compartieran tales opiniones, pero rara vez estuvieron en condiciones de oponerse. Para ellos, publicar era tan difícil como peligroso. Ya estaban bastante ocupados en defenderse ellos mismos; y no hay pruebas de que, para empezar, muchos de ellos fueran hispanófilos. Aunque en ocasiones se publicaron libros que elogiaron los modales o las tácticas militares españolas, el hecho de que, al menos en Inglaterra, el retrato de la religión española quedó en manos de sus peores enemigos.

Los resultados pueden imaginarse. El catolicismo español fue tildado de mera hipocresía o bien condenado como un positivo fomento del vicio. Raleigh, que rara vez perdía oportunidad de atacar a España, dijo en su relato de la muerte de *sir* Richard Grenville: "En materia de religión, se necesitaría todo un volumen si yo me pusiera a decir cuán irreligiosamente cubren sus sórdidas y ambiciosas pretensiones con ese velo de piedad"[2], mientras que James Wadsworth, el espía inglés, informaba a sus lectores que "los españoles eran y son poco menos que ateos, y sólo se valen del Papa para sus particulares ambiciones y fines, para confirmarlo y establecerlo en monarquías ilegítimas y, so capa de religión, para hacer esclavos de sus súbditos".[3] Desde el ángulo del moralista son más graves las aseveraciones del capellán de Drake, quien afirmaba que "la contagiosa infección del papismo" va por doquier los españoles van y que, por ende, no hay ciudad, aldea ni casa en las Indias "donde (entre las otras virtudes españolas) no sólo la prostitución sino la inmundicia de Sodoma, que no debe ni nombrarse entre cristianos, comúnmente queda sin reproche".[4] Según Lawrence Keymis, el desventurado lugarteniente de Raleigh, esto es verdad porque se

consideran “bien y seguramente benditos, vivan como vivan, si sobre sus casas y pueblos se ha hecho la señal de la cruz”[5].

No hay nada extraño en estos juicios. Acusaciones semejantes dirigidas a la Iglesia católica en conjunto eran habituales en los sermones de la época, y aún hoy se les puede oír en las mas rurales. Aunque dieron considerable peso a la Leyenda Negra, aquí no es necesario examinarlos con extensión. Más importantes fueron los relatos de la época acerca de la Inquisición española, la que, para el vulgo, llegó a ser símbolo de la fe española.

A quienes están familiarizados con esta organización, que estuvo lejos de ser exclusiva en sus procedimientos, les resulta difícil comprender la morbosa fascinación que ha ejercido sobre muchos. Comparada con la Inquisición romana, sus métodos parecen benignos y sus procesos relativamente justos.[6] Comparada con los tribunales alemanes que juzgaban a los brujos, sus víctimas fueron pocas y su nivel intelectual elevado. Es obvio que su fama no se debe a su severidad.

Aunque los hispanistas han solido señalar con índice airado a los filósofos del siglo XVIII, hay buenas razones para creer que este interés data de la rebelión de los Países Bajos. Ante la tarea de justificar su comportamiento en términos que fuesen aceptables en una época monárquica, los rebeldes arguyeron que Felipe II, aunque monarca ungido, había socavado los antiguos privilegios de sus leales súbditos e instituido una persecución religiosa contra ellos. Este último argumento podía ser más aceptable en tierras donde el gobernante, aunque antirromano, comprensiblemente desconfiaría de los que abogaran por una limitación del poder real. Por consiguiente, las historias y libelos

publicados en Inglaterra sobre este tema sostuvieron casi al unísono que los estados se rebelaban porque Felipe trataba de introducir la Inquisición española.[7] Esto parecía indicar que sus actividades eran conocidas y valoradas, pero muchas de las obras, en especial las primeras, consideraron necesario describir la Inquisición y catalogar sus atrocidades.

Dada la cualidad de estas descripciones, su argumento fue persuasivo y no perdió eficacia por el hecho de que Felipe nunca intentara introducir allí la Inquisición. En una carta a Margarita de Parma, fechada el 17 de julio de 1562, el monarca decía que era falso lo que habían inventado con respecto a la Inquisición; que él deseara introducir la variedad española también era falso y por completo irrazonable, "porque la que usan allí es más severa que la de aquí".[8] De esto, desde luego no se decía nada.

Venían después los relatos de viajeros ingleses. Tarde o temprano, los marinos que habían tenido la mala fortuna de naufragar en costas de la América española o que por alguna otra razón habían sido capturados por las autoridades se encontraron en manos de los inquisidores. También comerciantes con licencia para residir en España podían encontrarse en dificultades por alguna frase descuidada o por la acusación de algún competidor. Si salían del paso, como solía ocurrir, el público lector ya podía esperar de sus plumas —o de algún libelista contratado para la ocasión— una apasionada diatriba. De este modo llegaron a Inglaterra algunos de los primeros relatos de la actividad inquisitorial, que sin ninguna duda sirvieron para crear una preocupación más honda y personal.

En conjunto, estos escritos mantuvieron despierto tal interés; pero el concepto isabelino del propósito, la organización y los métodos de la Inquisición procedió, en

gran parte, de dos fuentes de índole completamente distinta. La primera fue un extraño volumen intitulado *A Discovery & Plaine Declaration of Sundry Subtill Practices of the Holy Inquisition of Spain* [traducido del latín al español por Usoz como *Artes de la Inquisición española*] de “Reginaldus Gonsalvius Montanos” [Reginaldo González Montano]. El segundo fue el *Book of Martyrs* [Libro de los Mártires], de John Foxe.

Nadie sabe en realidad quién fue Montano. Schäfer ha dicho que podría haber sido un tal fray Benito, hermano lego del convento de San Isidro, en Sevilla, pero reconoce que ésta no es más que una suposición bien documentada.[9] Lo casi seguro es que, fuese quien fuese, en cierto modo estuvo asociado con la comunidad “luterana” que fue destruida en esa ciudad en 1557-1558. La naturaleza de esa asociación es vaga, naturalmente, y la incertidumbre aumenta por el hecho de que, a diferencia de la mayoría de los “luteranos” de Sevilla, parece que Montano sí era protestante. Como lo muestran las actas de sus exámenes, los dirigentes de la comunidad fueron culpables casi únicamente de humanismo erasmiano,[10] y sin embargo, deliberadamente y a lo largo de todo su libro, González Montano da a entender que todos ellos compartían las opiniones reformadas de él. Bataillon afirma que en esto coincidió con los inquisidores, quienes cometieron el mismo error por la misma razón: ambos bandos deseaban obtener el máximo valor de propaganda en su favor, exagerando la importancia del asunto.[11]

Sea como fuere, el libro de González Montano triunfó instantáneamente. Publicado primero en latín en Heidelberg, en 1567, apareció al año siguiente en traducciones inglesa, francesa y flamenca. Su extensa descripción de los procedimientos inquisitoriales fue la primera en llegar a Inglaterra, y su descripción de la comunidad de Sevilla sigue

teniendo validez, no obstante ser tendenciosa. Las razones de su publicación quedan claramente expuestas por el traductor inglés: era una advertencia a Inglaterra y una descripción de todo aquello que podría verse en los Países Bajos.[12]

La obra de Foxe fue distinta y, gracias a la enorme difusión que alcanzó, más importante. Exiliado, Foxe había recalado con Bale y Grindal en la Europa continental, y pronto estaba latinizando los rudimentarios principios del martirologio protestante de Grindal. Los jefes de la Reforma habían reconocido desde tiempo atrás la necesidad de semejante obra, y al fallecer Grindal, Foxe logró llevarla a una impresionante conclusión. *Acts and Monuments*, comúnmente llamado *El libro de los mártires*, pasó por incontables ediciones,[13] y pronto ocupó, al lado de la Biblia, un lugar como la lectura característica de la Inglaterra protestante. Varias son las razones de esta notable difusión; el libro era ameno, coincidía con las creencias populares, y su conocimiento histórico era, en general, bastante profundo, para la época en que se escribió. La sección del libro dedicada a los mártires españoles no es larga y, en relación con el resto de la obra, resulta insignificante. En realidad, después de pensarlo bien, se la añadió a la edición de 1570, tomando en cuenta el reciente interés en las fechorías de España. Bien escrita, circunstancial y oportuna, ha sido leída por muchas personas que nunca han oído hablar de Reginaldus Gonsalvius Montanus.

Estos dos libros, suplementados por los relatos de marinos ingleses e historiadores holandeses, dieron a los británicos sus únicos conocimientos sobre la Inquisición. Aunque tendenciosos y burdamente incompletos, presentaban un cuadro coherente de la institución, que no podía dejar de influir sobre el concepto inglés de la religión

española y del carácter español. Por tanto, la composición de esta imagen es digna de examen.

Acaso el aspecto más sorprendente consiste en que prestaran tanta atención favorable a la historia de lo que estaban tratando de condenar. Montano, en particular, dedica todas las primeras páginas de su libro a seguir los orígenes de la Inquisición durante el reinado de Fernando e Isabel. Comenzando por una breve reseña de la Reconquista, nos habla de moros, judíos y conversos y de sus diabólicas maquinación contra el Estado. Alarmados por la vesania e impiedad de estas gentes, los Reyes Católicos crearon la Inquisición española como freno a tan peligrosas actividades.[14] Lo que eran estas actividades es revelado por el anónimo autor de la *Historia trágica de las guerras de los Países Bajos*. Este hombre, cuya identidad desafía toda investigación, tomó de Montano gran parte de su material histórico, pero él añade que la decisión final de intervenir se tomó cuando los judíos crucificaron a un niño el Domingo de Ramos de 1475. En su opinión, fueron justamente condenados, y se emprendió un *pogrom* legal que ambos autores consideraron digno de alabanza.[15] Por desgracia, esta noble labor de conversión forzosa fue pervertida por los dominicos, que fueron adueñándose de la Inquisición hasta acabar valiéndose de ella para imponer una uniformidad doctrinal entre los cristianos. El resultado final fue que los reverendos padres exaltaron su propio poder hasta tales alturas e impusieron sus prejuicios tan rigurosamente que los propios españoles llegaron a detestarlos.[16]

Aunque verídica en gran parte, esta versión de la historia dejó a sus lectores con uno o dos conceptos falsos. Como buenos protestantes, González Montano y su sucesor anónimo se preocupaban sobre todo por la función inquisitorial de suprimir toda herejía. Por lo tanto, dieron la

impresión de que los esfuerzos del tribunal casi no iban dirigidos más que a erradicar proposiciones teológicas dudosas. En ciertos momentos y en ciertos campos esto fue cierto; pero la Inquisición se enfrentaba a muchos otros problemas. Además de su tarea básica de defender la Fe, los padres debían combatir faltas como la bigamia, la blasfemia, la hechicería y las tentaciones en el confesonario. También tuvieron que hacerse cargo de la censura de libros, examinándolos no sólo en busca dé herejías, sino de obscenidad y mal estilo.[17] En algunas jurisdicciones, como en el Perú, estas actividades incluyeron casi todos los casos de juicio, y las acusaciones por herejía fueron pocas.[18]

Más grave fue la acusación de que los inquisidores abusaban de sus facultades singulares para sus propios fines. Se decía que los dominicos aprovecharon el derecho de confiscación para colmar las arcas de su orden y de la Corona.[19] Foxe es explícito:

> Tres clases de hombres están principalmente en peligro de estos inquisidores: los que son muy ricos, por el cebo de sus bienes; los que son cultos, porque no dejan espiar y descubrir sus fallas y abusos secretos; los que han empezado a ascender en honores y en dignidad, por temor a que, una vez con autoridad, les causaran vergüenza o deshonor.[20]

Una vez más, estas declaraciones contienen un elemento de verdad. Flagrantes abusos de poder acarrearon a la Inquisición grandes odios en España y en el exterior[21] pero los ejemplos que da Foxe no son tan convincentes como sus generalizaciones.

El 5 de noviembre de l560, el mercader inglés Nicholas Burton recibió la visita de un familiar de la Inquisición que lo entretuvo hablándole de asuntos comerciales hasta que no llegó un alguacil a prenderlo. Después de interrogarlo, no sobre su fe sino sobre el lugar de sus bienes, fue enviado a la cárcel común, donde permaneció, sin ninguna acusación, durante catorce días, después de los cuales fue transferido a Sevilla, y quemado allí el 20 de diciembre. Foxe denunciaba esto para que todos conocieran "el trato extremo y la cruel rapiña de estos inquisidores católicos de España, que, bajo el manto de la religión, no buscan más que su lucro privado y su comodidad, defraudando y saqueando hábilmente de sus bienes a otros".[22] Pero el propio Foxe tuvo que admitir, indirectamente, que en aquel caso había un trasfondo. Parece que en la cárcel de Cádiz, a Burton le dio por predicar el Evangelio y hasta logró convertir al protestantismo a varios de sus compañeros de prisión.[23] Si los inquisidores sólo hubiesen estado buscando el lucro, hubieran tenido una suerte extraordinaria al dar con un hombre que resultó no sólo rico, sino también hereje.

Aunque este ejemplo dejaba algo que desear, Foxe había tocado un nervio vivo. La Inquisición era notable adicta a las confiscaciones, y nadie se sorprendió cuando otro mercader, John Frontón, perdió sus bienes por omitir el final *Sancta Maria mater Dei ora pro nobis peccatoribus* al rezar el Ave María.[24] Estos dos fueron casos célebres, registrados no sólo por Foxe, sino también por Montano y aun por Hakluyt. Sin embargo, el mejor de tales relatos vino de *sir* Walter Raleigh, quien descubrió a unos españoles a punto de llevarse todos los bienes terrenales de un tal Fleming; cuando el pobre hombre protestó diciendo que era buen católico, los malvados iberos declararon que, aun cuando no dudaban de

su fe, ¡en cambio sus bienes eran heréticos y sujetos a confiscación![25]

Tal desconfianza de la buena fe de los inquisidores fue engendrada por lo trivial de muchas faltas severamente castigadas. Tan grande fue la impresión producida que los inquisidores fueron acusados de inventar crímenes para satisfacer sus instintos sádicos.[26] Es probable que la omisión de Fronton fuera intencional, pero ciertamente era un delito menor y no pocos fueron los casos como el suyo. En otras ocasiones, se dijo que los inquisidores deliberadamente tendían trampas a sus victimas, para que hicieran algo de que se les pudiera acusar. En cierto caso, un inquisidor se acercó a un fabricante de imágenes sagradas, ofreciéndole comprar una de sus estatuas por una fracción de tu costo normal. Sin conocer la identidad de su cliente, el escultor jura que semejante oferta es un insulto a su oficio, y que preferiría destrozar su obra a venderla tan barata. Enfurecido por las burlas del inquisidor, el pobre hombre cumple su promesa y al punto es detenido como profanador de imágenes sagradas. Foxe nos dice que después fue quemado[27] y, para eliminar toda duda que pudiese quedar en el ánimo de sus lectores, concluye:

> El abuso de esta Inquisición es execrabilísimo. Si de la boca de alguien sale alguna palabra que pueda ser tomada en mala parte, más todavía, aunque no se pronuncie ninguna palabra, con sólo que tengan algún rencor o mala voluntad contra esa parte, incontinentes ordenan que sea detenido y llevado a una horrible prisión, y descubren contra él todos los crímenes que se les ocurren, y mientras tanto no hay nadie con valor para abrir la boca en su defensa.[28]

Como dice la paráfrasis de William Warner, “Es trampa muy artera / la Inquisición española, / de aristocrática esfera: / ricos de capa y estola”.[29]

Una vez la víctima en la trampa, ¿qué proceso jurídico se irguía contra ella? Los escritores protestantes fueron unánimes en su opinión, y severos en su juicio. Montano afirmó, con verdad, que una vez recibida una denuncia, la presunta victima es observada con todo cuidado hasta no obtener pruebas, pero, si ninguna surgía, habitualmente se le arrestaba, conjurándole a confesar sus faltas.[30] No había acusaciones concretas, los nombra de los testigos no se mencionaban, y su abogado estaba en contubernio con los acusadores.[31] Todo había de hacerse “con sigilo y en los rincones, con ambages, en forma encubierta por medios secretos”, mientras el preso quedaba incomunicado con el mundo exterior.[32] Y dado que el propósito teórico de todo esto no era la justicia sino la salvación de las almas, todo el proceso podía durar años, con la esperanza de obtener una confesión y lograr un arrepentimiento sincero.[33]

La única palpable inexactitud de esta descripción de los procedimientos inquisitoriales se halla en la suposición de que se aceptaba el testimonio de cualquiera, así fuese de persona maliciosa o demente, siempre que perjudicara al detenido.[34] En realidad, el acusado podía obtener su liberación demostrando que los testigos de cargo no eran imparciales. Para lograrlo, era costumbre que el preso hiciera una lista de quienes sospechaba que tenían algo contra él, y si el nombre de un testigo aparecía en la lista, su testimonio era descartado al punto por los examinadores.[35] Más aún, fiándose de su criterio, a menudo los inquisidores pasaban por alto los testimonios dudosos. El propio González Montano reconoce esto cuando habla de una mujer “frenética” que delató a la comunidad “luterana” de Sevilla.

En un tiempo había formado parte de ese grupo, pero se volvió loca y fue encerrada en el desván de uno de aquellos "hombres de Dios". Después de escapar, fue a contarles todo a los inquisidores, que "olvidando sus propias prácticas" no le prestaron atención y la enviaron de vuelta a su casa, para enorme alivio de algunos auténticos herejes.[36]

Durante el dilatado proceso de investigación, el preso permanecía en las cárceles de la Inquisición, no en una prisión secular. Su paradero ofreció a nuestros escritores una espléndida oportunidad para dar vuelo a sus plumas. Foxe lo coloca, dramáticamente, "en un lugar donde no puede ver ni la tierra que pisa, donde tampoco se le permite leer o escribir, sino que ha de padecer allí en tinieblas palpables, en horrores infinitos, misero en su temor, en lucha contra los embates de la muerte".[37] También González Montano afirmó que los reos eran tratados peor que perros. "Estaban aprisionados juntos, varios a la vez, en verdaderas mazmorras"[38] (lo que contradice su afirmación anterior de que se les privaba de todo contacto humano).

En realidad, todo el cuadro de las cárceles inquisitoriales que se le presentaba a los ingleses distaba mucho de ser fiel. Foxe y González Montano dejan entender que eran mucho más temibles y fétidas que las demás, pero las pruebas que poseemos señalan en la dirección opuesta; por ejemplo, el profesor Lea descubrió que a menudo los presos trataban de ser transferidos allí para librarse de los rigores aún más grandes de las prisiones seculares.[39] Aunque esto sólo muestra el estado deplorable de todas las cárceles españolas, resulta difícil ver en qué pudieron ser peores que las de la Inglaterra isabelina. También sabemos, por el hecho de que hallándose allí compuso fray Luis de León su obra *De los Nombres de Cristo*, que los inquisidores no privaban invariablemente a sus presos de materiales para escribir. La

conclusión inevitable es que Foxe y su contemporáneo español fueron culpables de falsía y exageración.

Este continuo retocar los hechos alcanzó graves proporciones al tratarse del tema, más sensacional, de la tortura. La Inquisición, como muchos otros tribunales de la época, se valía de esta “brutal y bestial locura”[40] para arrancar confesiones y testimonios a los testigos recalcitrantes. Por común que fuese en toda Europa esta práctica, Foxe hizo creer que su variedad española era excepcional en su barbarie:

> Más aún, añádanse a los padecimientos y horrores de la prisión, las injurias, amenazas, azotes y castigos, grilletes y torturas que soportan allí. A veces también los sacan y muestran en el exterior a la gente, como símbolo de censura e infamia. Y así quedan detenidos, algunos durante muchos años y van siendo asesinados por largos tormentos, y días enteros son tratados con una crueldad incomparablemente mayor que si estuviesen en manos del verdugo para que al punto les diese muerte.[41]

La importancia de tales cargos es obvia para cualquiera que haya conocido los frutos de la Leyenda Negra. A los españoles, como a los chinos, se les ha acreditado la invención de casi toda tortura exótica y rara conocida por el hombre, aunque ahora los alemanes hasta cierto punto han venido a suplantarlos. Así, pues, por muy macabro que sea el tema, es necesario examinarlo en sus diversas conexiones, la primera de las cuales es la de las propias torturas. La afirmación de Lea es la más explícita:

> [...] la idea general de que la cámara de torturas de la Inquisición era escenario de excepcional refinamiento en la crueldad, de modos especialmente ingeniosos de infligir tormentos, y de peculiar persistencia al arrancar confesiones, es un error debido a los escritores sensacionalistas que han explotado la credulidad de la gente. El sistema era malo en su concepción y su ejecución, pero al menos la Inquisición española no fue responsable de su introducción y, como regla, fue menos cruel que las cortes seculares en sus aplicaciones, y se limitó más estrictamente a unos cuantos métodos bien conocidos por todos.[42]

Estos métodos eran, generalmente, de dos variedades básicas: la tortura del agua, en que se echaban jarras de agua por la garganta de la víctima, o el potro, que se empleaba de diversas maneras. Más a menudo, al sujeto simplemente se le amenazaba con la tortura, a la vista de aquellos instrumentos, y se le ordenaba confesar.[43] Una vez aplicada, la tortura no podía repetirse, y su duración estaba limitada a una hora, aunque no faltó quien, a veces, la extendiera a tres.[44] No sólo Foxe sino González Montano y los libelistas olvidaron esta restricción. González Montano, en particular, estaba convencido de que la tortura podía prolongarse indefinidamente, y llegó hasta inventar la aplicación de carbones encendidos,[45] uno de los tormentos expresamente prohibidos por las Instrucciones de Valencia en 1561.[46] En to dos estos escritores, las descripciones de las torturas eran sensacionalistas y minuciosas; González Montano alcanza profundidades dignas del marqués de Sade.[47] Thomas

Skinner, su traductor, resume sucintamente toda su intención:

> [...] las monstruosas flagelaciones de hombres, sin orden de ley, los villanos tormentos a mujeres desnudas más allá de toda humanidad, su muerte miserable sin piedad ni gracia, el reprochable triunfo de la sinagoga papista sobre los cristianos como sobre paganos y gentiles [...] debe, fuera de toda duda [...] movernos a compasión.[48]

El fin de las víctimas era más digno aún de un suspiro compasivo. Como la mecánica de la tortura, el auto de fe era cuestión sumamente regulada, aun ritualizada. Su naturaleza pública determinaba que los castigos fueran uniformes y era sabido que la *Suprema*, o concilio rector, miraba con malos ojos toda innovación. Aunque las sentencias posibles iban desde la simple abjuración del error hasta la hoguera, en cada caso el procedimiento era rígidamente determinado por la tradición y por el edicto oficial. Así, la flagelación estaba limitada a ciento o doscientos azotes, y la quema debía ser precedida por rápida estrangulación, salvo en los raros casos en que seria juzgado un hereje, sano e impenitente. Los castigos corporales no podían ser más que azotes o quema y, en tales casos, se llamaba a funcionarios seculares para todo lo que requiriera violencia. Como observó González Montano, si esto era una penitencia, variaba considerablemente de aquel sacramento tal como lo había empleado la Iglesia primitiva;[49] pero tampoco se la puede comparar con las pinzas al rojo blanco y con el plomo herviente aplicados contra el asesino de Guillermo de Orange o los anabaptistas de Münster. Como tortura, la

crueldad del auto de fe era grande, pero no excepcional para las normas de la época.

Visto por los ojos de nuestros escritores, el cuadro se deforma mucho. Si Richard Hasleton, quien fue aprehendido en Mallorca después de escapar de una galera turca, hubiese recibido quinientos latigazos, como afirma,[50] no habría vivido para escribir acerca de ello. Tampoco hay ninguna prueba de que los hombres de Hawkins recibieran hasta trescientos latigazos cada uno en un auto de fe en México.[51] Doscientos era el máximo, de acuerdo con todos los testimonios conservados, y probablemente más hubiesen sido fatales para hombres debilitados por un largo periodo de prisión.

John Foxe tenía más imaginación o era menos exigente al escoger sus anécdotas, pues aun en casos en que los españoles no fueran culpables de mal trato a un protestante, Foxe logró implicarlos de algún modo que exagerase su brutalidad. En una de tales ocasiones, afirma que un mercader inglés residente en Portugal desahogó su odio a Roma tomando una hostia consagrada en presencia de un cardenal y del monarca portugués, arrojándola al suelo y pisoteándola. Después de deliberar, los portugueses dieron varias vueltas apretadas sobre su esófago a un paño de nudos, le cortaron las manos y lo asaron a fuego lento; todo ello, dice Foxe) "a la manera de los españoles".[52] Ahora bien, aunque Foxe sacara el mayor partido posible de tales cosas, era un hombre relativamente honrado, y es posible que ocurriera un hecho semejante. Sin embargo, no hay la menor prueba de que Portugal aprendiera salvajismo de España. En realidad, el habitual castigo español para delitos sacrílegos era su abjuración, la aparición en un auto y cien azotes. En todo caso, el destino de aquel inglés recuerda el de un joven noble francés que en Abbeville fue acusado de

profanar una cruz de madera: aquel desventurado, tras un juicio que fue una verdadera farsa, sufrió la amputación de la lengua y de la mano derecha, después de lo cual fue quemado vivo.[53]

Tras este breve resumen, desde luego incompleto, ya deberías ser evidente que los lectores ingleses fueron sometidos a una propaganda en el sentido moderno de la palabra; un intento consciente y sistemático por fijar sus actividades en interés del protestantismo. Este intento se basó en la exageración de las circunstancias reales, mientras evitaba las mentiras abiertas, e implicó que las actividades descritas eran privativas de España, cuando en realidad nada de ello era cierto. El gobierno inglés no sólo consentía el uso de la tortura, sino que activa y públicamente lo defendió, a pesar del hecho de que en general estaba prohibido por el derecho común.[54] En uno de los documentos más notables redactados jamás por un alto funcionario, lord Burghley[55] justificó torturar a los católicos, por motivos bien conocidos por cualquier inquisidor: lo merecían por negarse a dar testimonio contra ellos mismos,[56] y por muy loable que fuese esta severidad, era mitigada por la caridad cristiana. En interés de la justicia, se reservaba la tortura a los que se supusiese culpables,[57] salvedad que no habrá tranquilizado mucho a los sacerdotes, enterados de que la suposición de culpa era virtualmente universal. Muy pocos de ellos se libraron de atroces tormentos antes de llegar al patíbulo; no obstante, el gobierno, con consumada hipocresía, pudo afirmar que el trato que les daba no era cruel.[58] Después de todo, como dice el escrito, Edmundo Campion nunca fui tan pavorosamente azotado que luego no pudiera escribir una confesión o al menos firmarla.[59]

En justicia a González Montano, debe decirse que estos horrores ocurrieron después de la fecha probable de su

muerte, pero Foxe y los hombres que siguieron bordando sobre los *Acts and Monuments* hasta bien entrado el siglo XIX no pueden alegar esta excusa. El miedo provoca toda clase de injusticias y en los siglos XVI y XVII, ambas naciones estaban profundamente atemorizadas: España consideraba a los herejes y protestantes como una verdadera amenaza, e Inglaterra estaba aterrada por las conspiraciones católicas. Si una nación podía aducir una ventaja moral en el trato terrible dado a sus supuestos enemigos, ésa era España, donde la tortura al menos estaba regulada y sólo podía aplicarse bajo la vigilancia oficial, con lo que la víctima quedaba protegida de algunas de las torturas más diabólicas y de las tiernas atenciones de monstruos como Roger Topcliffe, quien fue autorizado a arrancar confesiones en la intimidad de su casa, con la complicidad de las autoridades.[60] No pocos hombres salieron de las cámaras de la Inquisición quebrantados en cuerpo y espíritu; mas tenían el mísero consuelo de saber que sus sufrimientos habían sido prescritos y registrados, con una minucia rayana en lo ridículo, por un reconocido sistema judicial. Las víctimas de Roger Topcliffe, en el poco tiempo que les quedaba de vida, sólo podían pensar que habían sido entregadas por el gobierno a un sádico para su placer personal.

Eran obvias las razones de este claro atropello: las persecuciones de María Tudor no habían logrado más que malquistarse la opinión pública, y los consejeros de Isabel trataron de evitar un error semejante. Su empleo de Topcliffe para evitar responsabilidad es algo que recuerda el recurso inquisitorial de “relajar” presos al brazo secular para su castigo. Aunque casi transparentes, estos métodos adormecieron las conciencias más duras en ambos países, pero empeoraron una situación ya de por sí terrible, sobre todo en lo tocante al destino último de las víctimas

contumaces. Las quemas que tanto horrorizaron a Foxe y a sus compatriotas fueron precedidas generalmente por rápida estrangulación, pero aun en los otros casos fueron piadosas en comparación con las prácticas inglesas. Ansiosas como estaban por evitar el estigma de tiránicas, las autoridades inglesas sostuvieron que sus víctimas católicas no estaban siendo castigadas por herejía, sino por traición. El hecho de que muchos de aquellos hombres fueran leales ingleses no aplacó a los que habían llegado a creer que catolicismo y traición eran sinónimos. Curas y jesuitas fueron ahorcados, arrastrados y descuartizados como traidores y, como tales, su destino fue mucho más horrible que todo lo que pudiese deparar un auto de fe.

Este tipo de comparaciones no pretende absolver a España ni fomentar anglofobia, sino tan sólo colocar a nuestros escritores en su marco adecuado. De haberse enterado Foxe y González Montano de las persecuciones anticatólicas, seguramente habrían pensado que, como papistas y servidores del Anticristo, los católicos ingleses estaban recibiendo su merecido. En temperamento, no hay nadie tan parecido a un devoto católico español como un igualmente devoto reformador protestante y aunque, como Foxe, personalmente pudiesen ser hombres bondadosos, rara vez pretendieron ser humanitarios por motivos generales. El propósito de dichos escritores era dejar constancia de los sufrimientos de aquellos a quienes consideraban como los únicos mártires verdaderos: los protestantes, lolardos y husitas. Al hacerlo calumniaron a España y al catolicismo, pero fue España la que salió peor librada, pues aun para los católicos ha pasado a ser, de modo indeleble, la nación de esos "reverendos padres de la Inquisición, los diablos demonios en toga, doctores (digamos) que como

sanguinarios carniceros siempre están sedientos de sangre”.[61]

Desde entonces, toda crisis en las relaciones anglo-es fue acompañada de un renovado interés británico en la Inquisición. Los libelistas de 1588 vieron inquisidores, armados con sus instrumentos de tortura, a bordo de cada barco español, en tanto que la expedición de Buckingham a Cádiz fue seguida en 1630 por la obra de James Wadsworth *The English-Spanish Pilgrime or, a New Discoverie of Spanish Popery and Iesuitical Stratagems* [El peregrino anglo-español o Nuevo descubrimiento del papismo español y de estratagemas jesuíticas]. Ante los designios de Cromwell para las Indias Occidentales —dignos de una ópera cómica—, Samuel Clark descubrió que en 1588 los inquisidores se habían propuesto azotar a muerte a todo ciudadano inglés de más de siete años, y marcar a los restantes con una “L” por “luterano”, reservándoles la esclavitud de por vida.[62]

Estos no son, desde luego, más que unos cuantos ejemplos. Junto con Foxe y González Montano como piedra angular, representan un formidable edificio de exageración, cuya eficacia depende de su credibilidad. Sus aseveraciones, sobre las que otros han construido tan bien, a menudo se aproximan a la verdad, pero mediante un hábil empleo de dramatización e hipérbole, presentan un cuadro absolutamente engañoso de la Inquisición. Y no puede recalcarse bastante su importancia para la visión inglesa del país que inventó y condonó una monstruosidad semejante.

IV. La rebelión de los Países Bajos

EN LOS capítulos anteriores hemos visto las que podrían llamarse condiciones del antihispanismo inglés. Incluyeron la incipiente xenofobia de una raza que, confinada a una isla, empezaba a tomar conciencia de su nacionalidad, y el antagonismo religioso, fortificado por la rigurosa autocrítica de los propios españoles. Es necesario observar ahora una causa más inmediata del sentimiento antiespañol: la rebelión de los Países Bajos.

Esta larga y terrible lucha por la independencia, virtualmente sin paralelo hasta tiempos recientes, ejerció un efecto enorme sobre la opinión pública inglesa. Aún hoy, muchos la consideran como uno de los grandes hitos de la historia humana, confrontación elemental de todo lo que es bueno, verdadero y liberal, y los poderes de las tinieblas, la intolerancia y la superstición. Huelga decir que tal impresión es increíblemente ingenua; no viene al caso el hecho de que presupone un sistema de valores no aceptados ni aun por todos los que creen en sus leyendas. Se ha vuelto un verdadero lugar común entre las ideas populares y, hasta hace muy poco, también era aceptable para muchos estudiosos. Como el susodicho poder de las tinieblas, España ha padecido obviamente por esta interpretación; pero también ha sufrido la historiografía europea. Ya por tradición, los excesos de la escuela protestante "liberal" se han achacado a historiadores del siglo XIX como Motley y

Bakhuizen van den Brink, pero sus libros tan sólo reflejan las obras del siglo XVI que más fácilmente llegaron a sus manos. Fueron éstas, desde luego, las memorias, crónicas y libelos compuestos por escritores holandeses e ingleses de la época. Que esas crónicas estuviesen al alcance de los lectores isabelinos mientras que las no menos abundantes versiones españolas no lo estuviesen es algo que, por sí solo, explica en gran parte los orígenes de la Leyenda Negra.

El interés que en Inglaterra despertó la rebelión fue, en sí mismo, extraordinario. Al menos en la superficie, poco tenía que ver con los problemas ingleses y, como revuelta contra un monarca ungido, no tenía por qué granjearse las simpatías de una sociedad monárquica. Que lo hiciera es algo que da crédito a un grupo de hombres cuyas actividades durante este periodo siempre han intrigado a los historiadores. Acaso sea engañoso hablar de un partido puritano en la Inglaterra isabelina, pues los nexos entre hombres de opiniones similares eran entonces mucho más tenues de lo que serían hoy. Sin embargo, existió algo así, con figuras como Walsingham, Leicester y *sir* Philip Sidney como sus más destacados portavoces en las altas esferas. De estos hombres importantes descendían tentáculos de poder e influencia, pasando a través de los grandes mercaderes de la City y los caballeros del Parlamento, hasta llegar a humildes predicadores y libelistas. Pero no se deben exagerar la fuerza y la inmutabilidad de estos vínculos. No comenzaba aún la época de los manifiestos y las células de partido, y las conexiones políticas a menudo eran las de la prudencia o las de un apego casi feudal. Mas, pese a toda ausencia de partidos registrados, queda en pie una cosa: en Inglaterra había quienes se inclinaban hacia las doctrinas de Juan Calvino, que sentían gran afinidad con sus correligionarios de los Países Bajos, y que deseaban hacer oír sus voces.

Fueron estos hombres, o aquellos a quienes ellos patrocinaron, los que escribieron la historia de la revuelta en los Países Bajos. Podrían utilizarse las dedicatorias de las obras sobre el tema como catálogo de quienes se opusieron a los designios de España, ya en Consejo, ya en el Parlamento, y que de una manera u otra intentaron acercar la Iglesia de Inglaterra al ideal ginebrino. *Sir* Francis Walsingham y el conde de Leicester tal vez sean los más destacados, tanto en poder real como en el número de dedicatorias destinados a ellos, y aunque sus conceptos teológicos precisos no puedan sino conjeturarse, sus simpatías en el caso eran claras.

Casi lo mismo puede decirse del lado flamenco. Muchas de las obras que llegaron hasta las librerías inglesas eran traducciones de originales flamencos y franceses. Parecen ser, en su mayor parte, obra de calvinistas. Aunque acaso la independencia flamenca no se deba a estos rígidos sectarios, es indiscutible que fueron sus protagonistas más inmoderados y elocuentes. Ante todo, tendían a ver la rebelión en su aspecto moral, y difundieron tal visión en sus escritos. Cuando Guillermo *el Taciturno*, con su don para la invectiva, engrosó sus filas, España quedó condenada a recibir el peor trato que puede dar la página impresa.

España, naturalmente, tuvo que asumir la responsabilidad por toda la carnicería ocurrida en los Paises Bajos entre 1565 y 1608. Como hemos visto, los escritores, flamencos e ingleses, decidieron considerar a la Inquisición como causa de las mayores dificultades pero de cuando en cuando también ofrecieron otras razones. Jacobo Verheiden, escribiendo al final de esta difícil época, afirmó no ver otra causa que “el golfo excesivamente espacioso e insondable de la ambición y el odio españoles que profesan a nuestra nación y que tan totalmente se han adueñado del alma de Felipe y de todos los españoles”.[1] El gran soldado galés

Roger Williams descubrió otras razones, más sutiles, pero igualmente poco halagüeñas:

> El Estado de España, como ya lo dije en mi discurso sobre su disciplina, está gobernado por dos clases de gentes, capitanes y clero. Los capitanes animan al rey a entrar en guerras para conservar su abundancia y su grandeza; lo mismo hace el clero para mantener su calidad contra la de la religión [protestante]. Por estos medios, la ambición del duque de Alba, del cardenal Granvela y de sus seguidores persuadió al rey para que sometiera los Países Bajos a su capricho, para que los gravara con todas las gabelas, impuestos y toda clase de tributos que el rey quisiera exigirles.[2]

Es posible que el juicio de Williams se basara en la desconfianza del soldado hacia el político, pues en general respetaba a los españoles; pero, dígase lo que se diga de su afirmación, lo cierto es que identificó a los verdaderos jefes del "partido de la guerra" en la corte de Felipe.

Hoy es claro que estos cargos habrían asombrado al rey, quien no estaba planeando más que un sistema lógico de gobierno que simplificara la administración y contuviera el poder perturbador de los nobles ambiciosos. Por lo que hacia a persecución religiosa, el rey sólo estaba continuando el programa comenzado por su padre, nacido en Flandes. No se percató, como suele ocurrirles a muchos reformadores, de que sus innovaciones representaban un cambio completo para la vida de muchos y de que, en todo caso, estaban completamente apartadas de la realidad política. Sus súbditos, notables por su agudeza financiera, pronto

comprendieron que el resultado de todo aquello sería una mayor carga impositiva y, para la nobleza, una pérdida casi total de sus privilegios.[3] Acaso la evaluación más equilibrada del asunto fuera la que apareció en una anónima historia de Amberes, publicada en 1586:

> [...] Ni la religión por una parte, ni el escarmiento de la rebelión por la otra, era todo lo que se buscaba o intentaba, sino que facciones populares y excesiva libertad (veneno pestilente para todos los reinos y dominios, al que se le debe temer en estos tiempos nuestros) se hablan introducido y eran nutridas por muchos súbditos y en el corazón del príncipe se inflamó un ferviente deseo de reducir esa provincia a un reino.[4]

Tal sutileza era en extremo rara. Durante los siglos por venir, toda la culpa recaería en los sanguinarios españoles y en su rey. Apologistas posteriores, como Verheiden, encontrarían esto muy conveniente, pues les permitía argüir que Felipe tenía todos los atributos de un tirano y que, por lo tanto, sus súbditos ya no tenían que guardarle obediencia.[5] Sin embargo, al comienzo prevaleció un argumento más tradicional. Como era inatacable la posición del rey en una sociedad rígidamente jerarquizada, Guillermo de Orange, el primero y más grande de los apologistas rebeldes, declaró que su querella era, en realidad, contra los consejeros venales que habían confundido al rey.[6] El primero entre ellos era el célebre duque de Alba.

Enviar a Alba a los Países Bajos probablemente fue un grave error. Este gentilhombre austero e inflexible, el soldado más grande de su generación, consideraba a los

flamencos como simples rebeldes, y a su país como una provincia que había que conquistar y gobernar. Con ayuda de un soberbio ejército de veteranos, pudo poner en práctica sus ideas, con tal eficacia que su nombre llegó a ser sinónimo de severidad y dio a libelistas e historiadores sobradas causas de indignación. Hizo virtualmente imposible toda reconciliación entre Felipe y sus súbditos flamencos, y las versiones populares de los procedimientos de Alba llegaron a ser ingrediente principal de la Leyenda Negra.

Según Thomas Churchyard, soldado y escritor a sueldo, Alba logró mediante la crueldad lo que otros habrían hecho por “dulce persuasión”.[7] Cuando Alba llegó en el verano de 1567 la situación acaso no fuera irremediable. Muchos de los grandes nobles, incluso Orange, aún estaban siguiendo un curso intermedio: exigían la restauración de sus antiguos privilegios, pero mantenían su lealtad a la Corona. La rebelión comenzada por el grupo más radical, a las órdenes de Brederode, pronto había sido aplastada, gracias, en parte, a los esfuerzos de los propios flamencos, y el camino estaba abierto hacia todo intento de conciliación.[8] Por desgracia, ni Alba ni su soberano probaron nada parecido. Determinado a afirmar a toda costa la autoridad real sobre los magnates rebeldes, Alba creó inmediatamente un tribunal especial, cuyo propósito era castigar a los culpables de participar en los desórdenes recientes. Al Consejo de los Disturbios, popularmente conocido como el Tribunal de la Sangre se le atribuyó la muerte de 18 mil a 20 mil personas,[9] y cuanto más alejados en el tiempo estaban los escritores, más espectaculares se volvían las crueldades del Consejo. Para mediados del siglo XVII se dijo que

> han matado a mujeres preñadas, les han abierto el vientre, y han sacado al niño y lo han

> matado; a algunos los han desollado vivos, y han cubierto tambores con sus pieles, y a algunos los han atado a un poste y hecho una pequeña hoguera en su derredor, y los han asado vivos.[10]

Al mismo tiempo, empezaron a difundirse ciertos relatos que, evidentemente, no habían llamado la atención en su época. Uno de ellos nos cuenta que el Consejo decapitó a una viuda en Utrecht por haber alojado durante la noche a un predicador protestante; según otro, un hombre fue ahorcado por ocultar a su propio hijo a sus perseguidores.[11] Tal como dice un historiador de Amberes de la misma época: "Así, habiendo quedado ahito con la sangre de esta gente, y con sus extrañas crueldades habiendo producido un gran temor en sus corazones, volvió a publicar la inquisición, y nunca toleró desobediencia"[12].

Es una actuación notable, tanto más cuanto que el mismo autor afirmó que el Consejo había ejecutado a 1.700 ciudadanos tan sólo en Amberes.[13] Es indiscutible que fueron grandes las depredaciones de Alba y de sus hombres, pero estas cifras tienen que ser una exageración deliberada, pues las investigaciones han demostrado que de las 12.302 personas sentenciadas por el tribunal, sólo 1.105 fueron ejecutadas o desterradas.[14] No menos dudosa es la acusación de que una lista de "artículos o condiciones" hallada en las cámaras de un miembro del Consejo exigía la destrucción de imágenes sagradas para poder acusar de sacrilegio a los protestantes, y el empobrecimiento del país, para que fuera más fácil gobernarlo.[15]

Los primeros efectos de este reino de terror fueron muy satisfactorios, desde el punto de vista español. La resistencia militar, encabezada por Guillermo de Orange, cesó, por falta de apoyo popular,[16] y durante un tiempo la rebelión

languideció. Fue sólo en 1572, cinco años después de su primera aparición en los Países Bajos, cuando Alba tuvo que volver a marchar contra insurgentes armados. Su intento de imponer a las ventas un tributo de 10 por ciento había hecho lo que no consiguieran sus restricciones a la libertad política y religiosa, y las importantes provincias de Holanda y Zelanda estaban declarándose abiertamente partidarias del príncipe de Orange. La campaña que siguió había de dar a los enemigos de Alba aún más municiones para su propaganda.

Desde el principio, Alba parece haber seguido una variante de la política terrorista que tan buenos resultados le había dado antes. El relato de sus hechos, tal como apareció en una crónica concisa de 1598, resulta estremecedor:

> El día 2 de octubre, Mechelen fue tomada por la fuerza y saqueada, muchos burgueses fueron muertos y muchas mujeres y doncellas desfloradas.
>
> Los españoles tomaron Zutphen, donde trataron con gran crueldad a los burgueses.
>
> Don Fadrique [el hijo de Alba] entró en Naarden, donde contra su fe y promesa mandó matar a diversos burgueses y prendió fuego a la ciudad.[17]

Esta sucinta enumeración de horrores ya es bastante macabra para el lector moderno, pero sus predecesores del siglo XVI esperaban más, y no quedaron defraudados. Los ejemplos de variaciones sobre este tema son demasiado numerosos para catalogarlos aquí; baste un fragmento que trata de la destrucción de Naarden.

Según la *Tragicall History*, las tropas españolas fueron “recibidas con amor” por los ciudadanos, y se acantonaron pacíficamente sin causar molestias. Aquella noche, por orden de don Fadrique, se convocó al pueblo a la capilla del hospital, para leer las nuevas ordenanzas proclamadas por su padre. “Pero cuando los miseros ciudadanos estuvieron allí, los españoles mataron a cada hijo de madre, saquearon e incendiaron la ciudad, forzaron a las mujeres, y aun mataron a algunas de ellas, y dejaron a las demás a vivir en gran martirio”[18]. En mitad de la carnicería, un muchacho consiguió escapar y buscar refugio en un bosque cercano. Mientras lloraba lágrimas amargas, apareció un joven ataviado de un blanco deslumbrante, quien lo consoló, maldijo a los españoles, y luego desapareció tan misteriosamente como había llegado. Parece que el padre del muchacho había sido muerto y que “su madre, habiendo sido forzada, luego le ataron los brazos por los tiránicos españoles, y cuando el fuego llegó hasta su casa, como tenía los brazos atados, no pudo salir, y murió quemada en su propia casa”.[19]

Tales relatos tienen un alto contenido imaginativo, pero no se les debe descartar por completo. El largo y enconado asedio de Haarlem demostró que si había una política de atrocidad deliberada y que, por una vez, esta política fracasó. Aterrorizados por las noticias que les llegaban del sur, los burgueses se negaron a abrir las puertas de su ciudad: y cuando las plagas, el hambre y enconados ataques les obligaron a rendirse, don Fadrique reconoció su error evitándoles nuevos sufrimientos.[20] Así, Haarlem fue el punto de cambio, y no mucho tiempo después el propio Alba volvió a España, dejando en su lugar al más benigno Requeséns.

También dejaba un legado de odio que no se ha olvidado. Para los humanitarios, su política es indefendible, y para los que no piensan, su conducta ha sido considerada como característica de los crueles y altivos castellanos. Aunque Williams pensó que Felipe había cometido un grave error al reemplazarlo,[21] la absoluta incapacidad de Alba para comprender el punto de vista de los flamencos le hacía el menos apropiado para dirigir sus asuntos. Su régimen en los Países Bajos fue el lamentable clímax de una larga y distinguida carrera, y acarreó duradera infamia no sólo a su nombre, sino a quienes ejecutaban sus órdenes.

Este no es el mejor lugar para defenderlo, pero mucho puede decirse contra la idea de que España como nación comparte todas las culpas que puedan recaer sobre el duque. Pero notemos, de paso, que en 1573 su ejército contenía sólo 7.900 españoles de una fuerza total de 54.300. Del resto, con mucho, el número mayor (30.400) era de naturales de los Países Bajos, que por lo que se ve estuvieron dispuestos a cumplir las órdenes del duque.[22] Por lo tanto, resulta difícil creer que toda la responsabilidad de los horrores de Mechelen y de Naarden recae en la pequeña minoría de españoles. No sólo soldados flamencos sino también capitanes flamencos deben compartir la culpa de estas atrocidades. Fue un noble valón, Berleimont, el que inundó la Waterlant y pasó a cuchillo a sus habitantes, y fue su compatriota Bossu el que saqueó Rotterdam (hecho que tan sólo Williams, entre los escritores flamencos e ingleses, parece haber notado).[23] Del lado de los rebeldes, recordemos que Lumey de la Marck, jefe de la Liga de los Mendigos Acuáticos, en persona, torturó y ejecutó a sacerdotes, mientras sus seguidores cometieron tales desmanes que muchas ciudades temían recibirlos.[24] Estos hechos, desde luego, tardaron mucho en saberse en

Inglaterra, y aún hoy no se ha apreciado por completo el hecho de que la rebelión de los Países Bajos fue, a veces, muy parecida a una guerra civil. Como en la conquista del Nuevo Mundo, nadie puede excusar todo lo que hicieron los españoles, pero tampoco deben ser considerados sus hechos como ejemplos únicos y sin paralelo de barbarie.

Por desgracia, la partida de Alba no tuvo el efecto deseado. La buena voluntad de España y, de hecho, su reputación, volvieron a verse comprometidas por el pillaje de Amberes. La historia de esta tragedia, absolutamente involuntaria, tiene su origen en las dificultades económicas de Felipe II. Ni aun las riquezas de Potosí parecían capaces de financiar los múltiples proyectos del "rey prudente", y con la mayor frecuencia sus tropas estaban sin paga y mal alimentadas durante periodos intolerablemente largos. Este trato, aunque sea involuntario, suele engendrar la sedición aun en los ejércitos más disciplinados; y en 1576, una malhadada conjunción de acontecimientos provocó un motín que, como dice Geyl, aseguró el fracaso definitivo de los designios españoles en Holanda y Zelanda.[25] En el otoño anterior, Felipe se había declarado en bancarrota, dejando a sus tropas enfrentarse a un invierno del norte, con su paga atrasada en veintidós meses. Con la inoportuna muerte de Requeséns el 5 de marzo de 1576, las tropas se encontraron sin jefe así como sin dinero y, como no se les había nombrado un sucesor, ellos por su propia cuenta lo eligieron. Levantando el sitio de Zierekzee, fueron en busca de comida y remuneración a Amberes, ciudad que saquearon como dos años antes habían amenazado hacerlo.[26] Más enardecidos aún por el intento de los estados de levantar un ejército contra ellos, los tercios cayeron sobre la desventurada ciudad y sometieron a su población a todos los horrores de violación, asesinato y pillaje. Se afirmó que, en

conjunto, siete mil personas de la ciudad habían perdido la vida.[27]

El relato más detallado de la tragedia fue escrito por George Gascoigne, el poeta, aventurero y a veces miembro del Parlamento que se encontraba allí. Aunque arbitrariamente elevó el número de víctimas a diecisiete mil,[28] no hemos de suponer que esta exageración fuese intencional y maliciosa. Consciente de que al lector imparcial su relato le parecería muy tendencioso, nos dice que "si yo estuviera dispuesto a escribir maliciosamente acerca de los vencedores, su anterior bárbara crueldad, insolencia, violaciones, saqueos, incestos y sacrilegios cometidos en diversos lugares, ofrecería material suficiente sin la debida y legal relación de esta última estratagema".[29] Si los escépticos enarcan las cejas ante esta objetividad, es justo notar que Gascoigne estuvo dispuesto a elogiar el valor y la disciplina de los españoles y a señalar, como contraste, la pusilanimidad de los valones que defendían la ciudad.[30] Es lamentable que, al menos en este ejemplo, una contribución a la Leyenda Negra parezca reflejar una gran medida de verdad histórica. Por una vez, las fuerzas atacantes estaban integradas casi exclusivamente por españoles, y sus crímenes no se cometieron al calor de la batalla sino "cuando la sangre estaba fría y ellos eran ya vencedores sin resistencia".[31] Es muy probable que, como sostiene otro escritor, aun las casas religiosas católicas tuvieran que entregar sus monedas y su plata,[32] y que los ricos y los pobres fueron ahorcados porque no poseían nada".[33]

Aunque tal comportamiento estaba lejos de ser insólito en las guerras del siglo XVI, la caída de Amberes captó la imaginación inglesa como ningún otro desastre ocurrido en el extranjero. Los predicadores la compararon con la caída

de Jerusalén. Los moralistas la vieron como un castigo divino, como una advertencia a los pecadores londinenses para que se enmendaran y no cayeran en el lujo que había debilitado la fibra moral de Amberes, causando su derrumbe.[34] También constituyó, por supuesto, un vehículo ideal para algo que podríamos llamar pornografía. Para la época de Cromwell, los libelistas antiespañoles estaban describiendo con delectación los más horribles y obscenos tormentos imaginables.[35] Tan grande era la demanda de este entretenimiento que el libelo de Gascoigne fue convertido en obra de teatro.

A Larum for London or the Siedge of Antwerpe [Alarma en Londres o el sitio de Amberes] debe servir para recordamos que no todos los dramaturgos isabelinos fueron tocados por el genio. Es, básicamente, una cruda obra en un acto, que su anónimo autor se esforzó por atestar con toda escena posible de rapiña y derramamiento de sangre. Si tienen una moraleja, es que los ciudadanos deben estar siempre preparados para tomar las armas, y que deben ser generosos con los exsoldados inválidos. El villano de la obra es cierto "Sancto Danila" (presumiblemente el capitán español Sancho de Ávila), pero a todos los comandantes españoles en los Países Bajos se les atribuye responsabilidad por el saqueo. Por lo que vemos, habían estado conspirando durante años para apoderarse de las riquezas de Amberes, y se pinta a Alba regresando de España para la ocasión. La trama misma es poco más que una serie de asesinatos sin ninguna coordinación, persecuciones y estupros, pero sí se hace un intento deliberado por despertar el sentimiento patriótico entre el público. El agente de una firma comercial inglesa es obligado a postrarse ante el implacable Alba, y finalmente azotado, en un intento por despojarlo de su dinero. No bien lo dejan libre aparece "Danila" y vuelve a

torturarlo, con el mismo propósito. Mientras tanto, en el escenario impera el caos y el héroe, un flamenco veterano de la guerra, con una sola pierna, interviene de cuando en cuando para salvar a alguna linajuda dama de ser violada en masa.[36]

Esto bien puede ser un disparate, pero no se puede negar su eficacia. Los hechos que inspiraron la obra fueron ya bastante lamentables sin necesidad de elaboración y, a juzgar por el interés que despertaron en escritores de épocas más tardías, el saco de Amberes debe considerarse como parte importante de la Leyenda Negra isabelina. Por fortuna, también fue uno de los últimos de tales ingredientes llegados de los Países Bajos. Los sucesores de Requeséns lograron, en su mayoría, evitar nuevas atrocidades, en interés de la política. Fue bueno que lo consiguieran, pues cada una de las inevitables reincidencias menores fue minuciosamente registrada por los libelistas.[37]

Por muy importantes que fuesen estos incidentes tomados por separado, su efecto combinado difícilmente habrá sido mayor que el escándalo producido en todo el mundo protestante por el asesinato del príncipe de Orange. Como jefe supremo de la rebelión de los Países Bajos y su principal portavoz, Guillermo había escrito una serie de proclamas y tratados violentos y a menudo escandalosos, el más célebre de los cuales es su *Apología*.[38] Además de esta importante obra de vituperio, había escrito e inspirado toda una sucesión de esfuerzos menos ambiciosos. Su *Súplica a la Regia Majestad de España* puede tomarse como ejemplo. Publicada en Inglaterra en 1573, mantenía la vieja ficción de que su revuelta no iba dirigida contra Felipe sino contra el duque de Alba, y pedía la destitución de éste, por considerarlo una amenaza a los mejores intereses del rey. Esta loable consideración al monarca no impedía a

Guillermo desahogarse hablando de los funcionarios españoles, cuya "envidia y morbosa malicia, aumentadas y llenas de insaciable avaricia e innumerables prodigalidades"[39] habían arruinado todo el país. Repitiendo así los cargas que había hecho en su primera Declaración y publicación de 1568, pasaba luego a terrenos menos elevados con un ataque a la moral de los soldados españoles. Como todo propagandista eficiente, sabía bien que ningún cuadro logra provocar tanto la rabia popular como el de esposas e hijas expuestas a los asaltos de una soldadesca brutal y licenciosa. Por tanto, encontramos "mujeres honestas y jóvenes doncellas" violadas ante los ojos de sus maridos y sus padres, mientras mujeres embarazadas eran muertas en las calles por hombres que se habían entregado a toda clase de vicios antinaturales[40].

Guillermo narraba este tipo de cosas casi demasiado bien; pero ya fuese a pesar de tales dones, o parcialmente por ellos, en Inglaterra se le consideraba como el sagrado espíritu guía de la resistencia flamenca. Y ahora había muerto, asesinado por una mano mercenaria, vendida a España, en el patio de su propio palacio. Aquél debió parecer un terrible desastre para la causa, pero, de manera extraña, cuando la noticia llegó a Inglaterra se perdió una incomparable oportunidad de lanzar invectivas. El autor del escrito en que se informaba sobre el hecho, aunque obviamente amigo del caudillo muerto, sólo decía que el asesino, interrogado, confesó haber cometido el crimen "a instancias del príncipe de Parma y de otros príncipes de cuyas manos recibiría por hacerlo veinticinco mil coronas".[41] No se refirió al hecho, por todos sabido, de que el propio Felipe había puesto precio a la cabeza de Guillermo, ni recurrió a la denuncia bíblica que había de colorear la crónica retrospectiva hecha por Emanuel van Meteren. Tras

una simple declaración de las circunstancias, el autor pasaba a toda prisa a una tarea más de su agrado: la extensa descripción de las bárbaras torturas a que el asesino fue sometido durante su ejecución, que duró cuatro días. A primera vista, parecería que este esfuerzo representaba una colaboración a alguna Leyenda Negra antiholandesa, pero no era tal el caso. Guillermo el Taciturno gozó de gran popularidad en la Inglaterra de su época y ha llegado a ser casi un héroe popular en ambos lados del canal de la Mancha. La simple noticia de su muerte bastó para convencer a muchos de la culpa de España, y los escalofriantes detalles de la venganza holandesa no habrán parecido muy censurables a un siglo habituado a las ejecuciones públicas y al empleo de la tortura. Toda retórica hubiera salido sobrando.

El asesinato de Guillermo fue el primero de una serie de acontecimientos que obligaron a Inglaterra a revaluar su posición ante los Países Bajos. El 7 de agosto de 1585 Amberes, que pese a todas sus vicisitudes seguía siendo la ciudad más rica de los Países Bajos, volvió a caer, víctima de la pericia española y de las disensiones de sus habitantes. Holanda y Zelanda quedaron peligrosamente expuestas.[42] Sabedora de la importancia de los Países Bajos como ciudadela de España en el norte, y alarmada por la poca consideración de España a los intereses comerciales en el mayor mercado de Inglaterra, Isabel llevaba mucho tiempo enviando voluntarios y ayuda financiera a través del canal.[43] Ahora, se imponía una intervención más directa. A comienzos de octubre llegaron las primeras tropas inglesas, a las que en diciembre se unió el conde de Leicester. Al embarcar las tropas, Isabel, siempre atenta a la opinión pública, hizo aparecer una declaración de las causas que mueven a la reina a dar ayuda a la defensa del pueblo

afligido y oprimido en los Países Bajos. En contraste con muchas aportaciones al antihispanismo, ésta es una pieza de propaganda oficial y, siéndolo, indica que la Corona no estaba indebidamente preocupada por las fobias antiespañolas de escritores independientes. Manteniendo, como lo hiciera Orange, que un rey no podía cometer injusticia, Isabel se quejaba de que los consejeros de Felipe la habían llevado a nombrar "hombres más avezados en la guerra que en el gobierno pacífico, y algunos de los cuales notablemente se deleitan en la sangre, como se ha visto por sus acciones, para principales gobernadores de todos sus Países Bajos, contra todos los usos y las leyes de allí".[44] Así, la Corona misma, sin despojarse de sus cualidades sobrenaturales, daba sin ambages su sanción oficial al antihispanismo inglés. Declaraba culpables a los consejeros españoles de enviar a los Países Bajos tiranos sanguinarios que habían permitido saquear sus pacíficos campos a la brutal soldadesca española.[45] Difundida en el extranjero no sólo como folleto sino en las páginas augustas de Holinshed, Camden y Baker, la *Declaración* dio a los ingleses la real confirmación de lo que de larga data habían sospechado.

No puede saberse hasta dónde habría conducido este nuevo incentivo a los libelistas si no hubiese aparecido la Armada para robar a los flamencos el interés del público. Los destajistas y autores de polémicas volvieron su atención a asuntos más urgentes, dejando a historiadores más respetables completar su obra.

Las crónicas de Holinshed, Camden y Baker son, en muchos aspectos, mejores indicadores del sentimiento antiespañol que los folletos y libelos de los flamencos, pues muestran, aunque sólo fuera eso, cuánto le resultaba aceptable a una intelectualidad con bastante sentido crítico, y cuánto pasaría a generaciones venideras. A diferencia de

los folletos y volantes, estos textos tan voluminosos y pesados rara vez se escribieron para encender pasiones. Camden parece el más digno de fe, aunque no necesariamente fuese el más leído. Holinshed, desde luego, es famoso por su relación con Shakespeare, mientras de Baker se dice que fue el autor predilecto de hombres como *sir* Roger de Coverley.[46] En grupo forman un compendio de la información histórica disponible para los ingleses hasta bien entrado el siglo XVIII, y su hostilidad contra España es considerable.

Holinshed acusó a los españoles de matar ruinmente al príncipe de Orange, de oprimir a los flamencos y de conspirar "disimulada y continuamente" contra la propia Isabel.[47] Como los demás, reprodujo íntegro el texto de la *Declaración* de la reina, añadiéndole la petición de los diputados que habían ido a solicitar ayuda. Baker informó que "el duque de Alba, transpirando sangre y muerte, hizo huir en parvada a los flamencos a Inglaterra, como a un refugio"[48] y que bajo su dirección "los españoles en los Países Bajos empezaron a maltratar al pueblo, y acosaron a los habitantes con toda clase de pillajes y daños"[49]. Camden se refiere a "la bárbara crueldad de los españoles"[50] y, lo que es más importante, basa su relato de los comienzos de la rebelión en Emanuel van Meteren.

Meteren merece consideración por separado. Su monumental *Histórica Bélgica* se parece más a una monografía histórica que a una crónica, pero por desgracia sus propósitos eran distintos de los dos géneros. Originario de Amberes, que pasó en Londres la mayor parte de su vida, sintió un profundo interés por las vicisitudes de su pueblo y se inspiró para escribir una narración completa de sus luchas desde su propia posición rígidamente calvinista.[51] Más rica en invectivas que en ciencia histórica, atrajo la

atención de Thomas Churchyard, quien intentó traducirla al inglés como *The Succeeding Governors of the Netherlands* [Los sucesivos gobernadores de los Países Bajos]. Aunque era, como hemos visto, veterano de las guerras y autor de una interesantísima historia, Churchyard tuvo que conformarse, en este caso, con laborar para la gloria de otro. Característicamente, la tarea le sentó tan mal que no sólo añadió secciones en que no había soñado siquiera el digno Meteren, sino que hasta incluyó algunas de sus propias experiencias. Luego, al fallarle la salud, pasó el grueso del trabajo a su amigo, el traductor profesional Richard Robinson. El resultado es uno de los popurrís más curiosos de la literatura histórica. Los anatemas del buen Fleming alternan con las notas de buen sentido del traductor y las cultas intervenciones de John Stow y de otros produciendo un efecto no muy distinto del de un plan escrito en común en un manicomio.

Churchyard, que respetaba a sus enemigos, empezó el texto con un breve análisis de las causas de la rebelión, junto con un divertido relato de sus propias aventuras en las primeras etapas. Luego presenta la segunda parte de la obra refiriéndose a ese "noble y gran soldado el duque de Alba".[52] Dos páginas más adelante, en una sección escrita por Meteren se habla del duque como de "una persona notable, sin duda, pero un tirano notablemente cruel, alto de cuerpo y enjuto de carnes (como Bruto o Casio, a quienes, se dice, César les temía)[53] Para completar la confusión, se nos dice que fue el soldado español más grande de su época,[54] que gobernó con inmensa crueldad, matando a hombres, mujeres y niños sin piedad.[55] Inexplicablemente, Felipe, descrito en términos más convenientes para el Anticristo que para un monarca cristiano, queda tan horrorizado por estos excesos que destituye al duque[56].

Pese a tan híbrido enfoque —debió de ser confuso hasta para un isabelino—, no queda la menor duda de cuál es el propósito de la obra, Meteren, por lo menos, se había propuesto condenar a los españoles, y su conclusión puede considerarse como resumen de lo que todos sus colegas deseaban expresar:

> Manifiestamente apareció así a la vista de Dios y de todo el mundo qué impiedad, malicia, daño y crueldad el Papa y el rey español han practicado, con disimulo de zorro y fuerza de león, contra los nobles y los estados de los Países Bajos, infringiendo sus antiguos privilegios, violando la fidelidad en los contratos, quebrantando los nexos de amistad, oprimiendo toda la integridad de sus leales súbditos y fieles servidores de Dios, llevando la ruina y desolación a nobles y humildes, ricos y pobres, jóvenes y viejos, con tiranía digna de los turcos, intolerable en esos dominios.[57]

Ni tan siquiera esto puede dar una idea del tono del ataque, pues sus acusaciones a menudo van sostenidas por la Sagrada Escritura. Se dice que el Papa y el rey español se asemejan al “sanguinario Baalac [sic] maldiciendo a los israelitas y el otro más bien al faraón persiguiéndolos y oprimiéndolos, pero ambos son parecidos al león embravecido y al oso hambriento de que habla Salomón”.[58] Los asesinos enviados contra el “santo gobernador, el Príncipe de Orange” por este “Babilón romano y este Periandro español” son llamados, entre otras cosas, “miserables miembros de la hueste de Caín y campeones de Satanás”.[59] Gran parte de esto le parece al lector moderno

tan anticuado que provoca su hilaridad, pero la frecuencia con que aparece en los escritos del siglo XVI revela que muchos lo tomaban en serio. La denuncia abierta no es tan insidiosa ni, a fin de cuentas, tan eficaz como la tergiversación tan bien usada por Las Casas, pero también sirve a un propósito. La historia de Meteren, aunque no contiene muchas descripciones de atrocidades españolas específicas, sí aporta algunas invectivas que lanzar contra el odiado enemigo; y en opinión de algunos, estas cuestiones tienen importancia. Sea cual fuere la razón que se tenga para sostener un prejuicio, siempre es grato ver que un escritor de prestigio conviene con él en forma entusiasta.

Para concluir en la misma vena, apareció en 1599 una obra cuyo propósito era resumir todas las características de los españoles, tal como las habían revelado durante su permanencia en los Países Bajos. Aunque es una fruslería, abominablemente escrita por alguien que en un tiempo debió de ser un hostelero, contiene ya en embrión la mayor parte de la madura Leyenda Negra en forma compendiada, y es una condensación de lo que el lector inglés debía creer si había leído la literatura de la rebelión. Bajo dieciséis rubros separados, el "Signior" es censurado como vanidoso e hipócrita, impío y cruel. Se recuerda a los perros de Las Casas, devoradores de hombres, junto con anécdotas de otras fuentes, para probar acusaciones que van desde la avaricia hasta la cobardía. Sin embargo, lo peor —y aquí es donde surgen sospechas de que fue un hostelero el que empuñó la pluma— es el comportamiento del "Signior" cuando está alojado en una posada. Se nos dice que es "demonio en su vivienda" porque exige buen servicio y las mejores camas, "lobo a la mesa" y "cerdo en el dormitorio", repugnante en sus hábitos e infectado con enfermedades venéreas. Concluye el autor: "¿Cómo entonces dormirá /

anfitrión que en aposentos / guarda diablos, lobos, cerdos?”[60] ¿Cómo, en realidad?

Este, pues, es el español visto por ojos proflamencos; pero ¿no había otro cuadro que pudiera ver el inglés de los siglos XVI y XVII? Por desgracia, la respuesta debe ser: no. Los ejemplos escogidos para este capítulo son escasos, pero representan todo un corte seccional de la época. Williams y Churchyard, como soldados veteranos, defendieron el valor español,[61] pero nadie defendió a Felipe, pocos protestaron contra los crímenes de los Mendigos del mar, y casi todos tendieron a exagerar los de los españoles. De las varias historias de la rebelión escritas por españoles, ninguna circuló en Inglaterra. Quizá Felipe consideró sus razones tan obvias que no necesitaban defensa. No cabe duda de que, según las normas jurídicas y morales de su época, esto era verdad, y las atrocidades cometidas en su nombre no fueron mucho peores que las habituales en las guerras del siglo XVI. Sin embargo, se siente uno tentado a pensar que la respuesta es más sencilla. Si no hubiese habido un acuerdo de opinión entre ciertos ingleses poderosos y el elemento más elocuente de la política flamenca, la historia de la rebelión bien podía haberse escrito de otra manera.

A pesar de todo, ninguna teoría diabólica puede explicar la continuada aceptación de las opiniones expresadas en esta literatura. Los flamencos, suya era la lucha, no pueden ser censurados por odiar a sus enemigos, y sus padecimientos fueron genuinos. Pero ¿cómo puede John Lothrop Motley, norteamericano que escribía tres siglos después de los hechos,[62] alegar la misma excusa? Su invectiva fue casi tan pintoresca como la de Meteren, y su comprensión de la historia no fue mucho más avanzada. Hemos de concluir que la visión que los rebeldes tenían de España conservó su atractivo porque llegó a asociarse con un moderno sistema

de valores. Se ha supuesto que los flamencos buscaban la tolerancia religiosa y la libertad personal, cuando, en rigor, muchos de ellos sólo trataban de imponer otra clase de tiranía religiosa, sin dejar de mantener los privilegios aristocráticos. Las libertades democráticas habitualmente asociadas con sus nombres eran, en su mayoría, impensables en 1565. Los que, en el siglo XIX y comienzos del XX, creyeron que estos principios estaban entretejidos en la urdimbre misma del universo, naturalmente lo ignoraban. Identificaron la rebelión de los Países Bajos con el culto a sus propios dioses, e hicieron de los enemigos de aquélla sus propios enemigos. Como resultado, el papel desempeñado por España en esta prolongada y sangrienta tragedia debe ocupar su lugar entre las causas generales del antihispanismo, no sólo en Inglaterra, sino en toda la Europa occidental.

V. Como traidores, ladrones y asesinos

LOS PRIMEROS vacilantes intentos ingleses de expansión en ultramar fueron casi carentes de significado ideológico; pero a su manera, también ellos resultaron ser un fértil cultivo para el antihispanismo. Al ascender Isabel al trono en 1558, Inglaterra ya iba rezagada en la carrera por un imperio. Dos generaciones habían transcurrido desde que España y Portugal se dividieran entre ellas el mundo no europeo, y los esfuerzos por aumentar la prosperidad inglesa sólo se podían hacer a sus expensas. De las dos, España era, por no pocas razones, la rival más importante. La relativa proximidad y la fabulosa riqueza de las posesiones españolas en América despertaron la ambición de los ingleses, en tanto que sus grandiosas posibilidades territoriales y terca negativa a comerciar con extranjeros les causaron furor y envidia. Fue sólo natural que intentaran quebrantar el monopolio español, y que España se opusiera a esos intentos con todas sus fuerzas.

Eran inevitables nuevas aportaciones a la Leyenda Negra. Como España tenía derecho a todas las tierras que estuviesen más allá del meridiano 46° oeste, por virtud de una bula papal y del tratado de Tordesillas, y como sus puertos americanos estaban irrevocablemente cerrados al comercio inglés, los viajes de los ingleses a la zona eran absolutamente ilegales. Si aparecía por allí un barco inglés que no llevara comisión real, podía presumirse que estaba

dedicado al contrabando o a la piratería. Si, en cambio, navegaba con el conocimiento oficial de la reina, su presencia sólo podía considerarse como acto bélico. En los tres primeros decenios de su reinado, Isabel estuvo ansiosa por evitar todo conflicto abierto y, por consiguiente, los ingleses que visitaron América lo hicieron sin conocimiento oficial, aunque a menudo con el apoyo solapado del gobierno. Sólo el ingenio de los propios marinos logró prevenir su captura y enjuiciamiento como piratas por una nación determinada a proteger a toda costa sus vastas posesiones contra cualquier intromisión extranjera. La rigidez al interpretar la ley fue igualada por la rigidez al aplicarla, y la mayor parte de los viajeros isabelinos tuvieron al menos un encuentro desagradable, y a menudo fatal, con las autoridades españolas. Gracias a los esfuerzos de un grupo notablemente elocuente de aventureros ingleses, pocos de estos incidentes no fueron consignados.

Las constancias de los viajeros isabelinos son insólitamente completas, y su influencia sobre el desarrollo de la Leyenda Negra debió de ser enorme. El lector inglés podía comprender más fácilmente las dificultades de Drake o de Hawkins que las de los extranjeros, por mucho que simpatizara con su causa, y tuvo abundantes oportunidades de hacerlo leyendo los escritos que por lo general se publicaban al término de cada viaje. Sus autores eran hombres de diversas tallas, pero todos ellos, predeciblemente, estaban imbuidos del sentimiento antiespañol. Como testigos presenciales de las escenas que describían, su testimonio tenía gran valor; y si el lector isabelino fue demasiado indolente para buscar su publicación por separado, luego pudo encontrarlos unidos en la obra de Richard Hakluyt, uno de los historiadores más grandes del siglo XVI.

La influencia de la obra de Hakluyt, tanta sobre la expansión inglesa como sobre el desarrollo de la Leyenda Negra, merece ser examinada. Aunque en persona viajó poco, sus *Principle Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation* [Principales viajes, tráficos y descubrimientos de la nación inglesa] son, para muchos, el símbolo mismo del expansionismo inglés. Atestados de emocionantes relatos de viajes, datos de navegación y vividas exhortaciones a llevar el estandarte de la reina a rincones de la tierra cada vez más remotos, constituye una clave inapreciable del aventurero espíritu isabelino, y una mina de información sobre los primeros viajes. Como resultado, pocas de tales obras en muchos volúmenes han gozado de tal aceptación. Publicado en 1589, todo el texto fue reimpreso en 1599-1600, 1809-1812 y 1903-1905, mientras que numerosos extractos y ediciones abreviadas han seguido satisfaciendo la curiosidad de los lectores más superficiales.

La vida del autor acaso no fuera tan emocionante como las aventuras que relató, pero su posición única en la sociedad isabelina le da un grado de interés que trasciende lo puramente pintoresco. Richard Hakluyt fue clérigo, diplomático, historiador, propagandista y muchas otras cosas además, pero básicamente fue uno de los primeros de una casta hoy omnipresente: la del experto consultor. Los intereses —en rápida expansión— de los mercaderes ingleses les hagan imposible mantenerse al día de los últimos hechos y descubrimientos en ultramar, y, como los hombres de negocios de hoy día, buscaron los conocimientos de un especialista. Hakluyt había sido bien preparado para esa tarea por un primo suyo del mismo nombre. Este primo, aunque abogado de profesión, encontró más de su gusto la geografía que el derecho, y pudo valerse de los conocimientos adquiridos mediante su hobby para

suplementar sus ingresos. Como asesor de los mercaderes londineses, y en una ocasión del propio Burghley,[1] logró lanzar a su hoy más famoso pariente en una carrera en que habría de prestar servicios a las personalidades más destacadas de su época. Michael Lócke, *sir* Humphrey Gilbert y *sir* Walter Raleigh aprovecharon el asesoramiento de Hakluyt el menor, mientras que Walsingham lo empleó para espiar las ambiciones coloniales de los franceses.[2] Lord Howard de Effingham, quien comandó la flota inglesa en el año de la Armada, fue su patrono, y las compañías de Virginia y de las Indias Orientales lo contaron entre sus fundadores.[3]

Al transcurrir el tiempo, las relaciones públicas fueron eliminando gradualmente aquellas funciones de asesoramiento. Los clientes de Hakluyt el menor necesitaban mucho más que sus consejos. Requerían, específicamente, apoyo oficial y aprobación popular si querían evitar el estigma de piratas. La presencia de un hombre de letras entre ellos no podía dejar de ser provechosa, y así fue como Hakluyt, el docto consejero, se convirtió en Hakluyt el publicista. Fue una idea feliz, pues dio al mundo los *Principle Voyages*, pero éstos sólo fueron una parte de su labor. Antes de dirigirse a la opinión pública, sus argumentos —tan minuciosamente sopesados— habían de recibir aprobación al menos tácita de la reina. El hoy célebre *Discourse concerning Western Planting* [Discurso concerniente a la plantación occidental] fue el resultado. Este, los *Principle Voyages* y una obra más breve, los *Divers Voyages Touching the Discoverie of America and the Ilands Adiacent* [Diversos viajes relacionados con el descubrimiento de América y las islas adyacentes] comprenden el grueso de los trabajos de Hakluyt y la base de su derecho a la fama. Aunque los públicos a los que iban dirigidos varían extensamente, debe

notarse que, como dice su biógrafo, “cada publicación de Hakluyt tiene un mismo objetivo: fomentar empresas”.[4] Pero este tema no carece de contrapunto. Al interesar a los ingleses en la colonización y publicar sus viajes, Hakluyt se vio inevitablemente obligado a excitar el resentimiento popular contra el principal obstáculo a sus designios, y ese obstáculo no era la apatía pública, sino España.

La actitud del propio Hakluyt quedó cabalmente expresada en el *Discurso concerniente a la plantación occidental*, ofrecido a la reina en 1583. Esto era, desde luego, antes de la Armada, y es muy posible que la reina prohibiera su publicación, por temor a ofender a Felipe II. Sea cual fuere la razón, no apareció para consumo público hasta 1877, cuando Inglaterra había entrado en una nueva racha de actividad imperialista. En cierto modo, es lástima que se prohibiera conocerlo a los isabelinos, pues aun cuando hubiera irritado, sin duda, a los españoles, es, con mucho, la presentación más clara de las teorías y de los prejuicios de Hakluyt que jamás haya salido de su mano. Comienza por notar que los españoles han hecho grandes cosas en las Indias por “repugnante lucro y vana ostentación”,[5] se queja de la influencia perturbadora de la política española sobre Europa,[6] y cita al pie de la letra cinco páginas de Las Casas, para mostrar su naturaleza depravada y brutal.[7] Por fortuna para los ingleses, las investigaciones de Hakluyt lo habían inducido a creer que las naciones sometidas a España eran rebeldes y, que, por causa de una escasez de colonos españoles en muchas regiones, sería fácil establecer una base en el Nuevo Mundo.[8] De hacerse esto, podrían lograrse grandes incursiones en el imperio de Felipe; y, en palabras del propio Hakluyt, “el rey español se quedará tan pobre como el orgulloso cuervo de Esopo [...] abatido su orgullo y

totalmente suprimida su tiranía”.[9] En cuanto al poderío militar español, es tratado con desdén:

> Por tanto, puedo concluir este asunto comparando a los españoles con un abejorro o un navio abandonado, que cuando es golpeado emite un gran ruido que se oye a lo lejos, pero acercaos y mirad, no hay nada en él, o antes bien, como el asno que se cubrió con una piel de león y fue lejos, llenando de temor los corazones de los otros animales, pero cuando el zorro acercose, percibió sus largas orejas e hizo del asno el hazmerreír de todas las bestias del bosque. De igual manera, nosotros (por mi vida) podemos dejar al español en ridículo a los ojos de toda Europa, si con mirada penetrante vemos su mísera debilidad en las Indias Occidentales y con estilo fiel pintamos *ad vivum* para que el mundo lo véa en sus desteñidos colores.[10]

La sagaz Isabel debió de considerar con asombro aquel visionario optimismo, pero aun para visionarios tenía un lugar en sus esquemas, y aunque esta obra no se imprimió en vida de su autor, otras similares no fueron suprimidas. En rigor, diríase que el momento escogido por Hakluyt fue muy oportuno. Los incidentes provocados por sus propios socios en el Nuevo Mundo y la situación cada vez más grave de los Países Bajos estaban obligando a la reina a abandonar su política de paz. Como portavoz de un grupo que favorecía emprender acción en ambos frentes, Hakluyt podía contar con ser escuchado; también pudo contar con recibir de la Iglesia lo que difícilmente hubiera podido ganar en el ejercicio de sus deberes pastorales.

En los *Divers Voyages* sólo hay un matiz de antihispanismo,[11] pero éste volvió a surgir como tema importante en la *opus magnum* de Hakluyt. Como lo indica su título, los *Principle Voyages* no eran un tratado sino una extensa compilación de documentos y fuentes informativas de los viajes de exploración. Sus colaboradores variaban en nacionalidad, carácter y propósito —Hakluyt era muy taimado para dejar que los prejuicios le impidieran presentar hechos útiles—, pero su libro trataba sobre todo de grandes realizaciones de ingleses, y de sus obras sacó principalmente su material. Por tanto, los Principle Voyages presentan una visión de España que, en grado notable, presagia ya la Leyenda Negra inglesa en su forma definitiva. Ciertas cualidades y rasgos de carácter se presentan como típicamente españoles y, salvo en pocos casos, estas impresiones reflejan la naturaleza hostil de los contactos en que llegaron a formarse. Sobresale entre ellas la acusación, que aún se oye, de que por regla general los españoles son más crueles y traicioneros que otros pueblos.

Los ejemplos de este cargo son demasiados para enumerarlos, pero uno o dos merecen narrarse. Un caso típico, notable tanto por la indignación con que se lo describió como por la dudosa respetabilidad de los protagonistas ingleses, es el relato hecho por *sir* John Hawkins de su derrota ante San Juan de Ulúa en 1568. Durante el año anterior, Hawkins había tratado de vender un cargamento de esclavos en la América española, violando así la orden real que prohibía todo comercio entre colonizadores y extranjeros. En el pasado había hecho dos viajes similares con cierto éxito, pero a los funcionarios que entonces le habían permitido desembarcar su cargamento se les había recordado después su deber mediante multas considerables. Por lo tanto, cuando la flotilla de Hawkins

volvió a aparecer en sus aguas, se mostraron renuentes a cooperar. En dos minúsculos puertos logró llegar a un acuerdo, por el cual se diría que él había tomado la plaza a viva fuerza y obligado a sus habitantes a comprarle su mercancía, abasteciéndolos así de bienes que, reconocidamente, tenían gran demanda, y al mismo tiempo absolviendo a las autoridades locales de toda culpa por tratar con extranjeros. En cambio, en río de la Hacha, Hawkins tropezó con la auténtica oposición del belicoso tesorero de la comunidad, Miguel de Castellanos, y tuvo que tomar el poblado sin su anuencia y con considerable pérdida de propiedades.

Con semejantes credenciales, el inglés tuvo el infortunio de que su nave capitana quedara tan mal parada en una tormenta que se vio obligado a entrar en San Juan de Ulúa para hacer reparaciones. San Juan de Ulúa era el puerto de Veracruz, la entrada de México. Por allí pasaban las riquezas del interior en camino a la madre patria, y era allí, como bien sabía Hawkins, donde una flota procedente de España fondearía en cuestión de algunos días. Sólo una emergencia directa pudo llevarlo a arriesgarse a un encuentro con una flota española considerable; pero no tuvo alternativa, y su flotilla de siete barcos entró en la bahía y echó el ancla antes de que el comandante de las baterías del puerto se hubiese percatado de que aquéllos no eran los visitantes que estaba esperando. Impaciente por proclamar lo pacífico de sus intenciones, Hawkins pronto dio todo tipo de garantías al azorado comandante, y envió mensajes a Veracruz pidiendo autorización para carenar sus barcos y comprar abastos.

A la mañana siguiente, al despertar, los ingleses encontraron trece altos navíos bloqueando la entrada al puerto. Quiso la suerte que aquella flota llevase no sólo el habitual cargamento de mercancías para los colonos, sino

también un nuevo virrey, don Martín Enríquez, y la presencia de Hawkins le creaba a don Martín un espinosísimo problema para comenzar su virreinato. Aunque no es probable que el nuevo virrey estuviera enterado de las depredaciones más recientes de Hawkins, sabía de sus viajes anteriores, y conocía la ley. No cabía duda de que los ingleses eran culpables, por lo menos, de encontrarse en las Indias sin autorización del rey, de vender mercancía no manifestada en Sevilla, y de comerciar sin licencia.[12] Era obvio que debía sacarlos de allá, y detenerlos de ser posible, pero no eran igualmente claros los medios para lograrlo. Para empezar, aunque las fuerzas del virrey tenían superioridad numérica, su flota sólo llevaba dos navíos de guerra en toda forma. En el *Minion* y en su nave capitana, el *Jesus of Lubeck*, Hawkins contaba con dos barcos de poderío similar, y había tenido cuidado de apoderarse de las baterías de la costa. Por lo tanto, era imposible un ataque frontal y no era más atractiva la perspectiva de quedarse ante un litoral inhóspito, con una brisa fresca. El virrey sólo podía tragarse su orgullo y aceptar las condiciones de Hawkins, con la esperanza de lograr algo después, en momento más propicio. Hawkins proponía, esencialmente, autorizar a los españoles a anclar en aquel puerto español, siempre que se efectuara un intercambio de rehenes y se permitiera a los ingleses dominar el islote al que quedarían amarradas las naves de uno y otro bando. Enríquez estuvo de acuerdo, aunque con cierta renuencia, y los recién llegados anclaron, en ominosa proximidad de los ingleses.

Antes de que transcurrieran dos días, los observadores avisaron que los españoles estaban preparando un ataque en secreto. Aunque Hawkins lo esperaba, y en realidad se había preparado, hizo constar una protesta inmediata. La respuesta del virrey fue conciliadora, aunque nada convincente, y al

cabo de una o dos horas se reanudaron los disimulados preparativos. El ataque se lanzó a la hora de la comida, y aunque las autoridades en la materia difieren un tanto sobre la secuencia exacta de los acontecimientos al principio, no hay dudas sobre su fin.[13] En batalla cerrada, con poco espacio para maniobrar con sus barcos, superados en numero pero mejor armados, los ingleses sólo pudieron salvar dos navíos, y perdieron todos los hombres que habían emplazado en la costa para guardar las baterías. Hawkins, que exageró burdamente la cordialidad de su recepción original, describió esta necesaria treta como un ejemplo de la más baja traición, una muestra perfecta de la inherente villanía española.[14] Los millares de ingleses que leyeron su escrito original y la reproducción hecha por Hakluyt al parecer estuvieron de acuerdo.

Este relato no necesita secuela, pero hubo una en que la traición se combinó con la crueldad, y la crueldad con el fanatismo papista. Al abrirse paso hasta el mar, los dos barcos sobrevivientes lograron salvar a bastantes miembros de la tripulación del resto de la flota. Una vez lejos del litoral, descubrieron que carecían de provisiones suficientes para el viaje de regreso a Inglaterra, y que había que dejar a algunos hombres en las costas de la Nueva España.[15] Entre los ciento que se ofrecieron a quedarse pueden ser mencionados Miles Phillips y Job Hortop, y los dos escribieron relatos de su aprehensión y encarcelamiento por la Inquisición que, como acusaciones a la crueldad española, son mucho más eficaces que el testimonio de Hawkins.[16]

Los riesgos inevitables al tratar de frustrar las pretensiones del Imperio español quedaron aún más claramente manifiestos en el destino de la colonia francesa de Florida. En 1564, un grupo de hugonotes, actuando sin el conocimiento oficial de su rey,[17] se embarcó rumbo a la

Florida al mando de René Laudonniére. Una expedición anterior había desertado de sus puestos, y algunos miembros de la facción de Coligny deseaban restablecer aquella colonia embrionaria. Para su desgracia, Laudonniére no pudo contener a sus hombres, y trece de ellos se lanzaron a una breve, aunque espectacular, carrera como piratas. Habiendo cargado con tesoros un bote y secuestrado al gobernador de Jamaica, fueron capturados y conducidos a La Habana para juzgarlos.[18]

Semejante descaro no podía dejar de llamar la atención de Felipe II. Fiel a su nombre, el "rey prudente" mandó investigar la situación oficial de la colonia francesa y, al descubrir que no tenía ninguna, resolvió extirpar lo que sólo pudo haber considerado como un nido de *corsarios luteranos.*[19] El elegido para esta tarea fue un noble, Pedro Menéndez de Aviles, buen soldado. Llegado en el momento en que Francia acababa de mandar refuerzos, Menéndez atacó inmediatamente a los colonos, pese a su superioridad numérica.[20] Gracias a la increíble torpeza de los franceses, que dividieron sus fuerzas, logró capturarlos y los ahorcó en la playa bajo un letrero que decía: "No les hago esto por franceses, sino por luteranos y piratas"[21]. A otros, que llegaron a las órdenes de Ribaut, simplemente los mandó degollar.[22]

Para los españoles, aquella era justicia a secas. Los franceses, cuyos cadáveres colgantes adornaban la playa de la Florida, eran herejes confesos que, por sus obras, habían mostrado ser capaces de piratería. Menéndez, que según Merriman era un caballero intachable,[23] consideró esa tarea como la ejecución de criminales comunes, y sobre esa base lo defendió el tribunal español. Como la expedición francesa no tenía ninguna sanción oficial, sus miembros no eran, en lo jurídico, más que piratas. Además, pudo alegarse que todo

intento de llevarlos a juicio hubiera sido suicida, en vista de su superioridad numérica.[24] Sin duda, aquél no sería el tipo de riesgo que correría un comandante prudente. Acaso los franceses no estarán de acuerdo con esta línea de razonamiento, pero como su expedición había partido sin ninguna sanción oficial, no tuvieron nada que decir: el propio Laudonniére no fue tan reticente. Después de escapar por milagro de los españoles, publicó su versión de todo el asunto, en la que los condenaba tanto a ellos como a sus partidarios, tratando de apartar la atención del lector de sus propios errores. Hakluyt la descubrió en París, donde era secretario del embajador inglés, la tradujo y publicó con cubierta distinta en 1587.[25] Apareció en todas las versiones subsiguientes de los *Principle Voyages*, y aunque su contenido puede provocar desprecio a los franceses, su detallada descripción de una matanza extraordinariamente sangrienta hace poco por España.

El desenlace de esta tragedia indica que la barbarie no era monopolio español. La conclusión del relato de Laudonniére, que él divide en cuatro “libros”, está dedicada a una misión similar, a cargo del capitán Dominique Gourgues, quien “con todo valor, justicia y severidad vengó la sangrienta e inhumana matanza perpetrada por los españoles contra sus compatriotas en el año de 1565”.[26] Cayendo sobre la pequeña banda de españoles aún acampados en el lugar de la colonia francesa, Gourgues los ahorcó bajo un letrero que proclamaba, en macabra parodia del original: “No les hago esto por españoles ni por marineros, sino por traidores, ladrones y asesinos”[27]. Seguramente aquello le pareció genial.

Como puede verse por este ejemplo, Hakluyt no rechazaba una historia de horror tan sólo porque en ella no intervinieran ingleses. Hasta los pobres indios aparecían

para solicitar la conmiseración del lector, aunque nos gustaría saber si esto hubiera ocurrido de no haber llamado Las Casas la atención del lector inglés hacia su suerte. Sea como fuere, su mano es sospechosa de influir sobre pasajes como el siguiente:

> Si los castellanos, simulando un celo religioso para plantar el cristianismo en aquellas partes, con sus hechos no han predicado más que avaricia, rapiña, sangre, muerte y destrucción a aquellas desnudas y mansas criaturas de Dios, elevándose estatuas y trofeos de victoria a sí mismos en la matanza de millones de inocentes, ¿no sube hasta los cielos el grito de las pobres víctimas desamparadas? ¿Ha olvidado Dios mostrarse benigno hacia la obra de sus propias manos? ¿O no caerá su Juicio en un día de visitación, por el ministerio de su servidor escogido, sobre las cabezas de estos sanguinarios carniceros, como lluvia sobre un vellón de lana? [28]

Esto fue escrito por Lawrence Keymis, lugarteniente de Raleigh, pero esas “desnudas y mansas criaturas de Dios” tienen un sonido que ya conocemos bien.

Otros tuvieron más cuidado de reconocer sus fuentes. En su escrito “La última lucha de la venganza”, *sir* Walter Raleigh citó a Las Casas como testigo de las crueldades españolas en el Nuevo Mundo, donde, tan sólo en la Española, treinta mil inocentes habían sido pasados a cuchillo por sus sanguinarios amos.[29] Su “Viaje a la Guayana” está lleno de horrorizados comentarios acerca del mal trato dado a los indios, y observa que en un solo intento

de encontrar un antídoto al veneno de las flechas, los españoles "martirizaron y sometieron a torturas inventadas no sé a cuántos de ellos".[30]

La aventura de William Michaelson y William Mace, oficiales del barco mercante *Dogge*, les permitió sacar la conclusión inevitable de todo esto. Después de intercambiar homenajes con un navío español en el golfo de México, invitaron a los españoles a subir al *Dogge* para parlamentar y recibieron, a su vez, una invitación recíproca. Cuando los ingleses se hallaban a bordo de la otra nave, los españoles saltaron sobre ellos, acuchillando al piloto inglés y, como dicen los autores, "a otros les sirvieron la misma salsa". Si Michaelson y Mace no se hubiesen salvado saltando por la borda, no hubieran podido advertir a todos los ingleses que fueran recelosos en sus tratos con "ese taimado enemigo y nunca volverán a confiar en los españoles si su propia fuerza no es suficiente para dominarlos, pues todo el que por simplicidad confía en su cortesía, probará su no desmentida crueldad".[31]

Como por la compilación de Hakluyt se repiten relatos similares, y como los ingleses tendían, naturalmente, a quitar importancia a sus propias brutalidades, el lector se quedaba, una vez más, con la impresión de que la crueldad española era algo único. Pero al subrayar la vena de crueldad y traición que afirmaban discernir en el carácter español, los colaboradores de Hakluyt tuvieron cuidado de no omitir otros rasgos que, aun cuando odiosos en sí mismos, también podían explicar la presencia de aquellos defectos. Thomas Cates, en su relato del viaje emprendido por Drake en 1585, nos dice que en el despacho de un gobernador español encontró un escudo con la leyenda *Non sufficet orbis*.[32] Este descubrimiento se apoderó de la imaginación de los lectores, y el incidente llegó a ser casi tan

famoso como los perros comedores de hombres de Las Casas. *Sir* Walter Raleigh, conocedor de la ambición, si alguno lo ha sido, hizo acusaciones similares. En su “Viaje a la Guayana” mostró el caos producido entre las cancillerías de Europa por el oro y la ambición de Felipe,[33] pero sus comentarios finales sobre “La última lucha de la venganza” van directamente al grano. Después de que una tormenta dispersó la flota española, con considerable pérdida de vidas, dice Raleigh: “Así plugo a Dios luchar por nosotros y defender la justicia de nuestra causa contra las ambiciones y sangrientos designios del español, que, intentando devorar a todas las naciones, se ha devorado a sí mismo”[34]. Tal como los resume Lawrence Keymis, los planes del rey Felipe eran la esencia misma de la simplicidad: “Una ley, un soberano y una religión en toda Europa”[35]. Fue una observación de notable agudeza. Bien sabido era el odio de Felipe a la diversidad.

Sin embargo, para los bien informados, estas grandiosas ambiciones no eran más que manifestación de otra imborrable característica española: la codicia. Anticipándose a no pocos escritores modernos, los isabelinos describieron la política colonial española como poco más que una frenética búsqueda de tesoros, en que pronto era condonado cualquier método que ofreciera posibilidades de lucro. Raleigh habla de un cacique que fue mostrado en cadenas durante diecisiete días, con la esperanza de obtener de su pueblo un rescate mayor,[36] en tanto que Keymis oyó a los indios lamentarse de que los españoles les hubiesen tomado todos sus dioses y luego los hubiesen esclavizado.[37] Hasta el cristianismo había sido puesto al servicio de Mammón, y no sólo por los inquisidores. John Chilton oyó a unos frailes decir a los indios que “dando cuatro reales de plata para una misa, librarían sus almas del purgatorio”,[38] y ya hemos

visto que Raleigh, Keymis y el propio Hakluyt consideraban la religión española como pura simulación.

¿No había nada bueno en aquel pueblo? Ni Hakluyt ni sus colaboradores parecieron creer eso, pues hasta la renuente admiración expresada por Williams y por Churchyard está ausente en estos escritos. Causa desazón la uniformidad con que pintan a una raza maligna y dejada de la mano de Dios, sin una sola virtud redentora. Si tal prodigio de la naturaleza no fuese increíble en sí mismo, habría que creer que Hakluyt había logrado dar un elevado propósito moral a una cruzada política y económica. Ciertamente, ni el más escrupuloso de sus lectores podía sentirse culpable de apoderarse de tierra y propiedades españolas después de hojear los *Principle Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation.*

Su albacea literario, el reverendo Samuel Purchas, no pudo aspirar a esa distinción. Purchas, *His Pilgrimes*, aunque extenso y hasta valioso en un sentido documental, fue compilado sin tener en mente un propósito comprensible, y no ofrece un cuadro coherente de España o de las colonias españolas. Añadió algunas muestras particularmente truculentas a la galería de torturas españolas y no hizo nada por refutar a Hakluyt, justificando así su inclusión en este estudio; pero, en esencia, no son más que veinte volúmenes de comentarios aprobatorios presentados a otra generación, posisabelina. El reinado de Jacobo I presenció la triunfal inauguración de colonias inglesas, por primera vez, en el Nuevo Mundo, pero el viejo espíritu ardiente parece faltar, tal vez porque el propio Jacobo estaba decidido a evitar dificultades con España. Donde mejor se ve este cambio es en un relato escrito por el hijo de *sir* John Hawkins, Richard, acerca de un viaje emprendido en 1593.

Esta narración muestra muy poco del estilo directo que había caracterizado al padre de Richard. El joven Hawkins, intentando repetir la circunnavegación del globo lograda por Drake, tropezó con incontables dificultades entre sus propios hombres, en gran parte por su puritana insensatez, la que lo movió a azotarlos por lenguaje indecente y otros pecadillos. Si hablaba como escribía, es milagroso que lograse siquiera vivir, no ya capitanear un barco alrededor del cabo de Hornos, pero de algún modo, entre altercados y quejas, consiguió llegar a Lima antes de recibir el golpe terrible. En aquel punto, los españoles, que al parecer estaban aguardándolo, emprendieron la persecución. El mar estaba agitado, y los perseguidores pronto tuvieron que regresar a puerto, con las velas desgarradas y el palo mayor arrancado. En lugar de aprovechar aquel respiro para escapar de una vez por todas, Hawkins inexplicablemente se quedó en aquellos rumbos, hasta que los españoles no repararon su nave y se lanzaron tras él por segunda vez, con las cuchufletas y burlas de toda la población escociéndoles en las orejas. Por fin, en una batalla frente a Guayaquil, los ingleses fueron derrotados en toda la linea, debido en gran parte a su propia falta de competencia; pero Hawkins, característicamente, prefirió achacar todos sus males a un cañonero del que sospechaba que era partidario de los españoles.

El fin de este asunto, digno de un sainete, fue rendición y cárcel. Por fortuna, como España e Inglaterra ya se habían declarado hostilidades, Hawkins no fue tratado como pirata. El almirante español le ofreció, en términos generosos, su propio cirujano privado y alojamientos confortables para los oficiales, lo que le permitió pasar su cautiverio en abstrusas disputas jurídicas con las autoridades. La conclusión demuestra que tanta bondad no fue apreciada:

> ¿Y podíamos olvidar cómo a diario abusaban de nuestras nobles naturalezas que, desprovistas de malicia, miden todo según su sinceridad, mas para nuestra desventaja? Pues cuando íbamos a exigir hechos, nos cerraban la boca: o bien nos amenazaban con la Inquisición o nos entregarían a las manos de jueces ordinarios, o de los ministros del rey. Y cuando se les reprochaban sus promesas se encogían de hombros y decían que ya no tenían poder sobre nosotros. Sentían en el alma ver incumplidas sus promesas, pero ya no podían prestarnos buenos oficios, más que rogar a Dios por nosotros y a los ministros en favor nuestro.[39]

Ningún estudio de la pugna entre español e inglés en los mares estaría completo sin mencionar la expedición que el joven Hawkins quiso emular cuando su lamentable fiasco. La circunnavegación del globo por *sir* Francis Drake tal vez fuera la mayor hazaña de la navegación isabelina, y una medida con la cual comparar todas las demás empresas semejantes. Por tanto, sorprende descubrir que al parecer, ningún relato de esta hazaña fue publicado por Hakluyt ni por Purchas. Hoy, *sir* Francis Drake es considerado como el más grande de los navegantes ingleses. Sus hazañas han dado tema a incontables novelas, historias y hasta programas de televisión, pero hay algunas pruebas de que su nombre no siempre gozó de tan buena fama. Los relatos que hace Hakluyt de sus proezas son notablemente escuetos, y Camden abiertamente lo despreció, tildándolo de pirata,[40] Su comentario sobre el viaje más célebre de Drake es una muestra de violenta ironía, en que cuenta cómo *sir* Francis retomó

> para gran admiración de todos, sin ningún crimen puesto en su cuenta por sus adversarios, salvo el de haber mandado matar a Doughty, haber dejado a un portugués, que había hecho subir a bordo ante la costa de África, a ser víctima de la crueldad de los españoles en Acapulco, y haber dejado inhumanamente a la muchacha negra ya mencionada en la playa de una isla, después de quedar preñada en su barco.[41]

Los versos laudatorios que surgieron a su vuelta son llamados "producto de una mente ociosa", y el historiador, habitualmente benévolo, se complace en hacer notar que muchos de los regalos de Drake fueron desdeñados por los cortesanos como frutos de la piratería.[42]

En el relato "completo" de la expedición, escrito por su capellán, las cosas aparecen vistas bajo otra luz. Drake acaso no fuera un ángel vengador, pero a los ojos de su capellán no era mucho menos. Por grande que fuera una felonía, se siente que Fletcher estaba dispuesto a defenderla siempre que la hubiera cometido un inglés. Los españoles, en contraste, son fustigados sin misericordia, y por todo el libro se hallan ejemplos dispersos de sus refinadas crueldades:

> Sí, suponen que les hacen a los míseros [los indios] gran merced cuando no los azotan, por su puro placer, con cuerdas, y día tras día azotan sus cuerpos desnudos con lardo ardiente, que es una de las menores crueldades entre las muchas que usan contra la nación y su pueblo.[43]
>
> El resultado de este sadismo, como tiempo atrás lo había indicado Las Casas, era que las "indianas gentes pacíficas, humildes y mansas" se

estaban volviendo bárbaras, con gran riesgo para los blancos, que siempre estaban en peligro inminente de un ataque indio.[44]

Aunque Fletcher aseguró que los ingleses estaban libres de este vicio antinatural, inadvertidamente los acusó de otro. Sus relatos hacen verdadera burla de la gente capaz de creer que la avaricia es monopolio exclusivo de Iberia, y los cuenta con la fruición de un consumado bandido. Seleccionaremos dos como ejemplos del efecto producido por Drake sobre una sociedad tan convencida de su honradez que no se preocupaba por guardar su oro.

En el primero, una partida de reconocimiento tropieza con un español dormido junto a varias barras de plata. Como lo cuenta Fletcher, "no queríamos despertarlo de su sueño (en caso de haber podido escoger) pero viendo que, contra nuestra voluntad, le hicimos tal daño, lo liberamos de su carga, que de otra manera lo habría mantenido despierto".[45] En el otro, los ingleses roban ochocientas libras de plata a un español que las llevaba a lomo de mula. El comentario es una obra maestra de cortesía burlona: "No pudimos soportar la vista de un caballero español convertido en mulero y, por tanto, sin discutir, le ofrecimos nuestros servicios y nos volvimos arrieros"[46]. Si ésta es una muestra del sentido del humor del capellán, da escalofríos pensar en el de la tripulación.

Es claro que los relatos de los marineros isabelinos podían tener doble filo. Para lectores

tan severos como Camden, estos hombres tendrían mucho de que responder el Día del Juicio, mas para la mayoría fueron héroes. El atractivo de sus aventuras es irresistible, y pocos niños habrá en el mundo de habla inglesa que, un día u otro, no se hayan imaginado sobre el puente de un galeón, sable en mano, dispersando a los odiados “dagos” a derecha e izquierda. Los motivos de la expansión inglesa pudieron ser prosaicos o sórdidos, pero los hechos, tal como los registraron Hakluyt o Punchas, contienen la esencia de los sueños. Fue infortunio de España, en un tiempo en que la imaginación inglesa se ensanchaba hasta los últimos confines de la Tierra, encontrarse en el papel de la enemiga nacional.

VI. La Armada

PARA el año de 1588, la lucha en los Países Bajos y la guerra no declarada en las Indias habían llevado a Felipe II hasta los límites de su muy considerable paciencia. La ayuda de Isabel a los flamencos, aunque no decisiva, sí había sido irritante, y la situación en la América española era ya intolerable. Había sucedido a Hawkins el mucho más formidable Drake, y Felipe, acuciado cómo siempre por su insolvencia, vio una de sus principales fuentes de ingresos puesta en peligro por el pirata de Devonshire. El ataque a Nombre de Dios en 1572, y la famosa circunnavegación del globo, que según algunos cálculos insumieron casi la mitad del rendimiento anual de las minas de América, fueron ejemplos de acciones que ya no podían tolerarse.[1] Y aun menores triunfos españoles, como el ahorcar a John Oxenham en Lima, no podían ocultar el hecho de que estas incursiones se emprendían con el consentimiento tácito de la reina de Inglaterra. Mientras ésta quedase impune, las flotas con los tesoros de España estarían en constante peligro. Tales consideraciones, reforzadas por el odio de Felipe a los herejes y por su convicción de que sería más fácil derrotar a los flamencos si se les quitaba la ayuda inglesa, movieron al "rey prudente" a arriesgarse al fracaso más grande de toda su vida.

La derrota de la Gran Armada se ha considerado, con razón, como una de las horas más gloriosas de Inglaterra,

triunfo nacional del que su pueblo ha obtenido aliento y energía en las épocas más difíciles de su historia posterior. Para muchos, ha simbolizado la superioridad moral y militar de la nación inglesa; para otros, la victoria del protestantismo y el liberalismo sobre las fuerzas de las tinieblas romanas. Hasta cautelosos historiadores profesionales han visto allí el derrumbe del poderío español y los principios de la hegemonía inglesa en los mares. Todas estas opiniones se han debatido extensamente; pero, sean cuales fueren sus implicaciones generales, la Armada constituyó, fuera de toda duda, el apogeo del antihispanismo inglés. Los que habían recibido los relatos de marinos y flamencos con un justificado grano de sal, ya no tuvieron en adelante causa de escepticismo. Los españoles habían montado un ataque en gran escala contra Inglaterra, y al hacerlo habían demostrado ser culpables de todas las acusaciones hechas contra ellos. De no haber sido así, la Leyenda Negra en Inglaterra habría podido abortar y podido olvidarse las infladas acusaciones de los libelistas.

Tal como salieron las cosas, se confirmaron las antiguas ideas de criminal ambición de España de dominar el mundo. Como lo expresó Thomas Nashe, Felipe parecía “dispuesto a devorar a toda la cristiandad con su invasión”.[2] Y algo no menos importante: la Armada les dio al gobierno y a la facción protestante una nueva oportunidad, sin paralelo, de poner a la opinión pública contra el enemigo. Los motivos podían diferir, mas el resultado final era el mismo. España quedó convicta no sólo de codicia, tiranía y ambición, sino también de dos faltas en que no habrían podido ni pensar los propagandistas anteriores: cobardía e incompetencia.

A primera vista, esto resulta inexplicable. Al menospreciar la capacidad combativa de los españoles, los escritores ingleses estaban disminuyendo al mismo tiempo

la gloria de quienes los habían derrotado, pero en aquel momento particular de la historia de Inglaterra, los jefes de la nación estaban ocupados en problemas mucho más urgentes que los egos de Drake o de Howard de Effingham. Para empezar, la Armada no significó, de ningún modo, el fin del conflicto con España. No sólo Isabel y sus consejeros, sino también los empresarios representados por Hakluyt tenían visión suficiente para comprender que aún les aguardaban años de lucha. Había que tranquilizar al pueblo inglés, acostumbrado a oír hablar de las proezas de los españoles diciéndole que el desastre de la Armada no era un incidente aislado, sino un símbolo de la decadencia española. Además, se juzgó necesario convencer a la disidente comunidad católica de que no podía esperar ninguna ayuda de España. Fueron estas consideraciones las que llevaron a Cecil a publicar de su propia pluma *La copia de una carta enviada desde Inglaterra a don Bernardín Mendoza*[3]. Afirmando ser obra de un católico inglés, dirigida al embajador de España en París, ridiculizaba la Armada y afirmaba la lealtad de los católicos ingleses a la Corona. Asimismo, Hakluyt, quien, como hemos visto, tenía prisa por minimizar la capacidad de España para defender sus colonias, tomó la Armada como su ejemplo inmediato. Gran parte de su información se derivó de Meteren, pero otros colaboradores, como Raleigh, se apresuraron a indicar que "con tan grande y terrible ostentación, en toda su navegación alrededor de Inglaterra, no pudieron tomar un solo navío, barca, pinaza o barquilla nuestra, o incendiar siquiera un aprisco en nuestra tierra".[4]

Cecil y Hakluyt, en común con otros escritores de su tiempo, señalaron la incompetencia española exagerando las dimensiones de la fuerza invasora. Fue considerada como significativa la incapacidad de sus "enormes naves y

poderosas monarquías” para prevalecer sobre “las pequeñas pinazas de una minúscula isla”.[5] Este mito aún no se ha disipado pese al hecho de que en su forma extrema se acercaba a lo ridículo. Según Camden, las naves eran tan enormes que los vientos se cansaban al moverlas, y que el océano se quejaba bajo su peso.[6] Un escritor flamenco aseguró que, en comparación, la flota de Jerjes no habría parecido nada,[7] y Hakluyt se permitió preguntar cómo esperaban los españoles hacer pasar tan inmensos barcos por las estrechas aguas del canal.[8] Desde luego, esto es absurdo, pero la mentira se impuso. Durante siglos, la mayoría ha creído que la Armada era la mayor de las dos fuerzas, y ha convenido con el poeta que dijo acerca de la batalla: “Bien guiadas, las pequeñas hachas hacen caer los más altos robles”[9].

Paradójicamente, esta ficción fue sostenida por los propios españoles que, en un mal calculado intento de aterrorizar a sus enemigos, publicaron el informe oficial del duque de Medina-Sidonia acerca de las condiciones de la flota. No sólo los propios barcos sino también sus tripulantes y aparejos están descritos, hasta la última pica y el último grumete, con una fidelidad menoscabada sólo por ocasional optimismo. Aún hoy es una lista impresionante, y más había de serlo para gente de tierra, que no podía saber que a las naves les faltaban hombres, bocas de fuego y municiones; que los cascos eran defectuosos y de maderas tiernas, por obra de Drake, que había incendiado las tablas maduras en Cádiz el año anterior,[10] y que gran parte del tonelaje total de la flota correspondía a pesadas naves de carga no combatientes. Publicado en las más importantes capitales del continente antes de que la Armada avistara el Lizard, este documento llegó a Inglaterra cuando ya había pasado la crisis, y en forma un tanto diferente de la que había sido

aprobada en Madrid. A juzgar por el seudónimo del traductor, "Daniel Archdeacon", y por los epítetos preliminares de un tal "E. B.", el informe del duque parece haber caído en manos de puritanos. Comparando a Felipe con Senaquerib, en la introducción se recordaba a los lectores la crueldad española en términos directamente tomados de Las Casas. Así como el "Nemrod español" había cazado hombres con perros en las Indias, también así cazaría ingleses si se le daba la oportunidad.[11]

La salvación inglesa de semejante peligro sólo podía explicarse de una de dos maneras. Robert Greene expresó una posibilidad en su *Mascarada española*:

> [...] nadie se gloria de su caballerosidad más que el español. Pero yo supongo que su religión y su estómago están igualmente equilibrados: falsa la una, débil el otro, lo que intenta no es triunfar mediante proezas sino suprimir mediante multitudes; su servicio en las guerras y la política es circunvenir por perjurio, lograr por traición, socavar o, mediante alguna mezquina práctica marcial, debilitar al enemigo; si éste resiste valientemente, se le enfría su valor y nunca, o casi nunca, se atreve a intentar otro encuentro [...][12]

Esta hipótesis fue favorecida por Cecil, quien había declarado sin sombra de vergüenza que toda la Armada de ciento sesenta barcos había sido "furiosamente perseguida" por cincuenta naves de la reina.[13] Y fue apoyada por el curioso incidente de don Pedro de Valdés.

Valdés mandaba una galera que se rindió sin luchar a comienzos de la campaña. Fue tratado a cuerpo de rey, y

permaneció en Inglaterra varios años como prisionero de guerra y favorito de la corte. Por qué escogió este curso de cosas sigue siendo cuestión de conjetura, pero su decisión movió a Greene a preguntar: "¿Aprecian tanto la vida los españoles que no entra en sus cálculos el honor?". Incapaz siempre de dejar las respuestas a otros, concluyó que de las bravatas del español se podían inferir conclusiones de cobardía, y comparó a Valdés desfavorablemente con Cleopatra, quien no toleró la derrota mansamente sino que se hizo matar por un áspid.[14]

La otra explicación fue propuesta por Thomas Nashe, de modo insólitamente piadoso:

> Sus armadas (que como un alto bosque proyectaban sombra sobre los arbustos de nuestros pequeños barcos) huyeron del aliento de nuestros cañones, como la niebla ante el sol, como el elefante huye ante el ataque del camero, o la ballena ante el ruido de huesos secos. Los vientos, resentidos de que el día estuviera tan nublado con tal caos de nubes de madera, levantaron baluartes de olas agitadas, desde donde la muerte disparó contra sus desordenadas naves; y las rocas con sus fauces protuberantes devoraron todos los fragmentos de roble que dejaron. Así perecieron nuestros enemigos, así combatieron los Cielos por nosotros: *Praeterit Hippomenes, resonant spectacula plausa.*[15]

La idea de que la victoria fue milagrosa, o se logró mediante la intervención divina, fue muy difundida, en una época acostumbrada a pensar en términos religiosos. Recibió la sanción oficial de una declaración que explicaba la

confiscación de los barcos de la Hansa por comerciar con España. Recordando a los mercaderes alemanes su ingratitud, la reina les preguntó:

> Y si la victoriosa mano de Dios no hubiese frustrado los astutos planes y propósitos de los españoles, si no hubiese dispersado tan grande terror para toda la cristiandad y mojado sus cadáveres en el mar, ¿cuál habría sido la condición de los susodichos mercaderes de la Hansa?[16]

Desde luego, la victoria de Inglaterra no había sido un milagro. Si no sólo unos pocos hubiesen sabido la verdad, no habría habido sorpresa. Medina-Sidonia, el almirante español, veía tan pocas oportunidades de triunfo a la expedición que repetidas veces pidió ser relevado del mando. Su predecesor, Santa Cruz, había mostrado muy poco más optimismo. Y se dice que aun los jefes de escuadra, dolorosamente conscientes de lo inadecuado de los preparativos, compartían esa opinión.[17] No fue una flota alegre y confiada la que se hizo a la vela en el Tajo en la primavera de 1588, pero los ingleses no podían saber esto. Gracias al ingenio de sus libelistas y a la credulidad de sus historiadores, la mayoría nunca lo supo.

Tales reflexiones debieron disipar el mito del exceso de confianza español, y aun la idea de que se necesitó la intervención divina para rechazar al invasor; pero no responden a la pregunta más importante de todas: ¿Hasta qué grado fueron la incompetencia y la cobardía culpables de la derrota española? ¿Ríe la Armada "furiosamente perseguida", y estuvo su comandante, como lo afirma la *Carta a Mendoza*, oculto durante toda la batalla en un

refugio especialmente construido bajo cubierta?[18] La última acusación se puede desdeñar como simple calumnia, pero la primera requiere cierto examen. A primera vista, podría decirse que una navegación de quince días desde el Lizard hasta los bancos de Zelanda indica un paso menos que “furioso”, pero por fortuna, disponemos de testimonios más concluyentes de lo que en realidad ocurrió. Las órdenes de Medina-Sidonia no consistían en buscar a la flota inglesa y destruirla definitivamente, sino en que se concentrara en establecer contacto con Parma, para poder proteger a la fuerza invasora en su cruce del canal.[19] Como los ingleses habían logrado ganar el barlovento, a ellos les tocaba iniciar el combate, pero durante nueve días les resultó imposible romper lo que hasta Hakluyt llamó “un buen y cenado orden de batalla”.[20] Cómo dice Mattingly:

> Después de cuatro combates —cualquiera de ellos, en navios y disparos, con mucho los más grandes que se hubiesen peleado en el mar— no se había relajado la disciplina de los españoles, no había rupturas en su formidable orden, y estaban tan ansiosos de reducir la distancia y luchar cuerpo a cuerpo como lo habían estado la primera mañana ante Eddystone.[21]

Todavía en 1657, Samuel Clark pudo referirse a este episodio en los términos siguientes: “todo esto mientras los españoles, por falta de valor (que ellos llaman comisión), hacían todo lo que podían por evitar el combate”.[22]

La historia fue distinta después de que los ingleses emplearon barcos incendiados en los estrechos de Calais, y nadie puede discutir que los españoles fueron decisivamente derrotados en Gravelinas. La Armada se encontró en

inferioridad de velas, de cañones, de naves y de posición, pero sería difícil justificar los cargos de cobardía y de incompetencia hechos contra ella por los libelistas ingleses.[23] Aun después de la última y decisiva batalla, los españoles volvieron a formarse y, aun cuando ya casi sin municiones, se ofrecieron a combatir de nuevo.[24] Los ingleses, sabedores de que su obra estaba cumplida, juiciosamente se negaron, y la *Invencible*, como la llaman irónicamente los españoles, se alejó como pudo hasta encontrar el desastre en el mar del Norte. La idea original del rey fue una locura en la mayor escala concebible, pero fue ejecutada con celeridad y valor.

Los escritores, como siempre, no mostraron la misma benevolencia que los marinos ingleses. Mientras que Howard y Drake consignaban graciosamente a sus enemigos a la caridad de mares desconocidos y naves dañadas, los libelistas se daban a la lucrativa aunque inútil tarea de fustigar a los muertos. Cuando en las costas occidentales de Irlanda empezaron a aparecer españoles ahogados, *Certain Advertisements*[25] proclamaba sus pérdidas y su desastre, mientras un folleto intitulado *A Packe of Spanish Lyes* [Un montón de mentiras españolas] comparaba ciertos prematuros informes de una victoria española con la realidad y se burlaba del contraste. Antiguas acusaciones fueron revisadas en nuevos contextos, y presentadas como hechos, destacando entre ellas el viejo cargo de crueldad.

Era claro que los españoles no habían cometido atrocidades en su malhadado viaje al norte, por lo que fue necesario conjeturar sobre lo que habrían hecho si hubiesen tenido oportunidad. El traductor del informe de Medina-Sidonia había incluido en su lista de abastos una conveniente —pero totalmente imaginaria— colección de látigos, cadenas e instrumentos de tortura con que los españoles se habrían divertido, de haber salido victoriosos.

Estos supuestos artículos captaron la imaginación del público y produjeron muchos comentarios sensacionalistas, en especial los del autor de baladas y novelista a ratos perdidos Thomas Deloney, que durante la propia batalla compuso una canción en que se acusa a los españoles de querer

> Al hombre y su mujer asesinar
> acreciendo crueldad;
> y también desflorar
> a nuestras vírgenes, mientras miramos;
> y hasta en la cuna, los muy tiernos párvulos
> matar con golpe impío.[26]

Creó después un nuevo prodigio, dedicado a los látigos españoles y a los propósitos con que habían sido llevados. Refiriéndose, como en el prólogo del informe del duque, a los relatos de Las Casas,[27] y comparando a los españoles con los romanos que violaron y azotáronla Boadicea,[28] describía con sangrientos detalles el destino que aguardaba a hombres y mujeres ingleses en manos de los invasores:

> Traían largos látigos
> para dar a los hombres vil castigo;
> y el infame tormento
> no lo pudo pensar ni el Enemigo;
> con los nudos de alambre
> arrancaban las carnes,
> y llevaban consigo
> las partes de las víctimas.
> De aquellos pobres cuerpos

no quedaban ya sanos ni los huesos,
tal era la crueldad de los verdugos;
y los hombres morían
desfigurados, rojos y contusos.
Y para las mujeres indefensas,
de pánico temor enloquecidas,
traían tales látigos, que nunca
usarlos en las bestias pensarían:
levaban metal duro en los extremos
y rudas cuerdas de grosor diverso;
con cada latigazo
mucha sangre brotaba de sus cuerpos.[29]

Esta pequeña muestra de Deloney, aunque sin la menor base, ya es un comprimido de la Leyenda Negra. Una generación después, estas terroríficas imágenes seguían siendo presentadas a un público ávido por figuras como Samuel Clark,[30] pero lo peor aún estaba por venir. Un anónimo escritor a sueldo produjo una *Skeltonical Salutation of Condign Congratulation and just vexation of the Spanishe Nation* [Salutación esquelética o digna felicitación y justa vejación de la española nación] para burlarse de Felipe con ocasión de su derrota. Invitando a Felipe a invadir a Inglaterra de ese modo cada vez que guste,[31] denuncia al monarca español, "Que trató de oprimirnos / de robarnos y desnudarnos / y luego de azotamos",[32] y se lanza a uno de los discursos más pasmosos y de peor gusto en toda la larga historia de la literatura popular. Según dice, le preocupa que los ingleses bien nacidos dejen de comer pescado, sabiendo que los peces se habían hartado de sangre española; pero él asegura al lector que no tiene nada que temer por ese lado;

¡pues los peces ya han digerido al español y no transmiten la enfermedad venérea ni otros elementos nocivos que había en su carne![33]

El célebre opúsculo de Petruccio Ubaldini es como una bocanada de aire fresco en mitad de todo este turbio sensacionalismo. Aunque su precisión no sea impecable, sí representa un esfuerzo por informar con seriedad, y fue aceptado por Camden y por otros escritores. Su autor, un florentino radicado en Inglaterra, llega hasta excusar los errores españoles diciendo que una flota integrada por hombres de tantas naciones distintas, con diversas costumbres y lenguajes, se encuentra en gran desventaja, por grande y honorable que pueda ser su comandante.[34] Esto es cierto, qué duda cabe, pero Ubaldini no ofrece pruebas de que alguna grave confusión surgiera de esto o de alguna otra causa, como no fuese el superior poderío marítimo inglés. Sin embargo, tal sofistería no es razón para condenar a un hombre por divulgar prejuicios. La verdadera colaboración de Ubaldini a la Leyenda Negra es una ociosa falacia que se ha repetido y, al parecer, creído durante generaciones.

En los días que precedieron a Gravelinas, uno de los navíos españoles estalló misteriosamente, con gran pérdida de vidas. Como parece que todos los que se encontraban cerca de la santabárbara quedaron muertos al instante, no hay manera de saber exactamente lo acontecido, pero Ubaldini, anteponiendo el arte a la verdad, urdió su propia versión. Según él, un cañonero flamenco, enfurecido porque un capitán de la infantería española "de acuerdo con la costumbre de esa nación" había deshonrado a su mujer y a su hija, hizo llegar una mecha hasta el polvorín y le prendió fuego.[35] Es un buen cuento digno de un drama isabelino, pero la ausencia de mujeres en la flota y la absoluta falta de

testigos hace difícil aceptarlo… aun si creemos que la violación es una costumbre nacional española. Pero, sea como fuere, esto forjó otro tenue eslabón entre las tropelías del uno y la culpabilidad de los muchos.

Si en todo esto hay una moraleja, tal deberá ser que, como en tantos casos, los informes tempranos de un acontecimiento son hoy tan pasmosos para los participantes como lo serán para los historiadores del futuro. Ya fuese intencionalmente, ya fuese por simple ignorancia, el lector de la época sólo oyó hablar en la prensa popular de cobardía, incompetencia e hipotéticas crueldades. Se quedó en la ignorancia de lo que el propio Corbett, con su fuerte tendencia anglófila, tuvo que llamar heroísmo.[36] Así, la Armada, más que ningún hecho histórico, implantó el antihispanismo en la conciencia inglesa, e introdujo el nuevo y fatal mito de la incapacidad española. Desde el momento en que la gran flota española desapareció en el horizonte, la consumada villanía de España, no redimida por el favor divino, debió de ser obvia para todos, aun para los más ardientes jesuitas. Ya no fue necesario encender nuevos odios, sino tan sólo no dejar morir los viejos. Aunque la guerra que siguió, en que la fortuna mostróse inconstante a los dos bandos, no tuvo muchos rasgos de interés, la caótica situación de Francia ofreció frecuentes oportunidades de recordar.

La política de España, de alianza con los ligueros contra Enrique III, la dejó expuesta a toda índole de acusaciones, desde antes de la abierta intervención del príncipe de Parma en los asuntos franceses en 1591. Típico de la censura general fue un escrito intitulado *The Coppie of the Anti-Spartiard made at París by a French man, a Catholique, Wherein is directly proved how the Spanish King is the onely cause of all the troubles in France* [La copia del antiespañol,

hecha en París por un francés, católico, por la cual queda directamente probado cómo el rey de España es único causante de todos los disturbios en Francia]. El autor, aunque obligado a reconocer los buenos servicios de los hugonotes y la contrastante perfidia de los jesuitas,[37] mantiene una posición monarquista casi constante. En su batalla contra la Liga Santa y sus partidarios españoles, Enrique III descubrió que sus intereses y los de los protestantes eran bastante similares. Sólo su sucesión por Enrique de Navarra podía satisfacer sus principios monárquicos y dar seguridad a los hugonotes. Y esto dependía de la derrota de España y sus aliadas de la Liga.

Por consiguiente, el *Antiespañol* presentaba a los ligueros como incautos engañados por las ambiciones personales de Felipe,[38] y mostraba lo que podían esperar los franceses de mayores intervenciones; ponía como ejemplo el saqueo de Amberes, ocurrido hacía ya quince años. Apremia a sus conciudadanos a estar en guardia contra la insaciable avaricia [de los españoles],

> su crueldad mayor que la del tigre, su repugnante, monstruoso y abominable lujo; su incendio de casas, su detestable saqueo y pillaje de aquellos grandes tesoros que de todas partes de Europa se habían reunido en suntuosos palacios, su lujuriosa e inhumana desfloración de matronas, esposas e hijas, su incomparable y sodomítica violación de muchachos, que los semibárbaros españoles cometieron en presencia de burgueses entrados en años que eran padres, esposos o parientes de aquellas atormentadas victimas, que, para apenarlos más mientras ellos cometían todas esas execrables villanías y

> escandalosas crueldades, los ataban y encadenaban a los pies de la cama o en otros lugares, y, por último, el general tormento y matanza de los pobres y míseros ciudadanos.[39]

Por si, después de leer este pasaje, el lector aún dudara de que los españoles son “la nación más salvaje, impía, inhumana y bárbara que comprende el circuito de la tierra toda”,[40] se le pide considerar una vez más “el saqueo de las Indias”, tal como lo describe Las Casas.[41] Por fortuna, el autor no considera que Francia deba sufrir el mismo destino. Aunque el español, indiscutiblemente, es culpable de toda forma concebible de avaricia, crueldad y perversión, también es un gran cobarde, un simple “fantasmón” incapaz de oponer una resistencia respetable. Como prueba no había que ver más que su conducta en las actuales guerras, donde sólo fue visto una vez, encondiéndose tras las carretas de abastos,[42] en los Países Bajos, donde necesita tres años para tomar una ciudad, si es que la toma.[43] Tan desdeñosas referencias a las brillantes tácticas de asedio del príncipe de Parma provocan hoy algo más que desconfianza, pero para los ingleses que acababan de derrotar a la Armada probablemente eran tan aceptables como las ya rancias acusaciones de judaísmo y de apostasía en las filas españolas que hacía el *Antiespañol*.[44]

La *Copia del Antiespañol* fue tal vez la más vivida acusación del periodo que siguió a la Armada, pero fue seguida por otros libelos menos generales que hablaban de atrocidades o reveses españoles, mientras tenían buen cuidado de no mencionar las victorias españolas. Las acusaciones que en ellos aparecen reflejan un interés obsesivo en la desfloración de vírgenes y en la ascendencia supuestamente judía del pueblo español. En conjunto, son

escritos lamentables y repetitivos, cuya función principal no es más que reforzar un prejuicio ya existente. Cierto es que al avanzar el siglo declinó la eficacia militar española, debido, en parte, a que otras potencias habían adoptado las tácticas españolas; pero la incapacidad misma de los enemigos de España para despojarla de algunas partes de su imperio, pese a todo eso, nunca se mencionó en la literatura popular de la época. Los hombres juiciosos bien podían preguntar, si los españoles eran tan ineptos, por qué las expediciones inglesas de 1589, 1595 y 1598 fueron señalados fracasos, pero si la prensa puede servirnos de indicación, esos hombres juiciosos escaseaban. La derrota de trece galeras ligeras españolas por cinco navíos del escuadrón de Levante, superiores en tonelaje y casi iguales en armamento a los galeones de combate de la época, es llamada "vergonzosa" por el informador de Hakluyt,[45] y aun la empecinada defensa de *sir* Richard Grenville del *Revenge* es presentada como una derrota española, cuando, por supuesto, no fue nada por el estilo.[46] Cuando los hombres de Essex tomaron a Cádiz, se informó que "nadie puede mostrarse más resuelto que el valeroso, inglés, ni más vergonzo samente perdido que el petulante español".[47] Aunque los propios ingleses fueron incapaces de conservar la ciudad, pensaron que los españoles debían haber podido defenderla durante dos meses al menos. El autor concluyó que los españoles se habían vuelto pusilánimes por sus derrotas en el mar, que les pesaba "una conciencia culpable hacia la nación inglesa por sus deshonrosas y diabólicas prácticas contra Su Sacra Majestad y el reino".[48]

Declaraciones similares abundan demasiado para reproducirías con detalle, pero no son menos significativas que la escasez de los relatos en que los españoles salen victoriosos. Durante todo, el resto del reinado de Isabel,

barcos ingleses fueron capturados y ataques ingleses fueron rechazados, pero ni Hakluyt ni los libelistas mencionan esto. Lo más que llegan a hacer se encuentra en un informe curioso y con un título sugestivo acerca de la fracasada expedición de 1589 a Portugal: *A true discourse written (as is thought) by Colonel Antonie Winkfield emploied in the voiage to Spain and Portugall, 1589, sent to his particular friend, & by him published for the better satisfaction of all such as having been seduced by a particular report, have entred into conceits tending to the discredite of the enterprise and Actors of the same* [Verdadero discurso escrito (según se piensa) por el coronel Antonio Winkfield, que participó en el viaje a España y Portugal, 1589, enviado a su amigo particular y por él publicado para mejor satisfacción de todos los que hayan sido seducidos por un informe particular, hayan entrado en ideas tendientes al descrédito de la empresa y los actores de la misma]. No se sabe si dio mejor satisfacción o no. Aunque publicado independientemente y luego por Hakluyt, es un relato de triste incompetencia enlazado con incongruentes acusaciones de debilidad española y rumores apenas velados de otro ataque a Inglaterra en el futuro cercano. Debió de escribirse para ganar el pan, pero el absoluto fracaso del viaje sigue siendo la mejor refutación a su tesis principal.

Pero refutada o no, la acusación se sostuvo a fuerza de repetirla, y la leyenda de la incompetencia militar aún persiste hoy pese a todas las pruebas en contra. Indignante para los hispanistas y engañosa para los enemigos de España, fue, al menos en Inglaterra, producto de 1588. La leyenda de la invencibilidad española se había desvanecido junto con las últimas fingidas protestas de amistad. Por muy poco inspiradora que fuese la guerra siguiente, el antihispanismo había llegado a su clímax, y nuestra historia adoptaría en adelante un cariz bien distinto.

VII. Relatos de los viajeros

La armada fue el episodio más importante de una guerra que tan pronto se intensificaba como quedaba latente; y ello durante dos largos siglos. Ingleses y españoles no se encontrarían luchando por la misma causa hasta los días de Napoleón, y aun entonces, por un breve periodo. Durante aquella prolongada época, nuevos conceptos del carácter español tuvieron escasa oportunidad de desarrollarse, y todo estudio del antihispanismo tiene que revisar no sólo los orígenes, sino también las ocasiones en que se sacaron a colación dichos orígenes.

La única excepción a esto abarca un fenómeno bien conocido del siglo XX. En toda lucha prolongada entre dos potencias, en la gente suele desarrollarse un interés involuntario por el enemigo y por la sociedad que lo produjo. Esta curiosidad es en gran parte hostil, enfocada al descubrimiento de puntos débiles, y a su servicio se ponen "expertos" de una u otra índole, que aseguran disponer de un conocimiento íntimo de los secretos del enemigo.

A todo el mundo le encanta una revelación, y los que están dispuestos a hacerla tienen asegurado un público. Las implicaciones ideológicas de la guerra con España determinaron que un abasto exuberante de esa información interna pudiera manar de quienes no hacen de la coherencia una virtud, y que cambian de bando según lo dicten la conciencia o la necesidad. Los motivos de estos hombres

fueron muy variados, pero cuando ellos o sus escritos llegaron a Inglaterra, sus sentimientos casi siempre eran los mismos. Y esto era de esperar. Los que han dado el paso difícil, y casi siempre mal visto, de renunciar a una nación o una causa, inevitablemente deben sentir la necesidad de justificar su conducta. Aun en los casos en que su sinceridad está fuera de toda duda, estos esfuerzos suelen contener una condenación de sus antiguos amos. Así, los hombres que se volvieron contra España se unieron atacando no sólo al país, sino también a sus gobernantes y a su religión como un monstruoso engaño, capaz de cualquier enormidad. De estos peregrinos, el más célebre fue Antonio Pérez.

Como protegido del príncipe de Éboli, Pérez había escalado rápidamente una posición de gran confianza y poder, llegando pronto a ser ministro de Felipe II. Pero su caída fue tan súbita como su ascenso. Por razones sólo por él conocidas, trató de exacerbar los mutuos celos de Felipe y de su hermano, don Juan, a través del secretario de este último, Escobedo. Al llegar Escobedo a Madrid, Pérez resolvió librarse de él antes de que pudiera revelar las maquinaciones que, para entonces, habían creado una atmósfera de gran desconfianza entre los hermanos. Al parecer, Felipe estuvo de acuerdo, pensando que Escobedo era, de alguna manera, el responsable de la deslealtad de don Juan, y el desventurado individuo fue muerto en la calle por unos criminales pagados por Pérez.[1]

Pérez no gozaba de la simpatía popular, y antes de que transcurriera mucho tiempo empezó a rumorarse que él era el culpable del asesinato. Mientras tanto, don Juan había muerto en su puesto en los Países Bajos, y sus documentos convencieron al rey de que su hermano había sido inocente de las acusaciones hechas contra él. Pérez cayó en desgracia, fue detenido y encarcelado. Por la participación del rey en el

asunto y su temor de que Pérez revelara secretos de Estado sí se le sometía a excesiva presión, al ministro caído sólo se le acusó de peculado, aunque a la lista de sus delitos se añadió después el de herejía. Habiendo logrado escapar, Pérez se refugió en su natal Aragón, donde casi logró organizar una revuelta. Cuando este plan falló, Pérez huyó a Francia, y pasó el resto de sus días rondando las cortes de Europa, con la esperanza de vengarse de su antiguo soberano. Su íntimo conocimiento de secretos de Estado le hizo peligroso durante un tiempo, pero a la postre fueron sus esfuerzos de propaganda los que más dañaron a Felipe. Dos de estas obras, las célebres *Relaciones* y otro escrito más breve, en inglés, el *Treatise Paraenetical* fueron impresas en Londres durante el último decenio del siglo XVI, y contribuyeron poderosamente al antihispanismo y a la impopularidad personal de Felipe.

Las *Relaciones*, publicadas sólo en español, son difíciles de evaluar en su efecto sobre la opinión popular inglesa. Aunque la época isabelina produjo tanto gramáticas españolas como profesores de español, no es probable que el dominio de este idioma fuera muy difundido.[2] Desde luego, quienes poseían ese conocimiento serían, sin duda, hombres de influencia, no sólo de educación. Sea como fuere, quienes leyeron acerca de los padecimientos y las peregrinaciones de Pérez conocieron todo un anecdotario anticastellano, del que podían escoger según su gusto o necesidad. Aunque Pérez bien pudo ser culpable de la mayoría de los crímenes de que fue acusado, la implacable persecución de este ex favorito sigue siendo uno de los episodios más sórdidos de la vida del rey Felipe. La revelación de sus métodos sólo pudo causar incalculable daño a su reputación personal y, quizás por implicación, a la de su patria. Y sin embargo, las *Relaciones*

han quedado, en su mayor parte, como un monumento a la animosidad personal más que al odio nacional.

Mucho más importante en el desarrollo de una Leyenda Negra inglesa, tanto por estar escrita en inglés como por su argumento en general, es una obra que inexplicablemente ha sido olvidada por los hispanistas modernos. Ya en su título está su propósito: *A Treatise Paraenetical, That is to say, an Exhortation Wherein is showed by good and evident reasons, infallible arguments, most true and certaine histories, and notable examples; the right way and true means to resist the violence of the Castilian King: to break the course of his desseignes: to beat down his pride, and to ruínate his puissance*[3] [Tratado parenético, exhortación en que se muestra por buenas y evidentes razones, argumentos infalibles, historias verídicas y ciertas, y ejemplos notables, la manera adecuada y los medios verdaderos de resistir a la violencia del rey castellano: frustrar sus designios, humillar su orgullo y arruinar su potencia]. El empleo del término "rey castellano" indica más que el hecho revelador, pero no muy sorprendente, de que todavía en el año de la muerte de Felipe, Pérez seguía madurando su venganza contra su antiguo señor. Para entonces, parecía haberse identificado por completo con los aragoneses enemigos de la soberanía castellana, y haber comprendido que como mejor podía conseguir la cooperación de los ingleses era subrayando las disensiones internas de España: argüía Pérez que el derecho de Felipe a la Corona estaba basado en un engaño,[4] y hablaba del odio que el rey y los castellanos habían despertado en los demás peninsulares. Como esperaba que este odio ayudara a un invasor inglés, explicaba minuciosamente sus orígenes, y al hacerlo desarrollaba una destemplada diatriba, no sólo contra Felipe, sino contra todos los castellanos. Según Pérez, éstos son un pueblo

"maligno y perverso", "lleno de orgullo, arrogancia, tiranía e infidelidad"; que, descendiendo de judíos, son a la vez traicioneros e indignos de confianza.[5] Este enfoque racial es raro, por necesidad, en la literatura española, pero encontró el favor de flamencos y de ingleses, a quienes agradó ver a Pérez comparar a sus enemigos con los moros y acusarlos de apostasía cada vez que entraban en contacto con infieles.[6] Puede suponerse que Pérez consideraba la Reconquista como una engañifa similar a la que había dado la hegemonía a Castilla, pero sin entrar en explicaciones se apresura a hacer otros cargos que, a su manera, son aún más extraños para el lector moderno.

Su opinión de Felipe, que "no hacía distinción de personas [...] las envenenaba a todas sin temor de Dios ni vergüenza del hombre",[7] no había mejorado en los cuatro años transcurridos desde la aparición de las *Relaciones*, mas Pérez parece sorprenderse ante otro acontecimiento: no obstante que "la tiranía es tan natural a Felipe como la risa al hombre",[8] hasta el más ruin de los castellanos se complace en su servidumbre.[9] Aquí el lector moderno, muy alejado de todo ataque de los tercios españoles, debe hacer una pausa y reflexionar. Acaso sea ésta la prueba última de la duplicidad española, pues, ¿cómo no desconfiar de un pueblo que se goza en "orgullo, arrogancia y ambición"? Por otra parte, debe reconocerse que los castellanos se mostraban mucho mejor dispuestos que los aragoneses a renunciar a privilegios tan antiguos como el derecho a estrangular a los propios vasallos sin escuchar su defensa (principio tenazmente defendido por Pérez durante su abortada revuelta de 1580).[10] En vista de la actitud de Pérez a este respecto, no es extraño verle horrorizado por el espíritu igualitario de la justicia española, que permitía "al

último preboste o alguacil” detener al más grande caballero.[11]

Resulta difícil saber qué opinaban los ingleses sobre todo esto. Las alabanzas dedicadas a los pueblos de Portugal y de Aragón habrían ejercido poco efecto sobre la estima popular a España, pues para la mayoría de los ingleses España era sinónimo de Castilla. Sabían de las diferencias entre Castilla y su vieja aliada, Portugal, pero tanto hablar de aragoneses, gallegos, valencianos y demás quizá sólo sirvió para confundirlos. Castilla era la parte mayor y más populosa de Iberia, señora de las Indias y asiento del gobierno español. Su idioma e instituciones dominaban el imperio; y, para todo fin práctico, el propio Felipe era castellano en su porte y su temperamento. Por ello, todo ataque a Castilla era un ataque a España, pero en este caso el ataque tal vez no fue tan eficaz como había esperado Pérez. Ni su carácter ni sus antecedentes eran para inspirar confianza, y sus planes de atacar a España no generaron gran entusiasmo en una corte famosa por su buen sentido en materia de política internacional. Se hizo un intento casi oficial por distribuir las *Relaciones* por el continente,[12] pero aparte de eso, Pérez parece haber caído en olvido una vez que pasó la conmoción inicial que creó su llegada.

Gran parte de esta indiferencia se debió a los defectos de su propio carácter. Se ha dicho, de modo muy convincente, que el personaje de don Adriano de Armado en *Trabajos de amor perdidos* fue ideado como caricatura de aquel exiliado español.[13] Sin duda la descripción de Shakespeare es correcta:

> […] Nuestra Corte, como sabéis, se halla frecuentada por un viajero español refinado. Un hombre al corriente de la moda universal, cuyo

> cerebro encierra una fábrica de frases, y que se complace en la música de sus insulseces como en la audición de una armonía encantadora: un hombre de cumplidos a quien la equidad y la injusticia han elegido como árbitro de sus contiendas.[14]

Como Armado, Pérez era elegante hasta la afectación, y dado a las más fantásticas hipérboles. Mucha de su impopularidad personal en España se debió al hecho de que su temple es altivo; su palabra, concluyente; su lengua, cortante; su mirada, ambiciosa; su porte, majestuoso; y sus maneras, en general, vanas, ridículas y jactanciosas. Es demasiado hinchado, demasiado emperifollado, demasiado extravagante, como si dijéramos peregrinesco, si puedo expresarme así.[15]

Semejante individuo tenía que inspirar muy poca confianza a los ingleses y, en realidad, Shakespeare concluye con una observación fatal: "Ignoro hasta qué extremo ha de divertirnos, señores; pero afirmo que me placerá oírle mentir".[16] Si ésta es la impresión que Pérez causó a sus contemporáneos, bien podríamos dejarlo de lado si no fuera por el hecho de que ciertos escritos posteriores lo citan como a una autoridad. Más aún, su simple presencia parece haber causado más daño que sus escritos, pues los españoles escaseaban en el Londres isabelino, y es muy posible que se le tomara por el arquetipo. La vanidad personal y una lengua falaz ya eran atributos del español de opereta, y Pérez ciertamente no hizo nada por disipar ese mito. Se le creyera o no, el "Peregrino español", como le gustaba llamarse a sí mismo, sólo podía causar daño a su patria.

Pérez sólo representaba, desde luego, un aspecto del problema del tránsfuga. Por su numerosa y disidente

población católica, Inglaterra estaba segura de que perdería un buen número de sus ciudadanos, atraídos por promesas del enemigo. Como los católicos ingleses se veían sujetos a graves castigos y se les impedía ejercer todo cargo público, los más ambiciosos entre ellos tendrían que buscar su fortuna en el extranjero; y en la práctica, "el extranjero" sólo podía significar España o los Países Bajos. Se dirá que esta migración fue insignificante, y que los propios españoles veían con malos ojos a los exiliados; no obstante, se consideró necesario publicar, impresa, una advertencia sobre las condiciones en que los expatriados ingleses tendrían que vivir.

Se emprendió esta ingrata tarea en dos folletos íntimamente relacionados, escritos por la misma mano, y publicados en 1595. El primero, *A Discourse of the Usage of the English Fugitives by the Spaniard* [Discurso sobre el empleo de los fugitivos ingleses por los españoles] es una versión muy abreviada de una obra más extensa, publicada pocos meses después con el título de *The Estate of the English Fugitives under the king of Spaine and his ministers* [La situación de los fugitivos ingleses bajo el rey de España y sus ministros]. Ambos escritos se han atribuido a cierto "*Sir* L. L.", habitualmente identificado con *sir* Lewis Lewkenor, maestro de ceremonias de Jacobo I. Por desgracia, Lewkenor sólo recibió el título de "*sir*" ocho años después de la publicación de estas obras, y el padre Loomie complica más la situación al atribuirlas a un primo de aquél, Samuel Lewkenor.[17] Esto es natural, ya que Samuel Lewkenor había combatido bajo las banderas de España en los Países Bajos, pero lo único que sabemos de cierto acerca del autor es que afirmó ser un papista arrepentido, recientemente al servicio de España.

Tomando sus argumentos de ejemplos verídicos, según la mejor tradición de la polémica isabelina, el autor nos habla del recelo con que el pueblo español mira a los refugiados, pese a la lealtad de éstos al catolicismo. Insultados y tratados como traidores, los soldados ingleses están en continuo peligro de que sus compañeros de armas los roben o los maten.[18] Hablándole de quemas, confiscaciones por la Inquisición y cierto relato que unos frailes se quedaron con todos los bienes de un comerciante moribundo, se intenta desviar de su fe al católico inglés,[19] mientras que al de mentalidad más práctica se le recuerdan los exorbitantes impuestos españoles.[20] Al que pudiera interesarse en entrar al servicio de España se le citan unos incidentes en que otros como él han vivido en la pobreza, recibiendo pagas irregulares, o han sido ahorcados por los flamencos al negarse los españoles a pagar su rescate.[21] De todo esto concluye que los españoles forman “la nación más baja, pérfida, orgullosa y cruel que vive”,[22] paganos de corazón, o moros, cuya aparente profesión de fe sólo es mantenida por “la más cruel Inquisición pagana”.[23] Este paganismo interior, contenido sólo por el temor, se muestra en sus características “tiranía, blasfemia, sodomía, crueldad, asesinatos, adulterio y otras abominaciones”, que son evidentes a todo lo largo de su historia, particularmente en relación con las Indias y con Portugal.[24]

Uno de quienes no atendieron este sabio consejo fue James Wadsworth. Convertido al catolicismo en Cambridge, se separó de su mujer y de su hijo pequeño, se metió a jesuita y terminó como funcionario de la Inquisición en Sevilla. Pese a todo esto, su mujer lo siguió a España, y allí se crió su hijo como católico. Al llegar a la mayoría de edad, el joven James cifró sus esperanzas en ocupar un puesto en el cortejo de la infanta, cuando esta dama se casara con el

príncipe Carlos. Al fracasar las negociaciones matrimoniales, Felipe IV lo envió a los Países Bajos, pero él, en cambio, se fue a Inglaterra, donde ofreció sus servicios a los romanistas ingleses. Pasó el resto de su carrera dedicado a varios menesteres ingratos, por lo general como "doble agente" y persevante, y terminó "a sueldo de los más viles polizontes en Westminster". Fue una carrera sórdida, cuya monótona duplicidad encontró poco alivio en sus esfuerzos literarios; éstos incluyeron una traducción de *Las guerras civiles en España*, de Sandoval, y dos libros en que intentó delinear el carácter español: *The Present Estate of Spain* [El estado actual de España] y las *Further Observations of the English Spanish Pilgrime* [Nuevas observaciones del peregrino inglés español]. Ambos se publicaron con pocos meses de diferencia, en 1630.[25]

En justicia a Wadsworth, debe decirse que estos libros eran, básicamente, descripciones minuciosas de la burocracia española y el ritual de la corte. Los comentarios sobre el carácter nacional se incluyen casi de pasada, y quizás se debieron a que el autor se hallaba, al escribirlos, en una prisión española. Encontramos así que el español, "está lleno de verbosidad cumplimentera; odian los duelos pero a menudo riñen en las calles, y son muy dados a súbitas y crueles puñaladas, así como a la caza y a las mujeres".[26] Pero no todas las impresiones de Wadsworth debieron de ser malas; reconocía la despierta inteligencia de los españoles, su lealtad al rey y su amor a los caballos.[27]

Aun este moderado elogio les fue negado a los españoles por Thomas Gage. Este renegado dominico inglés, el más vituperador de todos los exiliados, incluido Pérez, también fue quizás el más influyente. Nació en una famosa familia católica inglesa, pero rompió con ella después de negarse a ingresar en la orden jesuita. Enviado a las Indias, Gage viajó

extensamente y, según su propio relato, le repugnó tanto lo que vio allá que regresó a Inglaterra y se volvió puritano. Su obra *The English-American his Travail by Sea and Land* [El inglés americano, sus trabajos por mar y tierra] es tan tronante y vengativa como él, pero hay en ella más que una acusación a España y al catolicismo. Aunque centrado en la inmoralidad del clero, el mal trato a los indios y la debilidad de la defensa española, el libro ofrece una visión única del desarrollo exuberante de la sociedad colonial española. Como a menudo sucede, el odio estaba incrustado en la raíz, básicamente sana, de una excelente capacidad de observación y dotes de periodista, y los lectores serios pudieron consumirlo uno mientras gozaban de lo otro.

Una lectura de Gage, por rápida que sea, al instante nos trae a la memoria a muchos otros escritores de asuntos sobre España, muchos de los cuales aún no habían nacido cuando él publicó en 1648. Por ejemplo, su manera de tratar al clero nos recuerda a Voltaire y a los *philosophes* franceses del siglo XVII. La Iglesia norteamericana no fue tan severa como su análoga española, pero aun así, las "revelaciones" de Gage siguen siendo sensacionales en extremo. Sostuvo que la mayoría de los frailes que se hallaban en el Nuevo Mundo se habían ido allí huyendo de la rigurosa disciplina de Europa.[28] Como resultado, habían dejado que los indios cayeran en la idolatría y en cosas peores.[29] En apoyo de su acusación habla de ciertas orgiásticas veladas que, según dice, pasó entre los frailes de Jalapa y de Veracruz, transcurridas en beber, jugar, y blasfemar.[30] Peor aún fue el caso del hermano "Juan Navarro", profesor de teología en Santiago de Guatemala. Este digno fraile fue atrapado en el lecho con una "dama principal" de la ciudad, y sólo pudo escapar con heridas graves. La dama fue apuñalada por el esposo ofendido, mientras que el verdadero villano de la obra, el

hermano de Navarro, un fraile que alcahueteaba en sus ratos perdidos, nunca fue presentado a la justicia.[31] Este relato debía mucho a la antigua fábula, pero Gage afirmó que era típico.[32]

En semejante medio, bien podía esperarse que tampoco la moral laica fuera ejemplar. Así ocurría, en efecto, si hemos de creer a Gage. Uno de los pasajes más famosos y frecuentemente citados de este libro trata del atuendo y el porte de las libertas y prostitutas mexicanas:

> Y en cuanto a la licencia de sus vidas y los escándalos públicos cometidos por ellas y por la clase superior de españoles, a menudo he oído decir a quienes tenían más religión y temor de Dios que en verdad creían que Dios destruiría la ciudad y cedería el país al poder de alguna otra nación.[33]

Los acomodos domésticos irregulares eran causa natural de riñas, duelos y asesinatos, y aun los mejor dispuestos eran incapaces de intervenir.[34] Cuando el sucesor de Las Casas en la sede de Chiapas trató de combatir el hábito relativamente inocuo de tomar chocolate durante la misa, las damas del distrito lo envenenaron con una caja de dulces.[35]

Toda esta sociedad corrupta descansaba sobre las espaldas de los indios, cuya condición no había mejorado desde los días de Las Casas. Se nos dice que los españoles amasaban grandes fortunas vendiéndoles bebidas a precios exorbitantes y haciéndolos trabajar hasta morir en las minas y plantaciones. Después de contar varios ejemplos de crueldad bárbara concluye Gage: “Estos sólo son pecadillos para los españoles: embriagar, robar y ocasionar la muerte del pobre indio, la que no causa mayor reflexión o venganza

que la de una oveja o un buey que cae en un pozo”[36]. Y con toda su riqueza y tiempo libre, ¿han comprado los colonos sabiduría o cultura? La respuesta de Gage es devastadora:

> Se habla de los caballeros de Chiapa por toda la región, dándoselas de grandes Dones (dones, talentos o aptitudes, diría yo), de noble cuna, con un orgullo fantástico, aunado a simplicidad, ignorancia, avaricia y penuria. Estos caballeros dirán que descienden de la familia de algún duque de España, y directamente de los primeros conquistadores; pero en su porte no son más que payasos, y en ingenio, habilidades y conversación, tan superficiales como un mísero arroyo.[37]

Es claro que semejante sociedad tenía que ser enteramente mala. Pero ¿cuánta verdad había en las acusaciones de Gage? Habría, sin la menor duda, oportunidad para las fechorías clericales, ya que el propio Gage logró acumular una fortuna de siete mil piezas de oro en diez años de pastor de los desventurados indios,[38] pero los escritos de Sigüenza y Góngora y de Sor Juana Inés de la Cruz prueban que México no era un vacío cultural o Religioso.

Acaso lo más seguro sea decir que Gage, como todos nosotros, vio en retrospectiva sólo lo que deseó ver. Era, por naturaleza, un escandalizado y su posición en Inglaterra, una vez de regreso en su tierra natal, debió de ser tan insegura como la de todos los conversos recientes. Para 1648, había llegado al poder una generación amamantada con relatos acerca de la iniquidad española, y el grado del triunfo de Gage al ganarse su favor puede medirse por el hecho de que,

como veremos, el propio Cromwell fue influido por su libro. Su propósito era dar no sólo información concreta y fidedigna sobre las colonias españolas, sino una justificación moral para atacarlas. De acuerdo con las normas de los testimonios aceptables en su época, logró ambas cosas.

La última figura de esta galería de peregrinos, exiliados y tránsfugas es tan distinta de las demás que hay que sacarla de la secuencia cronológica, y dedicarle toda una sección, siendo la causa de esto que, aun cuando don Sebastián, rey de Portugal, fue un ser humano auténtico, al menos como peregrino fue totalmente legendario. Para nuestros propósitos, su historia comienza en el campo de batalla de Alcazarquivir, donde pereció, junto con la flor de la nobleza de Portugal en 1578. Su expedición había sido insensata, mal conducida, y por todo lo que se sabe Portugal bien habría podido prescindir de su joven rey si éste hubiese tenido hijos. La sucesión pasó entonces al anciano y enfermo tío de Sebastián, el cardenal Enrique, y de éste a Felipe II de España. Los derechos de Felipe al trono portugués eran legítimos, pero su coronación, en 1580, significó el fin de la tan preciada independencia de Portugal. No obstante, la transición al dominio español fue casi incruenta, a pesar de las fulminaciones de "*Sir* L. L", quien informó a los ingleses que el proceso se había cumplido mediante una matanza indiscriminada de la nobleza y el clero.[39] Desde luego, esto no fue necesario, ya que los restos de la nobleza se habían vendido mucho tiempo antes a Felipe,[40] pero aquella solución se volvió causa duradera de inconformidad para el pueblo en general.

Fue en este suelo árido donde primero arraigó la aberración conocida como "sebastianismo". Como rey, Sebastián había sido un fracaso sin paralelo, pero se convirtió en el símbolo de la independencia portuguesa; y

aun en el siglo XIX había campesinos convencidos de que, como el galés Arturo, Sebastián se levantaría cuando se le necesitara, para aplastar a los enemigos de la patria.[41] Esta leyenda brotó del hecho de que el cadáver de Sebastián nunca volvió a Portugal, y muchos patriotas se negaron, como es muy comprensible, a creer en su muerte. Tales situaciones son una bendición del cielo para los charlatanes, y a su debido tiempo aparecieron nada menos que cuatro impostores para reclamar el trono. De éstos, el más fantástico fue un italiano llamado Marco Tulio Catizone.

Catizone apareció en Venecia en 1598 y pronto convenció a los más crédulos expatriados portugueses de que él era en realidad su perdido rey. Hasta Inglaterra llegaron rumores de esta farsa, en forma de tres escritos que narraban con ciertos detalles las tribulaciones de Sebastián, ya enviado a las galeras por los iracundos españoles,[42] y de la superioridad moral de los portugueses que habían reconocido sus pretensiones.[43] Todos estos desatinos eran presentados del modo que más desacreditara a los crueles y traicioneros españoles y a su impío rey, Felipe III.

El autor era un fraile, José Teixeira, que había sido contratado como enlace por Enrique IV de Francia.[44] El primero de sus esfuerzos contiene una carta de un tal Giovanni Capugnano a Enrique IV, en que habla de que Sebastián vive y fue encarcelado por orden del embajador de España en Venecia. Esto va seguido por dos cartas de Teixeira a un obispo, cuyo nombre no se da, con la misma información, corroborada por toda clase de testimonios, profecías antiguas, listas de señas particulares de nacimiento, y comparaciones con las estúpidas versiones de impostores previos. Concluye con un pobre intento de explicar por qué el recién encontrado rey no se parece físicamente al desaparecido, y ni siquiera sable hablar

portugués.[45] El segundo escrito, el más importante, trata de las cobardes intentonas de los españoles por obligarlo a suicidarse y, finalmente, de cómo fue expuesto, montado en un asno, antes de ser sentenciado a una galera.[46] Teixeira debió percatarse de que todo eso dejaba mucho que desear, pues su ataque final casi no es más que un himno a la probidad portuguesa y un ataque a la correspondiente perfidia española.[47]

Trescientos cincuenta años después, con un abasto de documentos a nuestra disposición, la campaña de Teixeira puede parecemos sólo un sainete, pero abundan las pruebas de que sus lectores la vieron de otro modo. Nadie intentó refutarla en Inglaterra, y los lectores ingleses se quedaron con la impresión de un virtuoso Sebastián aherrojado en las galeras del "rey castellano", mientras los diabólicos españoles se regodeaban en sus mal habidas ganancias. El sebastianismo armonizó bien con las dudas proyectadas sobre la soberanía española por Pérez y el "Antiespañol". En ese papel, llegó a aparecer en posteriores compilaciones de fechorías españolas, y llegó a ser un ingrediente original, aunque relativamente pequeño, del antihispanismo inglés.

En apariencia, poco hay que relacione a los cinco escritores tratados en este capitulo. Tan separados en el tiempo como en sus intereses, sus aportes son desiguales en calidad y significación. Fuesen, como Pérez y Wadsworth, victimas de su propia duplicidad o, como Gage, de oscuras intrigas que han quedado sin revelar, todos ellos tuvieron algo contra España y su monarca, y todos se presentaron como expertos en materia de la sociedad que profesaban aborrecer. Aun el propio Teixeira cae en esta categoría: un viajero solitario exiliado por su lealtad al prior de Crato.[48] En conjunto, nos ofrecen el cuadro de una sociedad decadente, en que todos los valores humanos normales han

sido pervertidos por la influencia de una corte corrupta y viciosa. Es el elemento último de la Leyenda Negra.

VIII. Diatribas en ocasiones propicias

Con la coronación de Jacobo I, la historia del antihispanismo inglés entró en una fase nueva y menos virulenta. Isabel no había sido una soberana particularmente belicosa. Prefiriendo la política a las incertidumbres del conflicto declarado, sin embargo era capaz de ir a la guerra cuando la ocasión lo exigía. El nuevo rey, en cambio, era un pacifista hasta las entretelas de su tímido corazón de estudioso. Nacido y educado en una atmósfera de desenfrenada violencia y brutalidad, aprendió a desconfiar de los consejos de hombres de guerra y a buscar soluciones pacíficas aun cuando parecieran imprudentes, y concibió su misión como la de un pacificador y árbitro de las disputas del mundo, una especie de Salomón, que, por virtud de su gran cultura y sabiduría, conseguiría calmar las bajas pasiones de hombres con menos grandeza.[1]

Con todo lo que tiene de egoísmo, era una noble visión, merecedora de un trato mejor del que ha recibido de la nación que Jacobo gobernó. Con pocas excepciones, sus súbditos no lo comprendieron ni lo amaron, y su reinado fue en muchos aspectos una tragedia personal. Y esto en nada fue más evidente que en la frustración de su mayor esperanza: la paz con España.

Cuando Jacobo subió al trono de Inglaterra, se vio precipitado al vórtice de una guerra que, en su forma declarada, llevaba ya más de quince años. La lucha con

España no había sido decisiva, y si bien España estaba cerca del agotamiento, Inglaterra parecía incapaz de asestarle el golpe final. En esas circunstancias fue loable la disposición de Jacobo a negociar. Gracias a su abrumador deseo de paz, Inglaterra se salvó de los horrores de intervenir en la Guerra de los Treinta Años, y posiblemente de participar en un holocausto europeo general. Pero cuando, en 1604, por fin se declaró la paz, su anuncio fue recibido con un silencio ominoso en las calles de Londres.[2] Los años de conflicto habían cobrado su tributo y, como dice Godfrey Davies, "la amistad con España [...] iba contra los prejuicios de la mayoría de los ingleses".[3]

Sea como fuere, la súbita declaración de paz puso un freno a los escritores antiespañoles. Con España una vez más en términos oficialmente cordiales, Jacobo no podía permitir, y mucho menos fomentar, los continuados desahogos de anti hispanismo que llegaron a ser tan característicos del reinado de Isabel. Modelo de las nuevas actitudes que se esperaban de los ingleses fueron las expresadas en un escrito publicado acerca de las propias negociaciones de paz. Su autor, Robert Treswell, Heraldo de Somerset, pintaba a los españoles rebosantes de buena voluntad[4], que habían manifestado intercediendo por un marino inglés al que el propio capitán de éste había sentenciado a la horca por golpear a un cura español.[5] Esta optimista visión no fue compartida ni por los oficiales en cuestión[6], ni por el clero inglés, que denunció la paz como una traición al protestantismo.[7] Como en 1612 dijo Foscarini, el embajador veneciano, "la masa, tanto de los nobles como del pueblo, desea la guerra, y tampoco hay ninguna categoría de persona que oculte la satisfacción que sentiría si se autorizaran represalias contra España, como en el tiempo de la difunta reina".[8]

Al avanzar el reinado de Jacobo, el descontento aumentó, hasta llegar casi a un clímax durante el breve Parlamento de 1621. Hubo bastantes razones para ello y no la menor de ellas era que el tratado de 1604 no contenía ninguna provisión de comercio libre con las colonias españolas, y seguían siendo detenidos barcos ingleses, por toda una variedad de pretextos dudosos”[9]. Más grave aún fue el debate sobre el Palatinado, donde Federico, el propio yerno de Jacobo, estaba luchando por su vida contra una alianza católica encabezada por el Emperador Sacro Romano. La opinión popular se inclinaba a creer que España era la culpable absoluta de esta amenaza al protestantismo en el continente, y estaba furiosa contra el rey por negarse a intervenir. Aunque escritos anónimos como *Tom Tell-Troath* empezaban a decirle cuál era su deber,[10] para entonces Jacobo ya no estaba dispuesto a escuchar. Para los ingleses patriotas, había ocurrido la peor de todas las calamidades posibles: el rey había caído bajo la influencia del embajador de España.

Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, fue uno de los diplomáticos más fascinadores y notables de la historia. En un tiempo en que las fuerzas militares y económicas de su patria iban agotándose rápidamente, él logró mucho por neutralizar a su mayor rival por medio de sus relaciones personales con el rey de Inglaterra. Esta relación nos parece hoy mucho más compleja que a sus contemporáneos, quienes creyeron simplemente que el embajador dominaba al rey,[11] pero de lo que no hay duda es de que el embajador la aprovechó para mantener a Jacobo fuera del Palatinado y para acallar las protestas por la captura de barcos ingleses.[12] Uno de los medios de que se valió para alcanzar estos fines fue enredar al rey en

prolongadas e inútiles negociaciones tendientes a un matrimonio entre las familias reales de España e Inglaterra.

Nada podía ser peor visto que esta “alianza española”, como se la llamó, y cuando el Parlamento se reunió en 1621, los honorables miembros no dejaron la menor duda de cuáles eran sus opiniones. Comprendiendo que no podían inmiscuirse en las gestiones matrimoniales de príncipes, su debate se concentró ostensiblemente en el Palatinado. El 27 de noviembre, *sir* Edward Coke, basándose en un escrito que parece haberse perdido,[13] pasó lista de todos los crímenes cometidos por España durante el reinado de Isabel, el menor de los cuales no era la introducción de enfermedades venéreas y de una plaga que atacaba a las ovejas.[14] *Sir* Robert Phillips añadió que “los designios de España siempre se alcanzan con falsía, pues reposan sobre ese gran monstruo romano”,[15] y cuando otro miembro del Parlamento se levantó para defender a la Casa de Austria, “pronto fue acallado por el disgusto de la Cámara”.[16] A la postre, los Comunes apoyó una moción en que declaraba su apoyo incondicional a una intervención en el Palatinado,[17] pero aquello no significó ninguna diferencia. Federico se vio obligado a seguir luchando sujeto a sus propias fuerzas, y continuaron las negociaciones matrimoniales. Convencido de que los Comunes estaba invadiendo sus más caras prerrogativas, Jacobo disolvió el Parlamento y encarceló por un tiempo a Coke y a Phillips.[18] Pero las cosas estaban muy lejos de concluir allí. Para intenso disgusto del rey, volvieron a surgir en la prensa popular, nuevamente activa después de casi dos decenios de silencio.

La figura más destacada en este debate fue un clérigo llamado Thomas Scott. Por desgracia, poco se sabe de este hombre, que debe ocupar un sitio importante entre los colaboradores de la Leyenda Negra. Lo que dice de su vida el

Dictionary of National Biography parece en gran parte fabuloso, y aun los detalles de su educación quedan oscurecidos por las multitudes de Thomas Scott que infestaron la Inglaterra del siglo XVII. Todo lo que sabemos es que en 1620, siendo prior de St. Saviour's, en Norwich, redactó una acusación a la política de Jacobo, intitulada *Vox Populi, or Newes from Spayne* [Vox Populi o Noticias de España]. La obra pronto fue suprimida, y Scott huyó a los Países Bajos, donde en 1622 lo encontramos como pastor de la guarnición inglesa de Gorinchem. Poco después fue llamado por la congregación civil inglesa de Utrecht, donde se quedó hasta 1626, cuando lo asesinó un soldado con perturbaciones mentales.[19] Durante todo este periodo, ocupó sus ratos libres escribiendo folletos inflamatorios, y nos da cierta indicación de su fama el hecho de que su propia muerte fuese celebrada en un folleto titulado *A Brief and True Relation of the Murther of Mr. Thornos Scott.*

Estos detalles no tendrían importancia si no fuera por el hecho de que Scott parece haber gozado de la protección de algún grande de la corte. Cuando se recogió por vez primera *Vox Populi*, se pidió al obispo de Norwich que incoara proceso contra el autor culpable. En cambio, el obispo presentó el hermano de Scott al arzobispado de Canterbury, quien prometió hacer todo lo que pudiera para ayudar a Scott.[20] A la postre, se ordenó a Norwich dejar en paz al libelista,[21] y el *Dictionary of National Biography* da a entender que retomó para ocupar el puesto de capellán del conde de Pembroke antes de volver a huir a los Países Bajos.[22] Por la lamentable perdida de los documentos de aquel caballero no puede comprobarse esta aseveración, pero la conocida oposición de Pembroke al llamado Partido Español hace que en tomo a ello puedan hacerse conjeturas fascinantes.

Aunque las afiliaciones políticas de Scott han quedado en una nebulosa, en comparación sus objetivos son bastante claros. De los nueve escritos que nos interesan, tres son ataques personales a Gondomar, cuatro son aburridos catálogos de iniquidades españolas, y los dos restantes son francos alegatos en favor de la intervención en las luchas por el Palatinado. *Vox Populi*, el primero y más célebre de ellos, cabe dentro de la primera categoría. Es un relato, ingenioso y totalmente imaginario, de una *residencia* celebrada en Madrid al retorno de Gondomar de Inglaterra. Todos los funcionarios españoles estaban sujetos a estas investigaciones al término de un cargo, y en este caso el interés se centra en tomo a lo que Gondomar ha hecho para favorecer las pretensiones de su amo a la soberanía universal.[23] Allí resulta que ha hecho no poco. Además de poner uno contra otro al rey y al Parlamento de Inglaterra y de introducir la irritante cuestión del matrimonio, afirma haber causado la ejecución de Raleigh, haber impedido a los ingleses enviar fuerzas a Venecia y haberlos convencido de retirar todo verdadero apoyo a las Provincias Unidas.[24] La mención del propuesto matrimonio desata un animado alegato sobre los méritos de ese plan en particular, y Gondomar se ve obligado a defenderlo como el mejor medio de debilitar a Inglaterra. La única dificultad que prevé consiste en que, con excepción de los más furibundos papistas y los "despreciables" cortesanos, toda Inglaterra se opone con vehemencia a ese enlace.[25] Aunque ha logrado suprimir a los predicadores antiespañoles,[26] aún queda mucho por hacer.

Tanto éxito tuvo esta dramática ficción que fue reimpresa en 1659 y nuevamente en 1679, cuando la "conjura papista". Gondomar también figuró en otra de las obras de Scott, publicada en 1624. *The Second Part of Vox*

Populi, or Gondomar appearing in the likeness of a Matchiauell [La segunda parte de Vox Populi, o Gondomar apareciendo en el papel de Machiavelo][*] tiene, como su predecesora, la forma de una discusión de mesa redonda, provocada en este caso por la violenta partida de Madrid del príncipe Carlos, al fracasar finalmente las negociaciones matrimoniales. Allí, los políticos españoles analizan por qué los ingleses se muestran tan mal dispuestos hacia ellos, y fraguan un plan basado en mantener en paz a los ingleses mientras su país es subvertido desde adentro. El consiguiente análisis revela que aun cuando la forma de Scott pueda ser revolucionaria, el contenido no lo es. Los españoles, amablemente, se acusan a sí mismos de tener sangre mora, de estar abusando de la confianza inglesa y de haber lanzado no sólo la Armada sino la Conspiración de la Pólvora[27]. Gondomar reflexiona filosóficamente:

> Algunos piensan que hay una antipatía o contrariedad natural entre nuestra disposición y la de ellos, dado que viven en el Norte y nosotros en el Sur, y estando (como observó el autor francés Charron) más cerca del sol, los habitantes son más sagaces, políticos y religiosos [...] hasta llegar a la superstición y la idolatría, mientras que, por lo contrarío, los del Norte (aunque de mejor apariencia, mejores facciones y más hermosos que nosotros por razón de la frialdad del clima, que conserva internamente el calor natural y la humedad radical) son simples y su religión no tiene nada como las gloriosas ceremonias de nuestra Iglesia.[28]

Puede verse que la fantasía nórdica de la superioridad racial ¡ya estaba en pie en 1624! Scott expía esto sólo parcialmente cuando hace decir a Gondomar que los libelos antiespañoles "proceden de la pluma de ingenios vanos y desequilibrados", de aduladores y oportunistas.[29]

En estos dos primeros escritos, Scott muestra al embajador español como un peligroso intrigante y un apropiado vocero de horribles sentimientos, pero en su relato del fantasma de *sir* Walter Raleigh, se rebaja al insulto personal. Publicado en el ultimo año de la vida de Scott, *Sir Walter Raleigh's Ghost: or England's Forewarner* [El fantasma de *sir* Walter Raleigh, o el que advirtió a Inglaterra] es una sátira en que el ingenio ha sido suplantado por la rabia. La escena comienza en un jardín, donde Gondomar ha ido a dar los últimos toques a sus malignos planes para Inglaterra. Está solo, "para que sus extravagantes posturas, muecas y gestos de simio no vayan a provocar la burla o el desprecio de sus vasallos".[30] De pronto aparece Raleigh y le recita al atónito villano toda una lista de crímenes de España, que va desde la Armada hasta el encarcelamiento de Sebastián.[31] Presa de pánico, Gondomar se arroja al suelo, confiesa su admiración a otra lista —no menos larga— de notorios criminales, y se llama a sí mismo "la nariz del Estado español por la que se vacía de todos sus excrementos, tanto de la cabeza como de todo el cuerpo".[32] Raleigh lo interrumpe de tiempo en tiempo con insultos aún más oprobiosos.

Los crímenes de España enumerados por el fantasma en su confrontación con el rastrero Gondomar ya habían formado la base de otros cuatro escritos. Aunque no tan pintorescos, ni mucho menos, éstos fueron de gran importancia para el antihispanismo porque presentaron un resumen lúcido, aunque fantásticamente tendencioso, de la

historia reciente. Según el más importante de ellos, la *Vox Coeli*, las ofensas de España a Inglaterra empezaron en los días de Pedro el Cruel y el Príncipe Negro.[33] A esta curiosa conclusión llega toda una junta de los pasados gobernantes de Inglaterra, presidida por Enrique VIII. Estos dignos señores y señoras, entre ellos la reina María, convienen en que los españoles fueron culpables no sólo de toda conspiración de cualquier género, fraguada durante el reinado de Isabel, sino también de la muerte de Enrique III y Enrique IV de Francia, de Guillermo de Orange y, una vez más, del pobre viejo don Sebastián.[34] Más aún: habían recibido "la infernal y sangrienta Inquisición de Roma",[35] subvertido Bameveld en los Países Bajos y sembrado la discordia entre los suizos.[36] Su actuación en las Indias fue peor aún. Se hace declarar a Enrique VIII, ese modelo de clemencia:

> Cuánto me ha apenado y sorprendido enterarme de que en Cuba, Haití, Perú, Panamá y México, y en todas aquellas vastas islas y espaciosos continentes, los españoles, con crueldad más que infernal, han dado muerte a tan infinitos millones y miríadas de esos pobres indios, despoblando por completo aquellos países antes populosos y formando no sólo ríos sino mares enteros con su sangre, y con crueldad tan inhumana y sanguinaria que yo con justicia puedo decir que todas las épocas anteriores no pueden mostrar un precedente, y que nuestra posteridad tendrá dificultades para creerlo.[37]

En todo esto van intercaladas frases tan sesudas como "El español es, por naturaleza, tan traicionero como

orgulloso”[38] y “confiar en un español es como apoyarse en un bastón roto o albergar una serpiente en nuestro propio pecho”.[39] La sesión se cierra con una larga lista de las perniciosas actividades de Gondomar, y con nuevas advertencias contra el enlace español[40].

Conclusiones similares pueden encontrarse en *Robert Earl of Essex his Ghost*, publicado, como *Vox Coeli*, en 1624. Essex alega contra el enlace español que la familia real de España es “una generación incestuosa”[41] y que Jacobo debe disolver todo tratado con esos “lobos romanos y zorros españoles, que han devorado tantas ovejas de Cristo y arruinado su viña: sí, la sangre de los Santos clama venganza a las puertas del cielo”[42].

Puede suponerse que la viña en cuestión son los Países Bajos, pues en una aparición posterior, esta vez en 1642, el espíritu de Essex recomendó una lectura detallada de las crónicas flamencas.[43] Para su fortuna, el lector no tuvo que esperar a que, al estallar la guerra civil, se levantara toda censura. Desde antes de publicar *Vox Coeli*, Scott ya había escrito dos obras breves que trataban específicamente sobre la historia de los Países Bajos. La primera, *Newes from Pernassus* [Noticias del Parnaso], es una alegoría bastante torpe, confusa y desorganizada, que incluye una súplica de España ante el trono de Apolo, pidiéndole curar la herida abierta de los Países Bajos. La otra, mucho más eficaz, es un bien concebido diálogo entre dos soldados, que se embarcan, uno para luchar por España y el otro por los flamencos. Como *Vox Populi*, el *Tongue-Combat* [Combate de lenguas], como se le llamó, presenta una superficial apariencia de imparcialidad, pero el soldado proespañol a la postre sale con la peor parte. Hay una extensa recitación de las atrocidades españolas en los Países Bajos, muchas referencias a Las Casas, a la abortada colonia francesa de la

Florida, y diversas fulminaciones de *sir* Walter Raleigh. La superioridad de España en Europa es atribuida, de nuevo, a un engaño, y se dice que la anuencia de España a tolerar traidores como *sir* William Stanley, quien traicionó a Deventer, es prueba de su sangre mora y judía.[44]

Scott estaba más a sus anchas en esta clase de discusión semi histórica, y le resultó difícil abandonarla cuando la ocasión exigía algo distinto. Pueden tomarse como ejemplo sus *Certaine Reasons and Arguments of Policie, Why the King of England should hereafter give over all further Treatie, and enter into warre with the Spaniard* [Ciertas razones y argumentos de política por los que el rey de Inglaterra debe abandonar en adelante todo tratado y entrar en guerra con los españoles]. Al menos en teoría, estaba intentando convencer a Jacobo de que la guerra sería ventajosa por razones de Estado, pero termina por depender de las ya gastadas quejas históricas, que nunca habrían podido impresionar a un hombre de la indudable cultura de Jacobo. El rey tenía su fallas, pero no era ni vengativo ni ignorante, y hubiera tenido que serlo para dejarse convencer por Scott. Esta tendencia llegó a un clímax en su *Experimental Discoverie of Spanish Practises, or, The Counsell of a well-wishing Soldier* [Descubrimiento experimental de prácticas españolas, o el Consejo de un soldado de buena voluntad]. Esta lamentable obra ha sido universalmente atribuida al desventurado Scott, aunque en la calidad de su escritura y en su nivel intelectual está muy por debajo de todo lo demás que escribió. Está atiborrada de invectivas y de citas dudosas. Se cita a Guicciardini diciendo: "los españoles son insaciables y mentirosos y donde se les deja en libertad, insultantes, tiránicos y muy altivos e insolentes". Los orígenes de esta observación son tan difíciles de descubrir como los de la declaración atribuida a cierto "Andrés,

famoso senador de Venecia”, quien afirmó que “son infieles, codiciosos y los más insaciables de todos. Pues ¿dónde (dijo él) entre todos los rincones de la Tierra en que estas infames arpías hayan puesto pie, no han quedado las huellas del vicio más abominable?”. No hemos de sorprendernos de que permanezca anónimo el hombre que llamó a los españoles “repugnantes cerdos, ladrones búhos y vanidosos pavos reales”.[44]

En comparación con casi todos los escritos de Scott, el *Descubrimiento experimental* enfoca su atención en las Indias Occidentales, sin incluir para nada los Países Bajos. Contiene relatos de crueldades españolas, tomados de Purchas,[45] así como la inevitable referencia a Las Casas:

> [...] el mundo de América no era tan desconocido a las edades anteriores como las monstruosas y recién inventadas crueldades que estos demoníacos y tiránicos españoles han practicado de manera inhumana entre pueblos sencillos e inocentes, como aparece en don Bartolomé de las Casas, obispo de [...] y otros de sus propios historiógrafos.[47]

Es, en conjunto, una obra sumamente insatisfactoria, y Scott quizás se habría avergonzado de verla atribuida a él.

No es nada fácil evaluar la contribución de Scott a la Leyenda Negra. Es claro que trató un gran número de temas y, en su mayor parte, los trató con eficacia, pero todos eran temas ya tocados antes. Gondomar era una nueva obsesión, y el intento de Scott por culpar a los españoles de la Conspiración de la Pólvora[48] tuvo un breve y limitado éxito; pero Scott fue, ante todo, un compilador de las anécdotas de otros. Su dependencia de Las Casas y de los

libelistas isabelinos ya ha sido señalada *ad nauseam*, así como sus monótonos catálogos de pecados mortales, no poco dudosos. Hemos de concluir, por lo tanto, que su actuación fue negativa, no sólo en el sentido habitual. Thomas Scott fue el más grande de quienes, sin añadir mucho material nuevo, interpretaron el antihispanismo a una generación nueva. Lo hizo con gran originalidad y un toque de ingenio, y hay muchas razones para creer que su influencia fue grande. Gardiner sostiene que la *Vox Populi* fue considerada una verdadera historia;[49] pero, lo fuese o no, Scott cristalizó los odios y las frustraciones de un pueblo que aún anhelaba venganza y luchaba por establecer el protestantismo en el continente. Los fallidos intentos del rey Jacobo por contenerlo no estaban completamente injustificados.

Pese a su indiscutible predominio, erróneo sería suponer que sólo Scott se enfrentó al rey y a Gondomar. Otros intentaron hacerse oír; pero, con excepción de *Tom Tell-Troath* y de uno o dos más, sus esfuerzos no llegaron a la letra impresa. Los *Somers Tracts* están llenos de manuscritos que reflejan una profunda preocupación por el enlace español, el Palatinado y la influencia creciente del partido proespañol en la corte. Por la vigilancia de los censores de Jacobo, en su mayor parte circularon en privado… si es que llegaron a circular. Una excepción fue cierta obra de teatro, debida a Thomas Middleton, publicada en Leyden con el título de *A Gome at Chesse* [Una partida de ajedrez]. Es una obra maestra de aburridísima alegoría, en que el príncipe Carlos, predeciblemente en el papel del Caballo Blanco, da jaque mate al Rey Negro al descubrir que las negociaciones matrimoniales tienden a la destrucción de Inglaterra. Por comparación, Scott parece un dechado de ligereza y de ingenio.

Mientras tanto, el rey empezaba a pagar sus errores. El príncipe Carlos y su antiguo compañero Buckingham acaso no creyeran que las negociaciones matrimoniales tendían a la destrucción de Inglaterra, pero pronto vieron que los españoles no se proponían llevarlas a una conclusión favorable. Furiosos, regresaron a Inglaterra, en feliz ignorancia de que, por su insensatez al ir a Madrid, habían dado a los españoles una oportunidad dorada de acabar con lo poco que quedaba a Inglaterra de política exterior independiente. No nos atrevemos a pensar en lo que habría ocurrido si Olivares hubiese decidido poner la mano encima de los dos favoritos del viejo rey, pero quizás tampoco él se atrevió a pensar siquiera en ello, pues "Steenie" y "Baby Charles" volvieron sanos y salvos a Jacobo. El tiempo había de probar que ninguno de ellos era un gigante intelectual, y ya sus primeras acciones al volver lo demostraron. Para deleite de los Comunes, añadieron sus voces a las de quienes pedían guerra. De la noche a la mañana, el despreciado Buckingham se volvió un héroe nacional,[50] y se hicieron planes que habían de conducir a una de las más deplorables catástrofes militares de Inglaterra.

La expedición de 1625 a Cádiz fue un fracaso en casi todo sentido y, como tal, encontró poco interés en la prensa popular. Se deseaban victorias, y como ninguna se lograba, los libelistas tuvieron que consolarse con triunfos de índole personal. El más notable de éstos fue la extraordinaria aventura de Richard Pike.

Pike (o Peeke, como a veces se escribía) era un natural de Devonshire que acompañó la expedición como soldado de infantería. Un día, mientras andaba en busca de naranjas, fue atacado por un jinete español, al que pronto desmontó y venció. Según su propio relato, este auténtico héroe inglés trató entonces de robar al español caído, pero se lo impidió

la inoportuna aparición de catorce mosqueteros españoles, que, aprehendiéndolo, lo ataron para llevarlo a la cárcel de Jerez. No bien lo habían hecho, el primer español, recobrado del susto, se lanzó contra el inerme Pike y trató de matarlo antes de que los mosqueteros pudieran intervenir. Esto, para Pike resultó desagradable pero no sorprendente, pues en sus propias palabras, "Demasiado bien sabía que el español es altanero, e impaciente ante la menor afrenta, y cuando recibe así sea un toque de deshonor, desgracia o vergüenza (y sobre todo en su propio país, de manos de un inglés) su venganza es implacable, mortal y sangrienta".[51]

Gracias a los buenos oficios de los otros españoles, Pike salió del aprieto sólo con un gran tajo en la cara, y al punto fue llevado a Jerez para interrogarlo. Sus respuestas fueron tan deliberadamente ofensivas que pronto se concertó un duelo con uno de los interrogadores. El día señalado, con su herida aún abierta, Pike desarmó a su enemigo ante un numeroso grupo de espectadores. Hirviéndole la sangre, se ofreció entonces a combatir con tres de los españoles allí presentes, si se le daba un sólido mazo inglés. Este se consiguió pronto, y tres espadachines avanzaron a su perdición. Según el relato, Pike mató a uno y desarmó a los otros dos, en cuestión de segundos, para inmenso asombro de la nobleza local, que lo protegió de la chusma y lo envió a Madrid para que lo presentaran al rey. Tratado con gran generosidad, le fue ofrecida una comisión por Felipe IV, mas Pike prefirió retomar a su tierra natal y, para crédito de los españoles, inmediatamente le permitieron hacerlo.

Esta historia parece haber creado cierta sensación en Inglaterra y si hay en ella algún grano de verdad, entonces Pike se merece todos los elogios que tan generosamente vertió sobre sí mismo. Sus aventuras fueron tema de una balada[52] y de una obra teatral titulada *Dick of Devonshire*,

que al parecer nunca se representó; acaso su autor no fuese lo bastante antiespañol para los aires de 1626; aunque habla de las proezas de Pike e incluye un sombrío pasaje en que el villano español Henrico viola a su propia novia y luego se niega a casarse con ella, también indica que “el odio que se tienen inglés y español no es natural ni tiene causa antigua”, sino que brota de causas históricas fáciles de comprobar.[53] La versión del propio Pike resultó más aceptable porque la suplementó con relatos de horror. Tal vez fue un hombre valiente, pero ni apreció ni respetó a sus enemigos, y se sintió feliz desacreditándolos con incidentes en que a los ingleses

> antes de que supiesen que estaban en peligro ya les habían cortado el cuello. A algunos les hicieron saltar los sesos con la culata de los mosquetes; a otros les cortaron la narices, mientras que algunas cabezas fueron paseadas por las calles como balones, y algunas orejas adornaron sombreros españoles. Cuando yo estuve en la prisión de Cádiz, a donde fueron llevados algunos de estos picaros españoles por huir del castillo, con mis propios ojos pude ver orejas de ingleses que llevaban de esa despreciable manera.[54]

Como los ingleses, mal equipados y peor mandados, más a menudo eran sorprendidos que lograr triunfar en esta campaña, debió de ser difícil inventar noticias satisfactorias. La única otra victoria inglesa de que se informó por entonces fue la del capitán Quaile, un corsario de Portsmouth. Con su tripulación de treinta y cinco hombres, Quaile logró saquear un pueblo no mencionado de Galicia,

mediante el sencillo procedimiento de simular que eran marinos franceses al garete. Cuando los aldeanos subieron a bordo para ayudarlos, fueron encerrados bajo la cubierta mientras los ingleses iban a tierra. El autor sugiere que éste era el curso indicado para someter a ese "potente y sanguinario enemigo" y repite el relato de Pike como el de un mercader de Lisboa que se hartó de sus compañeros españoles y de sus interminables jactancias.[55] La única novedad de todo esto es que un inglés, al menos, estuvo dispuesto a reconocer que España era un enemigo "potente".

Antes de que la expedición de Cádiz se hiciera a la vela, Jacobo I murió, con sus fervientes esperanzas de paz frustradas por el orgullo de su hijo y los prejuicios de su pueblo. Su sucesor comenzó su reinado bajo malos auspicios, y con España en su eterna posición de enemiga nacional. Las cosas se prestaban a una nueva arremetida de antihispanismo según el modelo isabelino, mas por una gama de complicadas razones, tanta furia nunca estalló. En primer lugar, la guerra no prosperaba, ni aun para las modestas pretensiones del decenio de 1590. La mala dirección de Buckingham lo había reducido a su nivel anterior en la estima popular, y los Comunes se negaba a aprobar subsidios en tanto que él estuviese al mando.[56] Más aún, para 1627 Inglaterra había tenido que incluir a Francia en la lista de sus adversarios activos por la captura de unos navíos franceses que se dirigían a los Países Bajos españoles. Con el caos administrativo en un gobierno visto con malos ojos por sus súbditos y ante dos grandes enemigos para escoger, no había que soñar con la isabelina unidad de propósito.

Durante este periodo aparecieron varios títulos y baladas, pero sólo uno tiene algo de originalidad o de interés. Se trata de una curiosa obra titulada *Miles Gloriosus,*

the Spanish Braggadocio: Or, the Humour of the Spaniard [Miles Gloriosus, el Braggadocio hispano o el humor del español][*]. Traducida de la versión original, publicada tanto en francés como en español en 1607, enumera cuarenta y siete baladronadas que traen a la memoria los excesos verbales de Mike Fink y de Davy Crockett. Se centran, como es habitual en tales casos, en las proezas del fanfarrón en el lecho y en el combate, y contienen joyas tales como "cuando caminé hice temblar la tierra con mi exceso de fuerza, los cielos se atemorizaron, los vientos dejaron de soplar y el mar se calmó"[57]. Muchas de ellas son sumamente divertidas, pero es dudoso que el lector inglés las tomara con el espíritu con que originalmente debieron de escribirse. La dedicatoria deja perfectamente en claro que toda la colección debe tomarse como prueba de la petulancia española.

Al acercarse el reinado de Carlos I a su trágico fin, los ingleses se concentraron más y más en sus propios problemas internos. Entonces, más que nunca, debieron dejar en paz a España; pero en 1642, cuando el conflicto entre el rey y el Parlamento iba adquiriendo las sombrías tonalidades de una guerra civil, una nueva y furiosa catarata de escritos antiespañoles fue a parar a los estantes de las librerías. Como en tantos sucedidos del temprano periodo Estuardo, las razones de este hecho aparentemente lógico son casi "metafísicas" en su oscuridad. Por una vez, España no había hecho nada que pudiera ofender a los susceptibles protestantes ni al pueblo en general. Ocupada por rebeliones en Portugal y en Cataluña y abrumada, como siempre, por la insolvencia, el proceder de España en el vasto escenario europeo había sido menos ofensivo que en ningún momento desde hacía un siglo y medio. Este hecho fue reconocido en el escrito *Englands Present Distractions Paralleled with those of Spaine and other forraine Countries* [Las actuales

distracciones de Inglaterra comparadas con las de España y otros países]; sin embargo, no logró impedir una larga recitación de los crímenes españoles contra los Países Bajos,[58] ni la aparición de varios libelos que habían sido escritos originalmente contra el enlace español. Todos ellos tendían, indirectamente, a desacreditar a los Estuardo. Thomas Allured, en su *Copie of a Letter Written to the Duke of Buckingham* [Copia de una carta escrita al duque de Buckingham], argüyó que todos los que intentaran aliarse con España, por matrimonio o de cualquiera otra manera, se expondrían, ellos o su progenie, a un mal fin,[59] mientras que la hasta entonces suprimida secuela a *Robert Earl of Essex his Ghost*, de Thomas Scott, recordaba a los lectores ingleses que se habían salvado por un pelo. Un escritor anónimo se lanzó a hacer una larga lista de las conjuras católicas, más de una docena, de que España era culpable, en un esfuerzo por convencer a sus lectores de que la conocida tolerancia de Carlos a los católicos era una amenaza para el Estado.[60] Hasta el autor de *Las actuales distracciones de Inglaterra* tenía en mente un segundo motivo. En su opinión, la revuelta de Cataluña podía compararse con la de Irlanda, y la tiranía de Strafford con la de Juan de Mascarena. Ambos son, desde luego, simples instrumentos del “ilimitado e infinitamente ambicioso poder del clero”.[61]

En todo esto es evidente que el odio a España ya estaba tan profundamente arraigado en la mentalidad inglesa que se le podía emplear como garrote con el cual castigar a un monarca impopular. Si se necesitaran más pruebas sólo habría que echar una ojeada a las páginas de *sir* Anthony Weldon o de Arthur Wilson. Como el de los impresores que resucitaron el antihispanismo en 1642, su propósito era examinar los hechos de los Estuario a la luz de sus simpatías puritanas. Weldon, que fue el jefe de la junta parlamentaria

en Kent durante los disturbios,[62] estaba preocupado básicamente por la vergüenza que sufrió Inglaterra en sus intentos por lograr la paz con España. Su versión de las conversaciones de paz de 1604 es totalmente distinta de los recuerdos del Heraldo de Somerset. Según Weldon, los españoles sirvieron carne asada a los embajadores ingleses,

> y sin embargo, dijeron que los ingleses se habían robado todos los platos, cuando en realidad fueron ellos los que aprovecharon la oportunidad al máximo, pues no pensaban volver jamás a semejantes banquetes, para llenarse tanto sus alforjas como sus barrigas (pues alimentos y monedas escaseaban por igual en esa nación).[63]

Esto fue vengado cuando *sir* Robert Mansell atrapó a un español llenándose de plata su jubón,[64] pero luego otro español se robó el sombrero de Mansell, que llevaba una joya valiosa, y lo ocultó en el patio de un alguacil. Cuando Mansell exigió la devolución de su sombrero, el alguacil, aunque servidor de la ley, trató de quedarse con la joya y dejó libre al ladrón.[65] Más aún enfureció a Weldon el que los españoles hubiesen tratado al principe Carlos como persona privada,[66] al parecer olvidando cómo había sido presentado en Madrid.

Wilson, en cambio, se oponía a la paz con España por motivos más generales. Hombre robusto y violento, creía que “no había tema para la historia cuando los hombres vierten más bebidas que sangre”.[67] Consideraba a Gondomar, “ese ministro insinuante”, como una verdadera amenaza, pero más le indignaban el rey insensato y sus corruptos cortesanos que habían dado a ese maestro de las “prácticas taimadas” una oportunidad de tender sus redes.[68]

Su única muestra de antihispanismo gratuito aparece cuando, anticipándose la los autores de los modernos libros de texto, declara: "Los españoles, primeros descubridores [de América], más ávidos de asir que buenos para plantar, tomaron posesión de los lugares más preciosos"[69].

Estás observaciones nos llevan al agresivo antihispanismo de los días de Cromwell, cuando los ingleses, libres al fin de la política de los Estuardo, pudieron dedicarse nuevamente a saquear las costas de la América española. Pero, en el ínterin, ¿qué puede decirse del sentimiento antiespañol que brotó a intervalos tan claramente definidos durante los reinados de Jacobo I y de su hijo? A primera vista, parece haber poco más que el producto efímero de las crisis concretas en que apareció, un simple fuego fatuo carente de la espléndida unidad y propósito que caracterizaron a su antecesor.

Hasta cierto punto, tal opinión puede ser cierta. Una severa censura y la negativa de la Corona a sancionar nuevos planes antiespañoles hicieron que la campaña comenzada durante el reino de Isabel perdiera gran parte de su impulso. Durante toda la primera parte del siglo XVII, sólo Gondomar y la un tanto vacilante referencia a la Conspiración de la Pólvora disipan el tedio general de nuestro resumen. No: el verdadero interés del periodo no se encuentra en lo nuevo que salió a luz, sino en lo que se rememoró. La mala recepción dada a la paz de 1604, y el recelo general ante el enlace español indican que los escritores isabelinos habían cumplido con su misión. En 1580, los puritanos y las gentes interesadas en el comercio de ultramar habían aborrecido a España, pero no hay mucha razón para suponer que la mayoría de sus conciudadanos se preocupaban por una cosa u otra. Cuarenta años después,

sólo era necesario recordar a los hijos lo que los españoles habían hecho, o tratado de hacer, a sus padres.

Desde otro punto de vista, los escritos antiespañoles de 1603-1642 acaso fueron lo que decían ser: consejos al estado de la opinión publica, no dirigidos al pueblo sino tendientes a guiar al rey. Esta interpretación tiene muchos argumentos en su favor, aunque dudo que alguna vez los libelistas hayan buscado un publico tan reducido. Sea como fuere, la conclusión es la misma. Los enemigos de España, que probablemente ya formaban la mayoría del pueblo inglés, se tendieron en obligado reposo, a aguardar el alba de otro día. El antihispanismo había dejado de ser tema de alegatos explícitos para convertirse en una corriente del pensamiento de una multitud. Y los escritos que poseemos, con toda su rareza y sus evidentes defectos, señalan dónde, siguiendo el curso de menor resistencia, esa corriente surgió borboteante a la superficie.

IX. Los frutos del odio

El día 30 de enero de 1649, el rey Carlos I de Inglaterra pereció en el cadalso, en Whitehall. La muchedumbre, a cuyas pasiones se debía en no escaso grado la presencia del rey allí, prorrumpió, según ciertas crónicas, en un gran quejido. Acaso sintiera que no sólo un rey acababa de morir a la sombra del salón de banquetes de Iñigo Jones. Fue uno de los grandes momentos de la historia, y es grato suponer que también Oliver Cromwell supo apreciarlo como tal. Muy probablemente sí, pues su propio instinto dramático era infalible, y esta cualidad ha movido a muchos a llamarle "isabelino trasnochado". Este juicio puede ser improcedente, y no cabe duda de que es superficial, pues a los hombres de la estatura de Cromwell no es tan fácil catalogarlos. Imbuidos de algún poder interno más fuerte que la razón, trascienden en sus cerebros las leyes fijadas para los mortales ordinarios. Pero en un aspecto de su ser, sí puede acusarse a Cromwell de reflejar fielmente el espíritu isabelino: en su profundo y persistente odio a España.

Ya hemos visto cómo, en los reinados de Carlos y de su padre, la Leyenda Negra empezó a dar frutos cuando su mensaje se asentó en los espíritus ingleses. Y ya había cumplido su misión cuando Cromwell subió al poder. Él y su generación se habían nutrido desde la infancia con relatos de la Armada y de persecuciones en los Países Bajos. España representaba para ellos todos esos males que tanto

alarmaron a los puritanos del reinado de Isabel: crueldad, inmoralidad y opresión religiosa. Para las normas de su época, Cromwell fue un hombre tolerante en grado sumo, pero su tolerancia no se extendía hasta los católicos. A éstos los odiaba con una pasión incontenible, y su visión de España y de su Iglesia no era distinta de la actitud de un cruzado español hacia el Gran Turco. Cuando el gobierno de Inglaterra cayó en manos de este hombre autoritario y confiado en sí mismo, resultó inevitable un renacimiento del antihispanismo isabelino.

Lo asombroso es que tardara tanto. Al entrar Cromwell en la Cámara de los Comunes, el 20 de abril de 1653, y disolver sumariamente lo que quedaba del Parlamento Largo, Inglaterra estaba empeñada en una lucha fratricida con los Países Bajos por toda una serie de asuntos, relacionados en su mayor parte con derechos de comercio y de pesca. Tras la derrota y la muerte del almirante Tromp en el verano de ese año, los flamencos empezaron a buscar una solución pacífica, dejando a Cromwell libre para concentrarse contra el poderío católico. Su primer interés en este punto fue asestar un golpe en defensa de los hugonotes franceses y, con este fin, ¡hasta pensó en formar una alianza con España! Al hacerlo, su propósito era obvio. Como tantos otros ingleses, estaba seguro de que la posesión de las minas de América daba a España un abasto casi ilimitado de metales preciosos. Así, pues, en esencia estaba presionando a Cárdenas, el embajador español, para adelantarle dinero para una guerra contra Francia.[1] En este caso, su táctica falló. Los españoles no tenían dinero que ahorrar ni estaban dispuestos a darle libre acceso a las Indias Occidentales como único precio de la alianza. Comprendiendo de pronto que los hugonotes no se hallaban en verdadero peligro, Cromwell se preparó a volverse contra España.

Por ciertas razones, se siente uno tentado a convenir con Gardiner en que todo este episodio presenta, “en el mejor de los casos, un triste espectáculo”.[2] Mucho antes de que se diera fin a las negociaciones, Cromwell ya estaba haciendo serios planes contra sus desprevenidos aliados potenciales. Vale la pena contar aquí la historia del “Designio occidental”, como llegó a llamársele, pues en él están presentes todos los elementos señalados del antihispanismo: su influencia sobre la conducción del Estado y su lamentable tendencia a girar y alimentarse a sí mismo en un ciclo interminable de odio y prejuicio. Nuestro relato comienza en una reunión del Consejo del Protector, el 20 de abril de 1654.

Según las notas de Edward Montagu, el propio Cromwell abrió la discusión, observando que al llegar la paz con los flamencos, la flota inglesa de 160 naves se había quedado ociosa y que 30 de ellas, por alguna coincidencia providencial, ya estaban en las Indias Occidentales. Era obvio que debía dárseles empleo en algún lugar, y Cromwell opinaba que mejor sería utilizarlas contra España que contra Francia. Atacar a Francia podía resultar imprudente, y sin duda sería incosteable. En cambio, España era más antiprotestante, y por tanto merecía más un castigo.[3] Al parecer, el Protector estaba meditando en voz alta, pero cuando se le hicieron objeciones, su decisión sólo se robusteció. Al hablársele de la pérdida del comercio español, del posible cierre de Gibraltar y de las ventajas comerciales que, fuera de duda, obtendrían los holandeses, su respuesta fue sencilla y característica: “Dios proveerá”[4].

Aunque ya iban progresando las negociaciones con España, los íntimos de Cromwell allí mismo supieron que estaban destinadas al fracaso. Dos meses después, Cromwell presentó su plan con mayores detalles a los miembros del Consejo, y se emprendió el “Designio occidental”. La

discusión que se entabló en la ocasión es notable como prueba de lo mucho que Cromwell debía a los isabelinos. Entre los miembros de su consejo, sólo Lambert puso en tela de juicio lo prudente de su proceder. Con notable visión, Lambert declaró que un ataque en las Indias sería costoso, difícil e inútil para el protestantismo. La respuesta de Cromwell, aunque no muy ceñida al argumento, sí fue clara: "Dios nos ha traído aquí para considerar la labor que podemos hacer en el mundo así como en nuestra patria"[5]. Al parecer, sentía que todo el plan podría financiarse saqueando la América española, y que la guerra, como las de la época de Isabel, quedaría confinada a las Américas.[6] La experiencia demostraría que estaba errado en ambas suposiciones, pero el prejuicio y su propia poderosa voluntad le habían llevado más allá de lo que se iba a discutir. Aunque las objeciones de Lambert fueron sensatas y aun proféticas, parece que no causaron impresión. El 20 de diciembre de 1654, una flota se hizo a la vela con destino al Nuevo Mundo, al mando de los generales Penn y Venables.

Según cualquier canon razonable, la expedición fue un fiasco. Rechazados de la Española por un puñado de residentes del lugar, los ingleses se trasladaron a Jamaica, a la que pudieron tomar sin grandes dificultades. Por el momento, las perspectivas parecieron mejorar, pero los más negros augurios de Lambert se cumplieron cuando los dos generales se querellaron por cuestiones de precedencia, las tropas murieron de fiebre y de mala alimentación y los costos subieron de manera alarmante. En resumen, fue un fracaso muy poco cromwelliano, digno de las ideas confusas que lo habían causado.

Que la expedición a las Indias Occidentales se haya emprendido siquiera es algo que, al menos parcialmente, debe acreditarse a la fuerza del antihispanismo, no sólo del

propio Cromwell sino también de todos los que le rodeaban. A nosotros nos parecen absurdos los argumentos propuestos en el Consejo, mas con la honorable excepción de Lambert, ninguno de los allí presentes parece haberse opuesto. Y como los aduladores escaseaban en el Nuevo Ejército Modelo, hemos de suponer que la mayoría de los asociados de Cromwell compartía sus sentimientos. Donde mejor pueden verse las razones de esta vehemencia es en los intentos hechos por el gobierno para justificar aquella empresa.

Estos intentos no fueron ni concisos ni reveladores. Como piezas oratorias o literarias añadieron muy poco de interés al crecimiento material de las polémicas antiespañolas y, en su mayor parte, se contentaron con reiterar las trilladas acusaciones de anteriores libelistas e historiadores. El discurso de Cromwell al Parlamento fue un buen ejemplo. Como en las dos reuniones del Consejo, el Protector casi no podía hablar, de rabia y de odio. El meollo de su discurso fue la esencia misma de la sencillez: "En verdad, nuestro verdadero enemigo es el español. Es él. Es un enemigo natural. Lo es hasta la médula, por razón de esa enemistad que hay en él contra todo lo que es de Dios"[7]. Sin tratar de ofrecer nuevos argumentos, Cromwell reiteró este tema, refiriéndose ocasionalmente a "las varias tentativas de asesinato hechas contra esa dama, esa gran reina", y "a la sangre de vuestro pueblo, injustamente derramada en las Indias Occidentales".[8] No representaba ninguna diferencia el que la mayor parte de esa sangre,[9] según una declaración posterior, hubiese sido vertida antes de 1608. Hemos de suponer que los pecados de los padres recaerían sobre los hijos.

La declaración mencionada significó, quizás, la exposición más sistemática de las ideas de Cromwell sobre

España. Intitulada *A Declaration of His Highnes By the Advice of His Council, Setting forth On Behalf of this Commonwealth, the Justice of their Cause Against Spain* [Una declaración de Su Alteza, por indicación de su Consejo, explicando en nombre de esta Comunidad la justicia de su causa contra España], no fue impresa hasta 1655, cuando la expedición se había hecho a la mar con lo que se suponía gran sigilo. Como el discurso de Cromwell, la declaración era vigorosa, si no estrictamente lógica. Su único verdadero argumento era que España había privado a Inglaterra de su derecho, dado por Dios, de comerciar en las Indias Occidentales.[10] En apoyo de esta tesis, el autor anónimo ofrece una lista de diez barcos capturados por los españoles entre 1605 y 1608, pero no incidentes de fecha más reciente, y los detalles de cada caso son notablemente parecidos. Los valerosos ingleses invariablemente caen víctimas de una baja treta española, a menudo concebida por un cura, y son torturados y muertos tras haber sido despojados de sus bienes. Apenas se menciona la destrucción de la colonia puritana de Providence Island en 1641, aunque fuese más grave. En todos los casos, las pruebas son dudosas y circunstanciales, pero si la memoria del lector era bastante buena, podían servir para justificar la conclusión de que los españoles han "invadido continuamente y de manera hostil nuestras colonias, acuchillando a nuestros compatriotas, tomando nuestras naves y nuestros bienes, destruido nuestras plantaciones, hecho prisioneros y esclavos a nuestros hombres, y han continuado haciéndolo así".[11] Si, por ventura, la memoria del lector no alcanzaba hasta los días en que esto podía decirse sin faltar a la verdad, siempre se le podían recordar otros asuntos más conocidos. Después de todo, "Dios lleva una cuenta de la Sangre Inocente de tantos millones de indios, tan bárbaramente destazados por

los españoles”,[12] y la Armada “por fuerza se halla cerca de los corazones de los hombres ingleses y no se irá pronto de su memoria”.[13] Con loable moderación, el autor no dice “nada acerca de la sangrienta Inquisición española (causa común de furia para todos los protestantes)”.[14]

Casi se siente lástima al pensar en el hombre en quien recayó la tarea de escribir esto. Debió de comprender cuán endebles serían sus argumentos en el caso —improbable— de que alguien se les opusiera, pues se ve obligado a recurrir, de nuevo, al más lastimoso argumento:

> […] siendo suficientes para justificar la reciente expedición, la sangre y los despojos de nuestros propios compatriotas, aparte de la consideración de interés actual y la seguridad futura de esta nación y de todos sus aliados, en especial de la religión protestante, con otras diversas razones y motivos que fueron argumentos en pro de tal empresa, la cual no nos toca (por el momento) declarar.[15]

Estas “razones y motivos” nunca fueron oficialmente anunciados, pero quizá se los consideró incluidos en una declaración final digna del propio Protector: “La gloria de Dios y el avance del Reino de Cristo serán, en última instancia, el fin principal de la expedición”[16].

La idea de una cruzada religiosa contra España no era nueva en 1655. Durante casi tres generaciones era, nada menos, lo que habían estado pidiendo los más apasionados protestantes ingleses. Su punto de vista fue presentado entonces, con un vigor sin paralelo, por John Milton y algunos otros escritores menores. Milton, secretario de latín del Protector, decidió ofrecer los mismos argumentos de la

Declaration en un manifiesto en latín, publicado, como su análogo en inglés, en 1655.[17] Luego apareció el curioso folleto intitulado *A Dialogue, Containing a Compendious Discourse concerning the Present Designe in the West Indies* [Diálogo que contiene un discurso compendioso concerniente al actual Designio en las Indias Occidentales]. Presentado en forma de discusión entre un soldado y un marino puritano, trata de justificar el procedimiento por los más elevados motivos morales. El soldado no es proespañol, pero, siendo un hombre honrado, le preocupa la justicia de semejante ataque, al parecer no provocado, y confía sus dudas al marinero. La respuesta es larga, y nos recuerda la del propio Cromwell a Lamben. Parece que la guerra empezó porque el Señor sacó a Inglaterra de las tinieblas a la luz, y la Escritura ordena que esta labor vaya efectuándose de nación en nación.[18] El soldado reconoce que esto es verdad, y conviene en que las "tinieblas" son sinónimo del Papa, cuya caída debe lograrse lo antes posible. Una vez de acuerda ambos en esto, el marino concluye así:

> Señor, si el Papa debe caer, entonces primero hay que quitar los pilares o principales apoyos en que se asienta su poder; y siendo así, entonces primero hay que apuntar a España, que es su Brazo Derecho, pues él y sólo él [el español] mantiene esa sangrienta Inquisición, ese golfo carmesí en que millares de pobres almas son secretamente devoradas (en todas las ocasiones) y enviadas a sus Lechos de Tinieblas.[19]

En la Europa continental, sólo siete años antes había llegado a su fin la Guerra de los Treinta Años. Los hombres aún creían, como dijo otro escritor, que toda guerra es justa

si se opone a “idólatras, herejes y miembros de la falsa Iglesia”, pero aun si se inclinaban a ser tolerantes, nunca debía permitírseles olvidar que “la conquista es libre para todos los pueblos, ninguna Ley de Naciones puede prohibir el poder de la Espada”.[20]

El pensamiento que tales publicaciones expresaban era típico de Cromwell, y puede considerarse como un resumen bastante preciso de sus argumentos para atacar las posesiones de España. Esos escritos y sus propias declaraciones al Consejo indican algo que no habría sido difícil suponer: que Cromwell conocía bien la literatura antiespañola, y que su mentalidad era afín a las de Foxe y de Hakluyt. No hay otra manera de explicar satisfactoriamente sus acciones. Poco había que ganar con un ataque a las Indias Occidentales, y mucho que perder, como había de probarlo el poco éxito de la expedición. Cualquiera con la indudable capacidad de Cromwell se habría percatado de esto, de no estar cegado por odios irracionales y por un acervo de información engañosa. Lo malo de los estereotipos nacionales desfavorables es que mueven a la gente a menospreciar a sus enemigos. Expuesto durante toda su vida a conceptos acerca de España como los que hemos presentado en este estudio, por una vez en su vida Cromwell descuidó los preparativos adecuados para una campaña. Las peores tropas de sus regimientos fueron enviadas a la muerte casi sin dedicar un pensamiento a las dificultades peculiares de la guerra en el trópico. Gran parte de esta culpa debe atribuirse a su desprecio a España, pero más aún debe achacarse a las esperanzas que despertó en Cromwell uno de sus autores predilectos: Thomas Gage.

Como hemos visto, Gage fue el autor de un libro cuya tesis era que arrancar a España sus colonias sería un juego de niños para los virtuosos ingleses. Existen todas las

razones del mundo para suponer que Cromwell había leído este libro, y sabemos que en 1654 Gage en persona presentó un recordatorio al Protector, en que resumía y reafirmaba sus argumentos.[21] Aunque tendenciosos e imprecisos, los informes de Gage acerca de las Indias Occidentales fueron aceptados sin parpadear en Whitehall.[22] De esta manera, el antihispanismo literario volvió a introducirse en los salones de los poderosos.

Si el "Designio occidental" fue típico del efecto devastador que la Leyenda Negra era capaz de producir, también fue característico de aquellas situaciones en que el antihispanismo, habiendo ayudado a causar un incidente, pudo renovarse a si mismo nutriéndose de sus resultados. Es obvio que el intento del gobierno de justificar su política fomentó una renovación de interés hostil en el enemigo, pero la reanudación de una guerra en toda forma después de tantos años de relativa calma produjo un nuevo alud de literatura sobre España y sus colonias. Tan sólo una pequeña parte de esta literatura estaba dedicada a los hechos del momento. Como cuando la expedición de 1625 a Cádiz, el patriotismo tuvo que guardar silencio a falta de victorias. Algunos folletos, como *A Brief and Perfect Journal of the late Proceedings and Successe of the English Army in the West Indies* [Breve y perfecto diario de los últimos procedimientos y triunfos del ejército inglés en las Indias Occidentales], contenían pocas noticias y muchas exhortaciones a mayores esfuerzos. Otro, que celebraba la victoria de Montagu y Blake sobre la flota española en 1657, declaraba:

> Y nuestro Protector es desdeñoso
> de la dorada majestad hispana,
> pues sabe que el imperio morirá,

producto de riquezas amasadas.
Nuestras naciones, de virtuosos pueblos,
vencerán a los ricos pendencieros.[23]

Pero, por lo demás, todo era silencio. La disentería y las fiebres tropicales no son noticia, ni lo son ciertas campañas inconexas contra bandas de negros cimarrones, pero debe reconocerse que hubo otra razón para este silencio involuntario. Había surgido un nuevo fenómeno para ir a abrumar al lector inglés: el antecesor del periódico moderno.

Durante los complejos disturbios de la Guerra Civil, cayó un diluvio de minúsculos periódicos, dispuestos a resolver las confusiones del periodo de acuerdo con los prejuicios de sus directores. El más importante fue el *Publick Intelligencer* [Informador público]. Aunque estuvo lejos de ser un elemento importante de la Leyenda Negra, este periódico, relativamente respetable, siempre estuvo ansioso por hablar de derrotas de cincuenta españoles a manos de cinco marinos náufragos,[24] o de la victoria del capitán Salmón con su navio mercante, el Prudent Mary, contra dos barcos de guerra.[25] Huelga decir que tales desahogos iban atestados de ilustrativos discursos acerca de la cobardía de todos los españoles. Un análogo del *Intelligencer*, el *Mercurius Politicus*, aunque no tan activo en la búsqueda de noticias militares, se apresuró a imprimir “una copia de los titulares de un delirante edicto o proclamación del rey de España”, con los comentarios de rigor acerca del orgullo y la insolencia españoles.[26] Estos esfuerzos, por insuficientes que fueran, son dignos de atención como ejemplo de las noticias que llegaban al público inglés en 1655 y 1656.

A falta de buenas noticias, otra vez fue necesario seguir el ejemplo de los propios padres, y compilar catálogos de

villanías españolas, cometidas, en su mayor parte, fuera de donde alcanzaba la memoria de los vivos. Esta labor fue emprendida alegremente por un tal J. H., autor de *The King of Spains Cabinet Council Divulged; or a Discovery of the Prevarications of the Spaniards* [El consejo del gabinete del rey de España divulgado, o una revelación de las prevaricaciones de los españoles]. El resultado de sus esfuerzos fue un voluminoso tomo de nada menos que treinta capítulos, en que casi todo delito cometido por los españoles en los últimos 150 años queda catalogado según el tipo correspondiente de "prevaricación". Como resumen de la visión puritana de la historia es insuperable, aunque su título sea absurdo y su organización excéntrica. Las propias "prevaricaciones" son una palabra errónea. En su mayor parte se refieren a conjuras de una u otra índole, pero también incluyen asuntos tan relativamente claros como la Armada y el tratado de paz de 1604.[27] Su único rasgo unificador era que todas habían sido incubadas para realizar el sueño español de una monarquía universal y causar la caída del protestantismo.

Como esta obra era, declaradamente, una compilación de fuentes más antiguas, pocos de sus relatos añadieron algo a la leyenda de la perfidia española. Una excepción era el capítulo "Las prevaricaciones y los excesos de los españoles contra el reino o principado de Cataluña". Por sí misma, la revuelta catalana fue de poco interés para la mayoría de los ingleses. En 1642 había sido sumariamente mencionada en un escrito publicado dos años después del hecho,[28] pero no se imprimieron detalles hasta que el consejo del gabinete del rey de España fue "divulgado" en 1658. Cuando la información por fin llegó a Inglaterra, fue tan inflada con hipérboles y tan atestada con hechos imaginarios que no tuvo ningún valor para quien no fuese propagandista. Hasta

algunas ciudades mencionadas como teatro de alguna espantosa atrocidad resultaron, al buscarlas, inexistentes; pero este "retoque" a la realidad no es más fantástico que las ideas del autor acerca de la causa de los disturbios. En su opinión, los catalanes se rebelaron porque hacia más de veinte años que padecían toda clase de vejaciones, torturas y opresión a manos de los españoles.[29] Aun los más pobres habían sido obligados a albergar hasta doce soldados a la vez en sus propias casas, y durante toda su permanencia estos soldados no habían hecho más que cometer "adulterios, violaciones, asesinatos, saqueos, allanamientos e incendios".[30] Cuando los ciudadanos de Perpiñán se quejaron, su ciudad fue destruida con bombas incendiarias, sus iglesias fueron saqueadas, y se les confiscaron todas sus armas.[31] O sea, en los términos más claros posibles:

> En Cataluña no se ve ni se oye otra cosa que mujeres lamentando los asesinatos de sus maridos, y maridos el forzamiento de sus mujeres y la deshonra del lecho conyugal; ancianos que se quejan de la violación de sus hijas, e hijas que lamentan la pérdida de su castidad; huérfanos que lloran la muerte violenta de sus padres, y tanto la gente del campo como la de la ciudad invoca la ayuda del Cielo en estas calamidades.[32]

Semejante pasaje trae a la memoria recuerdos de la revuelta flamenca, y este autor se disculpa por incluir otro ejemplo de turbio sensacionalismo. Si medio siglo no había mejorado la calidad literaria de los escritos antiespañoles, también hay que reconocer que su veracidad era igualmente inmune al progreso. En este caso particular, difícil sería encontrar una palabra de verdad en todo el relato. Para

empezar, la inquietud en Cataluña fue causada por un conflicto entre unos ministros centralizadores de Madrid y los propios catalanes, que celosamente trataban de mantener intacta su antigua Constitución. Ningunas tropas entraron en el principado hasta que no fue invadido por los franceses en 1639, y ni entonces se hizo intento alguno por obligar a la gente a alojarlas, hasta que no fue obvio que los catalanes no estaban dispuestos a mover un dedo en su propia defensa.[33] Debe recordarse que el acuartelamiento no consistía en albergar soldados en casas privadas, sino en una especie de tributo para su mantenimiento, lo que hacía esta carga más financiera que personal. Sin embargo, dicha carga realmente lo era, y no puede negarse que ocurrieron incidentes entre los soldados y sus involuntarios huéspedes. Las tropas españolas estaban, como de costumbre, mal pagadas y mal alimentadas, y su situación se agravó por los insultos de los nacionalistas catalanes, quienes hicieron todo lo que estuvo en su poder por empeorar una situación ya intolerable. No hubiera sido sorprendente que ocurrieran las atrocidades en masa que menciona "J. H.", pero en realidad son pocos los ejemplos que constan y, cuando ocurrieron, rara vez hubo españoles mezclados en ellos. Como en los Países Bajos, gran parte de la culpa de la conducta desordenada debe recaer en los abundantes mercenarios flamencos y napolitanos que no tenían ni la disciplina ni los incentivos de los castellanos.[34]

Como el mal trato dado de los civiles, también ocurrió el bombardeo de Perpiñán, pero, asimismo, en circunstancias totalmente distintas de las que describe nuestro autor. En atemorizada respuesta a una serie de motines, el concejo de la ciudad se negó a admitir a un grupo de soldados españoles, capitaneados por Geri de la Rena, y para resistirles pidió ayuda de fuera. Hambrientos y

desesperados, los españoles abrieron fuego y destruyeron una parte considerable de la población antes de que los padres de la ciudad capitularan.[35] Como puede suponerse, sus ulteriores relaciones con los habitantes fueron tensas.

Los hechos aquí descritos tuvieron, como ya hemos dicho, poca influencia sobre Inglaterra. Aunque importante para el destino de España y de Francia, la revuelta catalana no produjo gran antihispanismo fuera de los límites de la propia Cataluña. La única justificación para analizar esos hechos tan extensamente consiste en demostrar la mendacidad de su cronista y demostrar que los métodos con los cuales se había creado originalmente la Leyenda Negra podían volver a servir, en caso necesario. Por la lejanía de este desagradable asunto, nunca se le comparará entre los ingleses con las cuitas de sus vecinos y correligionarios, los flamencos, pero el método utilizado en ambos casos fue el mismo, así como eran idénticas las conclusiones que los lectores de la época debían sacar.

En cuanto el autor, su tratamiento del episodio muestra que era hombre capaz de sostener el vuelo de su fantasía, sin limitarse a bordar sobre las fábulas de otros. Así es más fácil comprender su convicción de que los españoles fueron responsables de todos los carteles expedidos contra la herejía por Carlos V,[36] y que la Inquisición española había dado muerte nada menos que a ciento cincuenta mil protestantes en un lapso de treinta años.[37] Tan grande era su falta de probidad que al referirse a Hessels, el inquisidor flamenco, lo llama "Diego Hesselio", con la esperanza de que el lector desprevenido lo tome por español.[38] Una vez más, la historia se prosternó ante el becerro de oro de la política.

El consejo del gabinete del rey de España divulgado es propaganda en su nivel más innoble. La importancia que

alcanzó en su época refleja la ansiedad del gobierno de Cromwell por justificar su ataque no provocado a territorios españoles y su dificultad para encontrar voceros talentosos de sus opiniones. Tenía en John Milton a un escritor de primera magnitud, pero Milton sólo era un hombre muy atareado, y no podía esperarse que representara los argumentos de Cromwell en todos los niveles, y acaso fue mejor reservarlo para el nivel más alto de todos: las explicaciones en el lenguaje internacional de la cultura y la diplomacia. Cuando llegó el momento de llevar el asunto al pueblo inglés, se descubrió que los recursos literarios del Protectorado carecían de profundidad. Los afortunados isabelinos nunca habían conocido esta dificultad, pero en su odio a la frivolidad, los puritanos habían combatido todas las formas literarias, salvo las más didácticas y edificantes. El teatro, en particular, había padecido por su enojo y muchos de los escritores del país se encontraron un día dando consuelo a los monarquistas exiliados. Entre los poetas en desgracia se contaba *sir* William D'Avenant.

Hijo de un vinatero de Oxford, D'Avenant apoyó al rey, fue ennoblecido en el asedio de Gloucester en 1643, y finalmente se retiró a París, donde se convirtió al catolicismo. En una misión a Virginia su navío fue capturado por los parlamentarios, y por un verdadero milagro no acabó en el patíbulo. Alguien ha dicho que Milton intercedió por él;[39] fuese cual fuese la causa de su salvación, pronto estuvo trabajando en dos obras teatrales, intituladas *The Cruelty of the Spaniards in Peru* [La crueldad de los españoles en el Perú] y *The History of Sir Francis Drake* [La historia de *sir* Francis Drake]. Este hecho es extraordinario en sí mismo, pues aunque Cromwell y sus asociados no eran tan hoscos como a veces se les pinta, ciertamente no eran aficionados al teatro, y tener que recurrir a un dramaturgo debió irritarles

en extremo. Por supuesto, la historia de *sir* Francis Drake fue representada durante el gobierno del hijo de Oliver, pero su predecesora bien pudo ser aprobada por el viejo Protector.[40]

El contenido de estas obras es tan trivial como podía suponerse. Como la mayoría de tales “entretenimientos”, fueron pensados como pretextos para música, danza y espectáculo, en forma un tanto similar a nuestras “comedias musicales”. De tales obras no debe esperarse ningún mensaje serio, pero ésta sí se proponía, al menos, servir a un propósito serio. La crueldad de los españoles en el Perú comienza con un discurso profético, a cargo del sumo sacerdote de los indios. A este digno señor le preocupa que el amor prohibido del Inca por alguien que no es su propia hermana traiga la destrucción en forma de “hombres crueles, adoradores del oro”, que ya están preparándose a caer sobre el país.[41] No bien han concluido su tirada cuando aparecen los propios españoles y entablan batalla contra los indios, después de la cual celebran su victoria bailando una zarabanda. Luego:

> Se toca una doliente pavana para preparar el cambio de escenario, que ahora representa una sombría prisión a gran distancia; más distantes se hallan potros y otros aparatos de tortura, con que los españoles están atormentando a los aborígenes y a unos marinos ingleses, que, puede suponerse, acababan de desembarcar para descubrir la costa. Dos españoles pueden verse también [...] uno de ellos dando vueltas a un asador, mientras que el otro está enlardeando a un príncipe indio, asado a fuego artificial.[42]

El sumo sacerdote entra, deplora en verso la situación y “terminado su discurso, agita su báculo, y su ayudante danza una *porpoise*”. En el clímax de esta deprimente escena, los indios, con cadenas de plata, son llevados a los bosques por “un español con un garrote, que los insulta”. Después de un breve intervalo reaparecen, cargados con barras de metales preciosos, y son obligados por el español “a bailar una danza grotesca”.[43]

Sin embargo, la salvación está cerca. Un grupo de ingleses vestidos de rojo, y de auxiliares peruanos con sus plumas aparecen persiguiendo a los españoles, que huyen en completo desorden. Una vez más entra el sumo sacerdote, elogia a los ingleses, “agita su báculo y su ayudante ejecuta un *Double Somerset*”. En sus indicaciones para la escena, el autor reconoce que nunca ocurrió nada semejante, “pero en representaciones poéticas de esta naturaleza, puede pasar por una visión percibida por el Sacerdote del Sol antes de que existiera la materia”.[44] Todo el programa termina con un triunfo conjunto de ingleses e indios sobre un “implorante y abrumado” español a quien “saludan con los pies”.[45]

La crueldad de los españoles en el Perú acaso no fuera gran arte, pero su propósito era tan manifiesto como su deuda a Las Casas. Su sucesora, *La historia de sir Francis Drake*, fue aún más difusa y desorganizada, con escenarios más modestos y sin nada del humorismo inconsciente que hace casi insoportable *La crueldad de los españoles en el Perú.* Basada en las proezas de Drake en Panamá, está básicamente centrada en la toma de Nombre de Dios y las dificultades de los cimarrones, negros prófugos que ayudaban a los ingleses. Por muchas que sean las insuficiencias de la obra, su propósito es claro, aunque está presentado en forma de una parábola apenas velada. Cuando Drake reconviene a sus

aliados por irrumpir en una boda criolla y secuestrar a la novia, su jefe los defiende en los términos siguientes:

> Y, noble jefe, son muchas crueldades
> las que España invasora ya nos trae.
> (En medio de las bodas jubilosas
> a los huéspedes matan, y a la novia).
> Que no queden resquicios de clemencia:
> ¡Vengadnos! ¡Que las leyes prevalezcan![46]

Este último verso expresa, por sí solo, gran parte del espíritu con que Cromwell emprendió su acción en las Indias Occidentales. Las frecuentes referencias a atrocidades pasadas indican que la venganza, aunada a cierto resurgimiento del espíritu de cruzada, desempeñó un papel considerable al lanzar a Penn y a Venables a su malhadada aventura. Si el despliegue de propaganda que los acompañó a veces dio la impresión de cierta tibieza, quizá ello fue porque la sed de venganza ya se había adueñado del alma inglesa, y sólo había que despertarla. Es posible que Cromwell no intentara una repetición de la política exterior isabelina, pero sí provocó un renacer del sentimiento isabelino.

A manera de ejemplo citaremos las obras que trataron de reanimar el espíritu isabelino de empresa, al modo de Hakluyt. En efecto, discutiendo con su Consejo, Cromwell había parafraseado la célebre observación de Bernal Díaz del Castillo cuando afirmó que había ido a las Indias para servir a Dios, y también para hacerse rico. Puede dudarse de que el afán de lucro fuese la consideración básica al planear el “Designio occidental”, pero ciertamente tuvo su lugar. Los hombres se morían por meter mano a las menguantes

riquezas de México y del Perú, y el ansia de colonizar aún no se apagaba. Entre quienes trataron de fomentar tales pasiones estuvo el emprendedor *sir* Ferdinando Gorges. Poseedor de vastas concesiones de tierras en la América del Norte, Gorges tenía muchos incentivos para alentar la expansión por ultramar, y tomó la pluma para exponer sus argumentos. Su *America Painted to the Life* [América pintada al natural] es una buena muestra de una forma importante de persuasión: la incitación a la ira. Su argumento ya nos es familiar. Según Gorges, los españoles, para empezar, no tenían nada que hacer en las Indias y perdieron los pocos derechos que pudieron haber tenido por su impía crueldad y por no haber sabido desarrollar eficazmente las zonas más remotas de su imperio. Estas razones van sustentadas por un concepto igualmente conocido de la historia de América:

> Si los comandantes que llegaron después hubiesen sido hombres de tanta prudencia y moderación como los primeros descubridores, el Rey de España ciertamente habría ganado mucha mejor reputación en la conquista de aquellos pueblos [...] pero tan ávidos de riquezas y adictos a la rapiña eran los propios gobernadores de las provincias, tan poco pusieron en ejecución aquellas Cédulas Reales que fueron concedidas a los indios por el Rey y por el Consejo de Indias, hasta tal punto cedieron a la bárbara licencia de los soldados, que todo el que lea el histórico, admirable y verdadero relato de sus crueles matanzas y exterminios de más de veinte millones de inocentes, en un tratado que lleva el título de *Las lágrimas de los indios*, que vende el mismo impresor de este volumen; digo que

> cualquiera que lea este sangriento tratado detestará para siempre el nombre mismo de español.[47]

Ese "sangriento tratado" era, desde luego, la *Brevísima relación*, reeditada, para beneficio de una nueva generación que, por alguna razón, no hubiese conocido la edición original.

El elevado tono moral de los argumentos de Gorges fue, quizá, un imperativo, como lo había sido en la época en que Hakluyt estaba compilando su magnífica obra sobre el mismo tema. Da crédito a la humanidad el que nuestros escandalosos asaltos vayan acompañados de profundos sondeos del cerebro y del corazón. Pero antes de que el potencial asaltante pueda examinar sus motivos, necesita algún conocimiento previo de su futuro botín. Y esto lo aportó, en los días de Cromwell, un caballero conocido tan sólo como "N. N.". Su obra *America: or An exact Description of the West-Indies* [América: una descripción exacta de las Indias Occidentales] es un equivalente tardío de aquellas listas de artículos de consumo y riqueza naturales que habían hecho virtualmente ilegibles ciertas secciones de Hakluyt. Dedicado al mercader londinense John Robinson, es el tipo de libro capaz de atraer a un astuto negociante, deseoso de aprovechar al máximo el nuevo cambio de la política exterior. Como resultado, las aportaciones al antihispanismo se hacen estrictamente de paso. Se nos dice, por ejemplo, que en Potosí los indios trabajan noche y día sin descanso, y que muchos de ellos han sido horriblemente mutilados por accidentes subterráneos.[48] Se culpa a los españoles por introducir enfermedades venéreas,[49] y se narra con cierta extensión la matanza de la colonia francesa en la Florida.[50] No obstante, debe decirse en justicia que

tales desahogos de sentimiento son escasos. *América: una descripción exacta de las Indias Occidentales* es evaluación fría y calculada de una propiedad ajena. La Leyenda Negra había completado su ciclo.

X. CONCLUSIÓN

En el año de 1660 apareció en Londres un folleto titulado *The Character of Spain: Or, An Epitome of their Virtues and Vices* [El carácter de España, o un epítome de sus virtudes y vicios]. Es una obra anodina, ni mejor ni peor que sus muchas predecesoras, pero su propósito declarado y el momento de su publicación constituyen un remate apropiado para este estudio. El año de 1660 fue, recordemos, el de la Restauración. Oliver Cromwell había muerto, y su hijo Richard se había retirado a una apacible oscuridad, después de un periodo breve y decepcionante como Lord Protector. El nuevo rey, Carlos II, era demasiado astuto y quizá demasiado simpatizante del catolicismo para poder pensar siquiera en continuar aplicando la política de Cromwell. Al menos por el momento, la aventura isabelina se encontraba de nuevo en eclipse.

Este es un punto que se debe recordar, pues *El carácter de España*, como el concepto que tenía Wordsworth de la poesía, intentaba representar emociones recordadas con toda calma. Virtualmente desligado de los cambiantes requerimientos de la política internacional, y escrito en un momento en que la mayoría de los ingleses estaban ocupados en asuntos mucho más urgentes, este retrato de una nación puede tomarse como ejemplo adecuado de lo que Inglaterra pensaba de su venerable enemiga después de un siglo de hostilidades intermitentes.

En comparación con la mayoría de las obras que lo precedieron, este escrito no reconocía deberle mucho a la historia. Era uno de tres "Epítomes" que intentaban delinear las características nacionales de franceses, italianos y españoles, sin chapotear en las aguas pantanosas de la comprobación. Escasean las anécdotas, y no obstante que ninguno de los tres retratos resulta halagüeño, los españoles son los que parecen de manera particular sujetos de censura.

El autor comienza con una descripción del país mismo. Según él, "es el yermo de la naturaleza, una cueva de lobos, el asiento mismo del hambre y la miseria". Nadie "ha sido movido por su fantasía a emprender allí una segunda visita".[1] Los habitantes de este infierno terrenal son, poco más o menos, lo que de ellos podía esperarse. Son tan tacaños que aprendieron geometría para medir la circunferencia de su pan,[2] y tan ambiciosos que "son las mismísimas arpías de la tierra".[3] "Orgullo, altanería y ambición, acompañados por un concepto imaginario de su propia y peculiar grandeza, son los ingredientes que por lo general entran en la composición de un español."[4] Tan grande es su manía de ostentación que ninguno de ellos se dedicará a un oficio, y hasta los más viles mendigos presumen de su noble cuna, y tejen ingeniosos relatos para explicar su mísera situación actual. ¡Y lo peor de todo es que algunos de ellos parecen creerse tan elevados como el rey![5] En un inglés consciente de las clases sociales, recién llegado de las heladas brumas y la exuberante vegetación de su isla, tales impresiones no son de sorprender, pero sus ideas de la crueldad y traición españolas no se debían a su experiencia personal, sino a Las Casas. Olvidando su habitual aversión a las referencias librescas de cualquier género, el autor informa a sus lectores que "en cuanto a su crueldad, es tan inhumana que una relación de ella haría vacilar la fe de un cristiano, de no ser

por el consenso general de los historiógrafos acerca de sus horrores”.[6] Si el endeble testimonio presentado en apoyo de este aserto puede servir de indicación, “los historiógrafos” se refieren exclusivamente al digno obispo de Chiapas; mas para 1660 la calidad de las citas era aún menos importante de lo que había sido en 1588. El autor estaba diciendo a sus lectores lo que éstos ya sabían, y los millones de indios muertos no requerían más documentación que la tiranía de Alba o los instrumentos de tortura que iban en los navíos de la Armada. En suma, podía concluir sin miedo a contradecirse, que “es imposible que tanta villanía como ha cometido esta nación quede por siempre impune”[7].

Para entonces, ya estas frases tenían un sonido familiar. La literatura del antihispanismo es, ante todo, redundante, y las viejas generalizaciones contenidas en *El carácter de España* son tan típicas como extensas; un cuadro coherente, si bien desfavorable y sumamente desequilibrado de España había surgido de la lluvia de invectivas, y hay buenas razones para creer que fue aceptado por una gran parte de la sociedad inglesa de la época. Tal como aparecen en este folleto de 1660, los componentes del cuadro son avaricia e inmoralidad, crueldad, traición y un orgullo abrumador. La única omisión grave consiste en que, a diferencia de muchos de sus predecesores, nuestro autor se negó a atribuir al enemigo cobardía en combate, y al hacerlo fue sabio, pues de todos los cargos hechos a los españoles, éste era el más insostenible. Hubiesen hecho lo que hubiesen hecho, los soldados españoles rara vez huyeron de una batalla.

Una omisión bastante más extraña, desde el punto de vista moderno, es la completa indiferencia mostrada, no sólo en este folleto sino en toda la literatura del periodo, hacia las realizaciones intelectuales de España, o la ausencia de ellas. Como se recordará, lo primero que indignó a Juderías y a los

hispanistas fue la leyenda del atraso y la ignorancia de España, pero aquí, en los siglos XVI y XVII, sólo Thomas Gage trató de tocar el punto, y sólo en relación con la América española. ¿Cómo justificar este extraño lapso? Puede darse por seguro que, si se les hubiese ocurrido, los propagandistas ingleses se habrían valido de esta arma, como de cualquiera otra, pero por alguna razón no lo hicieron. Ese dudoso placer quedó reservado a los grandes escritores franceses del siglo XVIII, cuyo odio al pensamiento católico no era mayor, ciertamente, que el que sintió John Foxe. Resulta tentador decir que el reciente florecimiento de este mito en particular fue un fiel reflejo de la pérdida de la eminencia intelectual de España, pero el hecho es que tal eminencia casi en ningún momento habría sido reconocida por protestantes y librepensadores, y las palmarias exageraciones acerca del aislamiento de España, que fueron aceptadas sin vacilar por los *philosophes*, indican que debemos buscar nuestra respuesta en otra parte. Acaso la explicación más razonable sea que ocurrió un cambio en los propios escritores antiespañoles. En el siglo XVI, los hombres que escribieron contra España no fueron, en su mayoría, ni eruditos ni intelectuales. A ellos les hubieran parecido completamente inútiles semejantes normas de comparación. El antihispanismo inglés se fundó originalmente en razones morales, no intelectuales, y en su primera fase estuvo arraigado en un concepto de cierta esencial perversidad española. Sólo los partidarios de un intelectualismo consciente podían declarar que África comienza en los Pirineos.

Rastrear la evolución de esta temprana forma de antihispanismo ha sido el propósito fundamental de este estudio. Por lo que hemos visto, es claro que brotó de causas históricas en el sentido más general del término, y que se

desarrolló en buena armonía con los posteriores hechos históricos. Como la mayor parte de las ideas muy difundidas, logró echar raíces porque el terreno había sido preparado por acontecimientos de naturaleza más general. El primero y más importante de éstos fue la Reforma. Muchos, si no todos, de los escritores que colaboraron con la Leyenda Negra fueron protestantes convencidos, aun fanáticos. Su odio a España se basó en asuntos tan esencialmente religiosos como el trato dado a los protestantes por la Inquisición, y las persecuciones en los Países Bajos. Hasta el contenido formal de la literatura antiespañola, sus imágenes y su plétora de citas bíblicas, reflejan la influencia enorme del sentimiento protestante. En otro nivel, parece muy probable que los actos más ofensivos de España fueron inspirados por motivos de naturaleza parcialmente religiosa, y de no haber sido por los intentos conscientes por destruir la labor de la Reforma, poca causa de indignación moral habría habido. De no ser por tal antagonismo religioso, la actitud de Inglaterra y de toda Europa hacia España habría sido totalmente distinta.

La perniciosa influencia de la conciencia nacional no es fácil de evaluar. Los ingleses estaban conscientes de su identidad nacional —qué duda cabe—, y escritores como Raleigh, Thomas Scott y *sir* Richard Hawkins se complacían en comparar las virtudes de Inglaterra con los vicios de su pérfida enemiga. La frecuente insistencia en el supuesto origen judío o moro de los españoles indica que hasta debió intervenir un elemento de antagonismo racial, pero ¿qué importancia pudo tener semejante cosa?

Pocos ingleses de los siglos XVI y XVII habían visto en su vida a un español, hecho que ciertamente obstaculizó la formación de odios profundos, tanto como dificultó la comprensión mutua. Contra lo que dice la mitología

moderna, un contacto prolongado entre distintos grupos étnicos no siempre produce amor y respeto; pero al menos, en este caso, no pudieron desarrollarse odios realmente africanos. Aunque los ingleses de la época Tudor y comienzos de la Estuardo tenían clara conciencia de su singular nacionalidad, y no menos del extranjerismo de los demás, ese sentimiento aún no llegaba a ser un verdadero nacionalismo o racismo, tal como los entendemos hoy. En general, su actitud era mucho más ingenua, y al mismo tiempo más práctica.

Debe recordarse que cuando Isabel I ascendió al trono, la idea misma de nacionalidad era relativamente nueva. Guerra y política habían girado, desde tiempos inmemoriales, en torno de cuestiones dinásticas o, si acaso, religiosas. La Guerra de los Cien Años y otras aventuras semejantes habían permitido a los ingleses descubrir que eran distintos de otros hombres, pero aún no sabían bien cómo ni por qué ocurría esto. La curiosidad natural los movió a investigar el asunto en una extensa serie de libros y folletos, algunos de los cuales, como *El carácter de España*, se dedicaron nada menos que a la creación de un sencillo estereotipo nacional. Ya hemos notado que semejante proceso es perfectamente natural cuando la gente se encuentra ante un fenómeno muy complejo, y no menos claro debiera ser que España tuvo el infortunio de ofender a muchas naciones en una época en que tales estereotipos estaban desarrollándose por toda Europa.

A mayor abundamiento, la razón de que las actividades de España fueron tan universalmente ofensivas por entonces está relacionada, a su vez, con la cuestión de la conciencia nacional. La creación de estereotipos nacionales implica una norma de comparación con el propio país, y en la práctica tales comparaciones habitualmente produjeron envidia. Para

una nación consciente de su propia dignidad, contemplar la exaltación de un rival supuestamente inferior es humillante, y el poderío español fue continuamente exaltado en el siglo XVI. Comprender que en las luchas internacionales intervenían intereses nacionales, antes que puramente dinásticos, bien pudo despertar el interés popular en asuntos que hasta entonces sólo se habían discutido entre minúsculas minorías. Es muy posible que muchos europeos, e ingleses en particular, desearan participar en los asuntos de Estado más que nunca antes. Así el desarrollo de una conciencia nacional no sólo contribuyó al crecimiento del antihispanismo, sino que aseguró su permanencia en una forma extraordinariamente maligna.

Los antagonismos religiosos y la conciencia nacional, por muy importantes que fueran como condiciones en que pudo madurar el sentimiento antiespañol, no pueden ser considerados, desde luego, como las causas inmediatas de este prejuicio en Inglaterra. El antihispanismo brotó directamente de los conflictos anglo-españoles que culminaron en la Armada, y ésos no requieren aquí mayor comentario. Lo que no hemos analizado es la espinosa cuestión de si dichas quejas podían justificar, o no, tanto encono. Aunque no deben intervenir juicios personales, es difícil ver cómo cualquiera de estos acontecimientos, si se hubiese informado de ellos adecuadamente, habría podido hacerlo. No pocas acciones de España fueron terribles, pero no hay ninguna razón para suponer que fueran peores que las de cualquiera otra nación. Además, no parece haberse desarrollado la correspondiente anglofobia en España, donde los informes eran mucho más moderados, aunque nadie puede dudar de que los españoles tenían tantas razones para estar descontentos de los ingleses como los ingleses lo estaban de ellos. Sólo podemos concluir que gran parte de la

culpa de España se halló en los propios prejuicios de sus autodeclarados jueces, y que la información tendenciosa ejerció un efecto enorme sobre el contenido de la Leyenda Negra inglesa.

Habiendo dicho esto, aún nos enfrentamos al problema de por qué los ingleses fomentaron tan grotescas exageraciones, mientras que los españoles, por regla general, no lo hicieron. No puede darse a tal problema una solución del todo concluyente, pero quizá tenga que ver con las diferentes condiciones internas de los dos países. España, por una vez en su larga y agitada historia, estaba relativamente libre de pugnas religiosas o ideológicas, mientras que su rival tenía una considerable minoría católica, una entusiasta comunidad de puritanos más o menos violentos, y una gran masa de ciudadanos cuyas creencias iban desde un firme anglicanismo hasta una completa indiferencia. Fácil sería exagerar el fervor religioso del español, pero rara vez sintió alguna duda acerca de la naturaleza de la verdadera fe, o de quiénes eran sus enemigos. Muy probablemente, le interesaron poco los antecedentes raciales o el carácter moral de los ingleses. Eran herejes, y era claro deber de todo cristiano oponerse a la herejía, doquier la encontrara. Para él, era tan innecesario odiar a los ingleses por ser ingleses como odiar a los moros por ser oscura su piel. Sus prejuicios se basaban en la religión, y no necesitaban la fortificación de la prensa popular.

En cambio, el inglés interesado en el asunto podía encontrarse formando parte de un pequeño grupo dedicado a propugnar la adopción de alguna política particular, religiosa o no. Sólo en épocas de grandes crisis nacionales podía contar con el apoyo de algo parecido a la mayoría de sus conciudadanos, y por tanto estaba obligado a pasar

discutiendo la mayor parte de su tiempo. Si, como la mayoría de nuestros escritores, era de inclinaciones protestantes o puritanas, podía sentir que la mayoría de los ingleses necesitaban una exhortación. El tibio apoyo de la mayoría a las causas protestantes era censurable, y nuestros hombres no descansarían hasta que todos —católicos, anglicanos y paganos por igual— hubiesen sido movidos a un edificante odio a la "Babilonia romana y al Periandro español". Si esto no se lograba por medio del discurso divino, entonces quizá podría engañarse al réprobo, tocándole sus prejuicios insulares, para que sirviese a Dios. No podía contarse con que todos los ingleses se opusieran a España porque esta nación estaba habitada por católicos o porque su oposición podía rendir buenas ganancias a los mercaderes. Se consideró necesaria la propaganda escrita y, una vez consignada en el papel, allí quedó como referencia mucho después de que los españoles habían olvidado su propia indignación, sólo oralmente expresada.

No estamos diciendo que nuestros escritores pusieran invariablemente medios dudosos al servicio de una causa dudosa. Los que pueden llamarse propagandistas, si por propagandista entendemos al que conscientemente trata de influir sobre las ideas y la conducta de los demás respecto de los asuntos públicos, estaban poniendo en estado de alerta a Inglaterra ante un peligro verdadero. España era una amenaza, y era bueno que los ingleses tuvieran conciencia de ello. Por muchas mentiras y exageraciones que contengan estas obras, tenían razón en su supuesto básico de que España e Inglaterra estaban destinadas a ser enemigas, hasta que una u otra no cayera de su posición de influencia internacional. Lo trágico sobrevino cuando estos pintorescos esfuerzos por despertar a un pueblo dormido fueron aceptados como historia fidedigna por hombres cuyos

talentos literarios, por grandes que fueran, no parecen haber incluido el del juicio crítico. Al calor de la controversia son inevitables las exageraciones, pero no es necesario perpetuarlas en las crónicas de fechas posteriores. La única excusa posible de tal falla de juicio es que esta “crisis” particular duró, en una u otra forma, más de doscientos años.

Con algunas excepciones notables, las personas interesadas responsables de esta propaganda prefirieron permanecer anónimas, y aun en los casos en que no ocurrió así, rara vez nombraron a sus asociados o a quienes les pagaban. Como podía esperarse, sus dedicatorias van dirigidas, generalmente, a grandes hombres de tendencias puritanas, pero no todos los escritores se interesaron en las mismas cosas. Algunos, como John Foxe, estaban intentando, indudablemente, favorecer el avance del protestantismo, pero otros sólo estaban escribiendo en apoyo de la política del gobierno, o en favor de las empresas de ultramar. Y como estas tres causas requerían oponerse a España, y como muchos se encontraron unidos apoyando las tres al mismo tiempo, tales líneas divisorias resultaron inevitablemente vagas, pero bastan para indicamos que, con toda probabilidad, no hubo una sola conspiración organizada para vilipendiar a los españoles. En Inglaterra, el sentimiento antiespañol fue provocado por un buen número de hombres que escribían más o menos independientemente y que tomaban sus ejemplos, por muy imprecisos que fueran, de los registros históricos. Este sentimiento sólo se convirtió en una “Leyenda Negra” cuando autores posteriores aceptaron sus alegatos como hechos comprobados.

El triunfo de esta propaganda queda indicado por la oposición popular a la política proespañola de Jacobo I y por

el curioso episodio del “Designio occidental” de Cromwell. Ninguno de estos acontecimientos debe tomarse como prueba de que el antihispnismo era una pasión incontenible en todos los niveles de la sociedad inglesa, pero sí son ejemplos de cómo un prejuicio popular puede influir sobre los hechos. Dentro de la gama limitada de un solo siglo, hemos visto surgir tal prejuicio y luego afectar los asuntos internacionales de tal manera que asegurara su propia perpetuación. No dudo de que muchos se negarán a creer que el antihispanismo de Cromwell y de sus asociados desempeñó más que un papel casi insignificante en su decisión de atacar las colonias españolas en las Indias Occidentales. Levantarán el fantasma de la causación económica y tratarán de justificar la expedición con cifras de la producción anual de “manteca de cerdo” en Jamaica, o con el saqueo hipotético de los barcos españoles; pero, a la postre, tendrán que reconocer que nunca se arriesgó tanto con la esperanza de lograr tan poco, sean políticos o económicos los términos de referencia. El sentimiento antiespañol en Inglaterra fue y sigue siendo auténtico, y ha hecho algunas aportaciones también auténticas a la política inglesa.

Si esto es verdad, y la Guerra de la Oreja de Jenkins, no menos que el interminable conflicto por Gibraltar, nos asegura que lo es, ¿por qué no surgió entre los ingleses un desagrado similar por otras naciones? Sus conflictos con Francia fueron más numerosos, y duraron no menos tiempo, y sin embargo, los sentimientos ingleses hacia los franceses, aunque no siempre generosos, tampoco constituyen una Leyenda Negra. Una explicación posible, predilecta de los hispanistas, es que ningún otro país, con la posible excepción de los Estados Unidos, ha hecho tanto en favor de sus críticos. En los siglos XVI y XVII, muchos españoles

tomaron la pluma para oponerse a toda una vasta gama de instituciones y medidas políticas de su patria. Como se ve, estos escritos fueron a caer en manos de quienes estaban más ávidos de utilizarlos para sus propios fines. Y hay otra razón de mayor peso. Simplemente, los ingleses rara vez tuvieron oportunidad de descubrir que sus ideas de España y de los españoles eran erróneas. Muchos jóvenes emprendieron un “Grand Tour”, mas tales viajes, por regla general, no incluían una visita a España. Se consideraba que era un lugar pobre, situado lejos de la vía de la cultura europea que, como cualquiera podía decirlo, iba en línea directa de Londres a Roma pasando por París. Como resultado, mientras que los *gentlemen* ingleses pudieron tener un conocimiento personal de Francia y de Italia, sus conocimientos de España siguieron dependiendo de información ajena. Con muy pocas excepciones, esta información les llegó de las fuentes que hemos estado examinando.

Queda también el hecho, cuya importancia es imposible exagerar, de que Inglaterra sólo era una de las muchas naciones cuyas experiencias con España habían sido desagradables. Ningún gran imperio, sea cual fuere su política, puede dejar de incurrir en la ira de sus vecinos; y la vasta gama de las actividades españolas, no sólo contra Inglaterra sino en los Países Bajos, en Francia y en Italia, dejó a España particularmente expuesta a las críticas hostiles. Al menos en otros tres países se habían desarrollado sus propias Leyendas Negras, de manera no distinta de la inglesa. Cuando el inglés honrado se volvía a sus vecinos en busca de ilustración, encontraba confirmadas sus peores sospechas y justificado el prejuicio de sus conciudadanos. Pese a todas sus diferencias, los nexos culturales de Inglaterra con Francia y con los Países Bajos

siempre han sido estrechos, y sus separadas corrientes del antihispanismo tendieron inevitablemente a reforzarse entre sí. Fue de esta manera como pudo crecer la leyenda de la barbarie española, hasta volverse parte del bagaje intelectual del hombre occidental. Aunque producto de la historia, no tenía por base ningún hecho. Aunque manifiestamente injusta, sigue coloreando nuestra visión de toda una cultura. En estos momentos, el antihispanismo bien puede estar siendo suplantado por el antinorteamericanismo, pero este hecho no lo hace menos digno de nuestra atención.

Notas

[1] Julián Juderías, *La Leyenda Negra*, 4.ª ed., Barcelona, 1917, p. 20. <<

[2] Julián Juderías, *La Leyenda Negra*, p. 266. <<

[3] *Ibid.*, p. 309. <<

[4] *La Leyenda Negra*, p. 315. <<

[5] *Ibid.*, pp. 339-341. <<

[6] Sverker Arnoldsson, *La Leyenda Negra: Estudios sobre sus orígenes*, Göteborg, 1960, pp. 12-13. <<

[7] *Ibid.*, p. 14. <<

[8] Sverker Arnoldsson, p. 105. <<

[9] Fácilmente acuden a la memoria obras como el ciclo de *Hornblower*, de C. S. Forester y antes *Lysbeth: A Tale of the Dutch*, de H. Rider Haggard. <<

[10] Los ejemplos del sentimiento antiespañol en escritos ingleses modernos son demasiados para enumerarlos aquí, pero puede resultar instructiva la comparación de las actitudes expresadas en obras como *Silk Hats and No Breakfast*, Londres, 1957, de Honor Tracy, con las de *The Character of Spain: Or, An Epitome of their Virtues and Vices*, Londres, 1660. <<

[11] Henry F. Groff y John A. Krout, *The Adventure of the American People*, Nueva York, 1961, p. 17. <<

[12] *Ibid.*, pp. 19-20. <<

[13] Melvin Schwartz y John O'Connor, *Exploring American History*, Nueva York, 1963, p. 16. <<

[14] Harold H. Eibling, Fred M. King y James Harlow, *Our United States: A Bulwark of Freedom*, River Forest, III., 1962, p. 66. <<

[15] Sverker Arnoldsson, *La Conquista Española de América, según el juicio de la posteridad: Vestigios de la Leyenda Negra*, Madrid, 1960, p. 24. <<

[16] *El príncipe.* Cap. 21. Esta obra fue publicada inicialmente en Inglaterra como *Il Principe de Nicolo Machiavelli… Con Alcune altre operette*, Londres, 1584. <<

[17] Francesco Guicciardini, *The Historie of Guicciardin, conteining the warres of Italy*, trad. Geoffrey Fenton, Londres, 1599, p. 323. <<

[18] *Ibid.*, p. 1062. <<

[1] Lewis Hanke, *Bartolomé de Las Casas: An Interpretaron of His Life and Writings*, La Haya, 1951, p. 57. <<

[2] Cédula del 20 de diciembre de 1503 de Isabel a Ovando, tal como está citado en Leslie Byrd Simpson, *The Encomienda in New Spain*, ed. rev., Berkeley, 1950, p. 13. <<

[3] *Ibid.* p. VIII. Para un estudio detallado de este punto, véase R. S. Chamberlain, *Castilian Backgrounds of the Repartimiento-Encomienda*, Camegie Institution Publications, núm. 509, Washington, D. C., 1939, páginas 15-66. <<

[4] Las secciones de este documento que corresponden al trato dado a los indios han sido reproducidas en Simpson, pp. 129-132. <<

[5] Bartolomé de las Casas, *The Spanish Colonie, or Brief Chronicle of the Actes and Gestes of the Spaniards in the West Indies, called the New World for the Space of xl. yeares,* Londres, 1583, p. 2. *Tratados* FCE, Vol. I, p. 194. <<

[6] Las Casas, *Historia de las Indias*, p. 1, FCE. <<

[7] Las Casas, *op. cit.*, p. 6. <<

[8] Las Casas, p. 48. <<

[9] *Ibid.*, p. 29. <<

[10] Francisco López de Gómara, *The Pleasant Historie of the Conquest of the West India, now called New Spayne, atchiued by the worthy Prince Hernando Cortes Marquess of the valley of Huaxacas, most delectable to read*, Londres, 1578, pp. 153-158. <<

[11] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Madrid, 1933, I, 266-267. <<

[12] Las Casas, p. 40. <<

[13] Esto queda en pie aun si aceptamos los cálculos de población hechos por Woodrow W. Borah y S. F. Cook, *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest*, Berkeley, 1963, p. 88. <<

[14] Las Casas, p. 15. <<

[15] Las Casas, p. 100. <<

[16] *Ibid.*, pp. 40-41. <<

[17] *Sir* Arthur Helps, *The Life of Las Casas, "The Apostle of the Indies"*, Londres, 1868, p. 6. <<

[18] Lewis Hanke, *Bartolomé de las Casas, Historian*, Gainesville, Fla., 1952, p. 8. <<

[19] Las Casas, p. 6. <<

[20] Gómara, p. 5. <<

[21] *Dictionary of National Biography*, XIV, 432. <<

[22] Gómara, p. 40. <<

[23] Agustín de Zárate, *The Strange and Delectable History of the Discouerie and Conquest of the Prouinces of Peru in the South Sea*, Londres, 1581. f. 8. <<

[24] Agustín de Zárate, f. 42. <<

[25] *Ibid.*, f. 54. <<

[26] *Ibid.*, f. 72. <<

[27] *Ibid.*, f. 60. [En realidad, sólo dice que Almagro "hacía y decía muchas lástimas a Hernando Pizarro, trayéndole a la memoria que había sido la causa de que él y su hermano hubieran subido en el estado en que estaban". *Historia del Descubrimiento y la conquista del Perú*, página 613]. <<

[28] Agustín de Zárate, f. 65. <<

[29] *Ibid.*, f. 36. <<

[30] *Ibid.*, f. 59. <<

[31] Pedro Mártir de Anglería, *The Decades of the Newe Worlde, or West India conteyning the navigations and conquestes of the Spaniards*, trad. Richard Eden, Londres, 1555, p. 49. <<

[32] *Ibid.*, p. 55. <<

[33] Pedro Mártir de Anglería, p. 50. <<

[34] Pedro Mártir de Anglería, p. 107. <<

[35] *Ibid.*, p. 86. <<

[36] *Ibid.*, p. 91. <<

[37] *Ibid.*, p. 79. <<

[38] Pedro Mártir de Anglería, p. 135. <<

[39] *Ibid.*, p. 138. <<

[40] Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus, or Purchas His Pilgrims*, Glasgow, 1902, XVII, p. 407. <<

[41] *Ibid.*, pp. 408-409. <<

[42] *Ibid.*, pp. 410-411. <<

[43] Samuel Purchas, pp. 259-260. <<

[44] *Ibid.*, p. 260. <<

[45] Samuel Purchas, pp. 299. <<

[46] *Ibid.*, pp. 300. <<

[47] *Ibid.*, pp. 299. <<

[*] FCE, 2.ª edición, 1962. <<

[48] Joseph de Acosta, *The Natural and Moral History of the Indies*, trad. Edward Grimston, Londres, 1880. Esta traducción fue publicada por primera vez en 1601. [*Historia natural y moral de las Indias*, FCE, 1962]. <<

[1] John Bradford, *The Copye of a Letter, sent by John Bradforth to the right honorable lordes the Erles of Arundel, Darbie Shrewsburye, and Pembroke, declaring the nature of the Spaniardes, and discovering the most detestable treasons which thei have pretended moste falselye agaynste our moste noble kingdome of Englande*, s/l, s/f. <<

[2] En Richard Hakluyt, *The Principie Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation*, Glasgow, 1904, VIII, 51. <<

[3] James Wadsworth, *The English-Spanish Pilgrime or, a New Discoverie of Spanish Popery and Iesuitical Stratagems*, Londres, 1630, p. 81. <<

[4] Francis Fletcher, *The World Emcompassed by Sir Francis Drake*, Londres, 1628, en Hakluyt Society, Ser. I, núm. 16, 1854, p. 109. <<

[5] Hakluyt, *Principle Voyages*, X, 463. <<

[6] Henry Charles Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, Nueva York, 1922, III. 3. <<

[7] Entre otras fuentes que expresan esta opinión se encuentran: *A Tragicall History of the troubles and Civile warres of the lowe Countries, otherwise called Flanders*, Londres, 1583, I, p. 2. (Citado en adelante como *A Tragicall History*); *An Historie al Discourse, or rather a Tragicall*

History of the citie of Antwerpe, Londres, 1586, p. Ai; Emanuel van Moteren, *A True Discourse Historicall of the succeeding governours in the Netherlands and the ciuill warres there begun in the yeere 1565*, trad. Thomas Churchyard y Richard Robinson, Londres, 1602, p. 4; y *Sir* Thomas Overbury, *Sir Thomas Overbury, His Observations in his Travels, Upon the State of the Seventeen Provinces, as they stood anno domini, 1609*, Londres, 1626, en C. H. Firth, ed. *Stuart Tracts*, pp. 213-224. El propio Camden adoptó esta opinión en *The History of the Most Renowned and Victorious Princess Elizabeth, Late Queen of England*, 4.ª ed., Londres, 1688, p. 120. <<

[8] Citado en M. Dierickx, "La politique religieuse de Philippe II dans les anciens Pays-bas", *Hispania*, XVI (1956), 137. <<

[9] Ernst Schäfer, *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition*, Gütersloh, 1902, I, 22. <<

[10] Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, trad. Antonio Alatorre. FCE, 1950, II, 115. <<

[11] *Ibid.*, p. 111. <<

[12] Reginaldus Gonsalvius Montanus, *A Discovery and playne Declaration of sundry subtill practises of the Holy Inquisition of Spain*, Londres, 1568, p. Aii. <<

[13] Después de publicar dos versiones preliminares e incompletas en la Europa continental en 1554 y 1559, Foxe aumentó su obra para las ediciones de 1563 y 1570. Otras ediciones genuinas aparecieron en 1576, 1583, 1596, 1610, 1631-1632, 1641, 1684, 1837, 1843-1849, 1870 y 1877. En 1732 empezaron a aparecer ediciones expurgadas generalmente sensacionalistas, que han seguido saliendo con notable regularidad hasta 1954. El número de estas ediciones es imposible de precisar. <<

[14] Montanus, p. Aiii. <<

[15] *A Tragicall History*, II, 44. <<

[16] Montanus, p. Bii. <<

[17] R. Trevor-Davies, *The Golden Century of Spain*, Nueva York, 1931, página 145. <<

[18] Henry Charles Lea, *The Inquisition in the Spanish Dependencies*, Nueva York, 1907, pp. 391-392. <<

[19] Montanus, p. Biii. <<

[20] John Foxe, *Acts and Monuments*, ed. Stephen Reed Cattley, Londres, 1839, IV, 451. <<

[21] Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, I, 538. <<

[22] Foxe, VIII, 513. <<

[23] *Ibid.*, p. 514. <<

[24] *Ibid.*, p. 516; Montanus, p. 60. <<

[25] Hakluyt, *Principle Voyages*, VII, 52. <<

[26] Montanus, p. 54. <<

[27] Foxe, IV, 450. <<

[28] *Ibid.*, p. 451. <<

[29] William Warner, *Albion's England*, Londres, 1602, p. 230. <<

[30] Montanus, pp. 1-3. <<

[31] *Ibid.*, pp. 6-16. <<

[32] Foxe, IV, 451-452. <<

[33] Montanus, p. 13. <<

[34] *Ibid.*, p. 16. <<

[35] John Lynch, *Spain Under the Habsburgs*, Oxford, 1964, I, 25. <<

[36] Montanus, pp. 16-17. <<

[37] Foxe, IV, p. 452. <<

[38] Montanus, p. 36. <<

[39] Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, III, p. 509. <<

[40] Montanus, p. 22. <<

[41] Foxe, IV, p. 452. <<

[42] Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, III, p. 2. <<

[43] Lea, pp. 18-21. <<

[44] *Ibid.*, pp. 22. <<

[45] Montanus, p. 27. <<

[46] Citado en Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, III, 3. <<

[47] Véase Montanus, pp. 23-26, y *A Tragicall History*, II, 46-47. <<

[48] Montanus, p. Aii. <<

[49] Montanus, p. 47. <<

[50] *Strange and Wonderful Things happened to Richard Hasleton…*, Londres, 1595, en Edward Arber, *An English Garner*, Westminster, 1903, II, 168. <<

[51] Hakluyt, *Principle Voyages*, IX, 428. <<

[52] Foxe, VI, 280. <<

[53] Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, III, 100. <<

[54] La excepción fue la presión de quienes se negaron a pleitear. <<

[55] Conyers Read considera que este panfleto se debió, en realidad, a Thomas Norton, asociado de Walsingham y de Burghley, debido a similitudes de estilo entre él y algunas de las obras de Burghley; yo me inclino a creer que se debió al propio Burghley. Sea como fuere, la obra fue preparada por instrucciones suyas. Véase “William Cecil and Elizabethan Public Relations”, *Elizabethan Government and Society:*

Essays presented to Sir John Neale, ed. S. T. Bindoff, J. Hurstfield y C. H. Williams, Londres, 1961, p. 37. <<

[56] William Cecil, lord Burghley, *A Declaration of the favourable dealings of her Majestie's commissioners, appointed for the examination of certeyne traytors, and of tortures unjustly reporled to be done upon them for matter or religion (1583)*, en *Somers Tracts*, 2.ª ed., 1809, I, 212. <<

[57] Cecil. Para ejemplos del empleo de la tortura aplicada a prisioneros católicos, véanse también *Acts of the Privy Council of England*, new series, ed. J. R. Dasent, Londres, 1890, VII, 373; X, 373; XIII, 37, 172, 249; XVI, 273; XVII, 310; XVIII, 63, 387; XIX, 70; XXI, 300; XXII, 40, 42, 512; XXIII, 140; XXIV, 222; XXVI, 10, 325, 373, 457. <<

[58] Cecil, *A declararon of the favourabie dealing of her Majestie's commissioners*, p. 212. <<

[59] *Ibid.*, p 210. <<

[60] A. O. Meyer, *England and the Catholic Church under Elizabeth*, trad. J. R. McKee, Londres, 1916, pp. 182-183. <<

[61] G. B., *A Fig for the Spaniard*, Londres, 1591, p. 64. <<

[62] Samuel Clark, *England's Remembrancer*, Londres, 1657, en *Smeeton's Historical and Biographical Tracts*, Westminster, 1819, I, 34-35. <<

[1] [Jacobus Verheiden], *An Oration of Speech appropriated unto the most mightie, and illustrious Princes of Christendom wherein the Right and Lawfulness of the Netherlandish Warre against Phillip King of Spain is approved and demonstrated*, trad. Thomas Wood, s/l, 1624, p. 6. <<

[2] *Sir* Roger William, *The Actions of the Low Countries*, Ithaca, Nueva York, 1964, p. 9. Primera edición, Londres, 1618. <<

[3] Véase John Lynch, *Spain under the Habsburgs*, Oxford, 1964, I, páginas 273-275. <<

[4] *An Historicall Discourse, or rather a Tragicall Historie of the citie of Antwerpe*, Londres, 1586, f. A2. <<

[5] Verheiden, p. 3. <<

[6] Este recurso se encuentra en *A Declaration & Publication of the Prince of Orange, Contayning the cause of his necessary defense against the Duke of Alva* (20 de julio de 1568), Londres, sin fecha y *A supplication to the Kings Maiestie of Spayne, made hy the Prince of Orange*, Londres, 1573. Hasta donde yo sé, la *Apology* no fue publicada completa en inglés. Partes de ella aparecen en *A Treatise against the Proclamation published by the King of Spayne by which he proscribed the late Prince of Orange*, Delft, 1580. La fecha obviamente es errónea, W. P. C. Knuttel, *Catalogus van de Pamfletten-Versameling berustende de Koninklijke Bibliothek*, La Haya, 1889, da el año de 1581, pero no parece haber llegado a Inglaterra hasta después de la muerte del príncipe, ocurrida en 1584. <<

[7] Thomas Churchyard, *A Lamentable and pitiful Description of the wofull warres in Flaunders*, Londres, 1578, p. 35. <<

[8] Pieter Geyl, *The Revolt of the Netherlands*, 1555-1609, Londres, 1958, p. 99. <<

[9] [Thomas Scott], *A Tongue-Combat, Lately Happening betweene two English Souldiers in the Tilt-boat of Gravesend*, Londres, 1923, p. 28. Véase también *The King of Spain's Cabinet Council Divulged*, Londres, 1658, p. 28. <<

[10] *The Wicked Plots and Perfidious Practices of the Spaniards against the Seventeen Provinces of the Netherlands…* (1642), en *Harleian Miscellany*, V, 178. <<

[11] *Ibid.*, véase también *The King of Spain's Cabinet Council Divulged*, página 130. <<

[12] *An Historicall Discourse*, p. Dii. <<

[13] *Ibid.* <<

[14] Véase A. L. E. Verheyden, *Le Conseil des Troubles: Liste des condamnes, 1567-1573*, Bruselas, 1961. <<

[15] *The Wicked Plots and Perfidious Practices of the Spaniards*, p. 174. <<

[16] Geyl, pp. 107-108. <<

[17] *A Briefe Chronicle, and perfect rehearsal of all the memorable actions happened not onlie in the low Countries, but also in Germany…*, Londres, 1598, f. c3. <<

[18] *A Tragicall Historie*, II, 79. <<

[19] *Ibid.*, p. 78. <<

[20] Geyl, p. 133. <<

[21] Williams, pp. 103-104. <<

[22] L. van der Essen, "Croisade contre les hérétiques ou guerre contre des rebelles: La psychologie des soldats et des officers espagnols de l'armée de Flandres au XVIe siècle", *Revue d'histoire écclesiastique* LI, núm. I, 1956, 43. <<

[23] *Ibid.*, p. 45. Williams, pp. 64-65. <<

[24] Geyl, pp. 127-129. <<

[25] *Ibid.*, p. 143. <<

[26] Roger Bigelow Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, Nueva York, 1934, IV, 103. <<

[27] Éste es el cálculo dado por Henri Pirenne, *Histoire de Belgique*, Bruselas, 1927, IV, 75. El cálculo más bajo de la época es del *Historical Discourse… of the citie of Antwerpe*, que da la cifra de ocho mil (f. Eiii). <<

[28] George Gascoigne, *The Spoil of Antwerp…*, Londres, 1576, p. 443. <<

[29] *Ibid.*, p. 431. <<

[30] *Ibid.*, p. 445. <<

[31] *Ibid.*, p. 440. <<

[32] *The King of Spain's Cabinet Council Divulged*, pp. 18-19. <<

[33] Gascoigne, p. 444. <<

[34] Véase S. M. Pratt, "Antwerp and the Eliznbethan Mind", *Modern Language Quarterly*, XXIV (1963), 53-60. <<

[35] Quizá los peores ejemplos pueden encontrarse en *The King of Spain's Cabinet Council Divulged*, pp. 130-131. <<

[36] *A Larum for London or the Siedge of Antwerpe…*, Londres, 1602, sin paginación. <<

[37] Para ejemplos, véanse *Newes from Antwerp*, Londres, 1580; *A Discourse of the present State of the Wars in the lowe Countries. Wherein is contayned the pitifull spoyle of Askot*, Londres, 1578; y *A briefe relation, of what is happened since the last of August 1598 by the coming of the Spanish campe into the Dukedom of Cleve*, Londres, 1599. <<

[38] Véase nota 6. <<

[39] *A supplicatión to the Kings of Maiestie of Spayne*, p. 12. <<

[40] *Ibid.*, p. 20. <<

[41] *The true Report of the lamentable Death of William of Nassawe, Prince of Orange*, Middelburg, 1584, en *Somers Tracts*, p. 410. <<

[42] Geyl, p. 200. <<

[43] J. B. Black, *The Reign of Elizabeth*, Oxford, 1959, p. 128. <<

[44] *A Declaration of the Causes Moving the Queen of England to give aide to the Defence of the People afflicted and oppressed in the Lowe Countries, 1585…*, Richmond, 1585, en *Somers Tracts*, p. 412. <<

[45] *Ibid.* <<

[46] *Spectator*, núms, 269, 329. <<

[47] Raphael Holinshed, *Chronicles of England, Scotland, and Ireland*, Londres, 1808, IV, 618. <<

[48] *Sir* Richard Baker, *A Chronicle of the Kings of England, Londres*, 1679, p. 341. <<

[49] *Ibid.*, p. 353. <<

[50] William Camden, *The History of the Most Renowned and Victorious Princess Elizaheth, Late Queen of England*, Londres, 1688, p. 320. <<

[51] Para un estudio de la vida y obra de Meteren, véase W. D. Verduyn, *Emanuel van Meteren*, La Haya, 1926. <<

[52] Emanuel van Meteren, *A True Discourse Historicall of the succeeding governours in the Netherlands and the ciuill warres there begun in the yeere 1565*, Londres, 1602, p. 13. <<

[53] Emanuel van Meteren, p. 15. <<

[54] *Ibid.*, p. 16. <<

[55] *Ibid.*, p. 19. <<

[56] *Ibid.* <<

[57] *Ibid.*, p. 20. <<

[58] *Ibid.*, p. 67. <<

[59] *Ibid.*, p. 54. <<

[60] *A Pageant of Spanish Humours*, Londres, 1599, sin paginación. <<

[61] Williams, p. 18; Churchyard, pp. 45, 54. <<

[62] John Lothrop Motley, *The Rise of the Dutch Republic*, Nueva York, 1855. <<

[1] George Bruner Parks, *Richard Hakluyt and the English Voyages*, Nueva York, 1928, p. 32. <<

[2] *Ibid.*, p. 103. <<

[3] *Ibid.*, p. 2. <<

[4] George Bruner Parks, p. 115. <<

[5] Richard Hakluyt, *A Discourse concerning Western Planting*, Cambrigde, 1877, p. 10. <<

[6] *Ibid.*, p. 53. <<

[7] *Ibid.*, pp. 72-77. <<

[8] *Ibid.*, pp. 56-58. <<

[9] Richard Hakluyt, p. 59. <<

[10] *Ibid.*, p. 69. <<

[11] Richard Hakluyt, *Divers Voyages Touching the Discoverie of America and the Ilands Adiacent*, Londres, 1582, p. 4. <<

[12] Rayner Unwin, *The Defeat of John Hawkins*, Nueva York, 1960, páginas 127-128. <<

[13] Unwin, pp. 183-184, sostiene que hizo un intento por asesinar a Hawkins en su gabinete y que Hawkins fue el primero en disparar. Williamson duda de que se haya hecho semejante intento, pero afirma que los españoles comenzaron el ataque. Véase J. A. Williamson, John Hawkins, Oxford, 1927, p. 191. Para la versión española del asunto véase *Spanish Documents concerning English Voyages to the Caribbean*, ed. I. A. Wright, en *Hakluyt Society Publications*, Ser. 2, núm. 62, 1928, páginas 116-162. <<

[14] Hakluyt, *Principle Voyages*, X, 64-74. Originalmente impreso como *Sir John Hawkins, A true declaration of the*

troublesome voyadge of M. J. Hawkins to he parties of Guynea and the west Indies, Londres, 1569. <<

[15] Hakluyt, *Principle Voyages*, X, 73. <<

[16] *Ibid.*, IX, 406-430, 452-489, contiene los relatos de Phillips y de Hortop, respectivamente. La versión de Hortop fue publicada por separado como: Job Hortop, *The travailes of an Englishman*, Londres, 1591. <<

[17] Merriman, IV, 167. <<

[18] Hakluyt, *Principle Voyages*, IX, 43-45. <<

[19] Merriman, IV, 176. <<

[20] Hakluyt, *Principle Voyages*, IX, 94. <<

[21] *Ibid.*, p. 109. <<

[22] *Ibid.*, p. 95. <<

[23] Merriman, IV, 176. <<

[24] *Ibid.*, p. 175. <<

[25] René Laudonnière, *A notable historie containing foure voyages made by certayne French captaynes into Florida*, trad. Richard Hakluyt, Londres, 1587. <<

[26] Hakluyt, *Principle Voyages*, IX, p. 106. <<

[27] *Ibid.*, p. 175. <<

[28] *Ibid.*, X, 109. <<

[29] *Ibid.*, VII, 52-53. <<

[30] *Ibid.*, X, 397. Este escrito había sido publicado separadamente como: *Sir* Walter Raleigh, *The discouerie of the large, rich, and bewtiful empire of Guiana. Performed in the year 1595, by Sir Walter Raleigh*, Londres, 1596. <<

[31] *Ibid.*, X, 157. <<

[32] Hakluyt, p. 114. <<

[33] *Ibid.*, p. 347. <<

[34] *Ibid.*, pp. 49-50. <<

[35] *Ibid.*, p. 484. <<

[36] *Ibid.*, p. 412. <<

[37] *Ibid.*, p. 472. <<

[38] *Ibid.*, IX, p. 276. <<

[39] Purchas, XVII, 173-174. <<

[40] Camden, p. 249. <<

[41] *Ibid.*, pp. 153-154. <<

[42] *Ibid.*, p. 255. <<

[43] Fletcher, p. 104. <<

[44] *Ibid.*, p. 99. <<

[45] *Ibid.*, p. 105. <<

[46] *Ibid.*, p. 106. <<

[1] Black, p. 250. <<

[2] Thomas Nashe, *Pierce Pennilesse His Supplication to the Divell*, Londres, 1592, p. 46. Este sentimiento también formó la base de la obra alegórica de Lyly, *Midas*, Londres, 1592, en *The Complete Works of John Lyly*, ed. R. Warwick Bond, Oxford, 1902, III, 105-162. Para la influencia de la Armada sobre el teatro inglés, véase Richard V. Lindabury, *A Study of Patriotism in the Elizabethan Drama*, Princeton, 1931, p. 62. <<

[3] Hay una copia de la propia mano de Cecil en Lansdowne MSS. <<

[4] Hakluyt, *Principle Voyages*, VIII, 40. <<

[5] *A true Discourse of the Armie which the King of Spaine caused to be assembled in the Haven of Lisbon…*, Londres, 1588, p. 11. <<

[6] Camden, p. 411. <<

[7] Verheiden, p. 59. <<

[8] Hakluyt, *Principle Voyages*, IV, 207. <<

[9] Warner, *Albion's England*, p. 225. <<

[10] Garrett Mattingly, *The Armada*, Boston, 1959, p. 121. <<

[11] *A True Discourse of the Armie*, p. 8. <<

[12] Robert Greene, *The Spanish Mosquerado*, Londres, 1589, f. C4. <<

[13] [William Cecil, Lord Burghley], *The Copy of a Letter Sent Out of England to Don Bernardin Mendoza, Ambassador in France for the King of Spain, declaring the State of England*, Londres, 1588, en *Harleian Miscellany*, II, 71. <<

[14] Greene, f. D4. <<

[15] Nashe, p. 46. <<

[16] *A Declaration of the Causes which mooved the Chiefe Commanders of the Navie… to take and arrest in the mouth of the River of Lisbone, certaine Shippes of come and other provisions of warre bound for the said Citie*, Londres, 1589, p. 7. <<

[17] Mattingly, *The Armada*, pp. 216-217. <<

[18] Cecil, *Letter to Mendoza*, II, 71. <<

[19] Mattingly, *The Armada*, p. 271. <<

[20] Hakluyt, *Principie Voyages*, IV, 218. <<

[21] Mattingly. *The Armada*, p. 310. <<

[22] Samuel Clark, *England's Remembrancer*, Londres, 1657, p. 17-18. <<

[23] Ésta es una tesis importante del libro de Mattingly, corroborada por J. A. Williamson, *The Age of Drake*, Londres, 1938, p. 332. Para una completa descripción comparativa de las naves de ambos bandos, véase Julian S. Corbett, *Drake and the Tudor Navy*, Londres, 1899, páginas 177-190. <<

[24] Mattingly, *The Armada*, p. 334. <<

[25] *Certain Advertisements out of Ireland, concerning the losses and distresses happened to the Spanish Navy upon the West Coasts of Ireland*, Londres, 1588, en *Harleian Miscellany*, II, 154. <<

[26] Thomas Deloney, *A Joyfull new Ballad declaring the happy obtaining of the great Galleazzo…*, Londres, 1588, en Edward Arber, *An English Garner*, p. 489. <<

[27] Thomas Deloney, *A New Ballet of the strange and most cruel whips, which the Spaniards had prepared to whip and torment English men and women…*, Londres, 1588, en *An English Garner*, p. 500. <<

[28] *Ibid.* <<

[29] Deloney, *A New Ballet of the strange and most cruel whips*, p. 499. <<

[30] Clark, p. 25. Véase también Thomas Scott, *A Postscript, or a Second Part of Robert, Earle of Essex his Ghost…* (s/l, 1642), en *Somers Tracts*, II, 606. <<

[31] *A Skeltonical Salutation or Condign Congratulation and just vexation of the Spanishe Nation…*, Londres, 1589, p. 3. <<

[32] *Ibid.*, p. 4. <<

[33] *Ibid.*, p. 6. <<

[34] Petruccio Ubaldini, *A Discourse concerning the Spanish Fleet Invading England in the year 1588…*, Londres, 1590, en *Harleian Miscelany*, II, 154. <<

[35] Petruccio Ubaldini, p. 155. <<

[36] Corbett, p. 265. <<

[37] *The Coppie of the Anti-Spaniard made at Parts by a French man*, Londres, 1590, pp. 3-5. <<

[38] *Ibid.*, p. 3. <<

[39] *Ibid.*, pp. 27-28. <<

[40] *Ibid.*, p. 33. <<

[41] *Ibid.*, p. 9. <<

[42] *Ibid.*, p. 17. <<

[43] *Ibid.*, p. 18. <<

[44] *Ibid.*, p. 9. <<

[45] Hakluyt, *Principle Voyages*, IV, 55. <<

[46] *Ibid.*, VIII, pp. 48-49. <<

[47] *Ibid.*, IV, 357. <<

[48] *Ibid.*, p. 256. <<

[1] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez*, Madrid, 1954. I, 253-273. <<

[2] En el decenio de 1590, gramáticas y diccionarios españoles fueron publicados por Corro, Stepney, Perceval y Minsheu. El interés en el idioma se centró en torno a Oxford, donde Corro, Pierre Bense y otros se dedicaban a enseñarlo. Véase B. J. Randall, *The Golden Tapestry*, Durham, N. C., 1963, pp. 7-21. <<

[3] La opinión de que esta obra fue escrita por José Texeira ha sido convincentemente atacada por Gustav Ungerer, *Anglo-Spanish Relations in Tudor Literature*, Berna, 1956, pp. 95-99. <<

[4] Antonio Pérez, *A Treatise Paraenetical, That is to say: An Exhortation…*, Londres, 1598, p. 106. <<

[5] *Ibid.*, p. 22. <<

[6] *Ibid.*, p. 24. <<

[7] *Ibid.*, p. 111. <<

[8] *Ibid.*, p. 93. <<

[9] Antonio Pérez, p. 21. <<

[10] Merriman, IV, 568. <<

[11] Pérez, p. 19. <<

[12] W. Nicols a *sir* Poter Hollins (Ene. 25/Feb. 2, 1594-5?), *Historical Manuscripts Commission*, Salisbury MSS, v, 97. <<

[13] Ungerer. pp. 102-149. <<

[14] William Shakespeare, *Trabajos de amor perdidos*, Acto I, esc. I. <<

[15] *Ibid.*, acto V, esc. 1. <<

[16] *Ibid.*, acto I, esc. 1. <<

[17] Albert J. Loomie, S. J., *The Spanish Elizabethans*, Nueva York, 1963, página 10. <<

[18] *The Estate of English Fugitives under the king of Spaine and his ministers*, Londres, 1595, f. A4. <<

[19] *A Discourse of the Usage of the English Fugitives by the Spaniard*, Londres. 1595, pp. 34-36. <<

[20] *Ibid.*, p. 39. <<

[21] *Ibid.*, p. 13. <<

[22] *Ibid.*, p. 20. <<

[23] *Ibid.*, p. 28. <<

[24] *A discourse of the Usage of the English Fugitives by the Spaniard*, página 28. Véase también *The Estate of the English Fugitives*, f. 12. <<

[25] *Dictionary of National Biography*, XX, 425-426. <<

[26] James Wadsworth, *The Present Estate of Spain*, Londres, 1630, página 74. <<

[27] *Ibid.*, p. 73. <<

[28] Thomas Gage, *The English American his Travail by Sea and Land: or, A New Survey of the West Indies*, Londres, 1648, p. 27. <<

[29] *Ibid.*, p. 151. <<

[30] *Ibid.*, pp. 25-26. <<

[31] *Ibid.*, p. 9. <<

[32] *Ibid.*, p. 82. <<

[33] Thomas Gage, p. 57. <<

[34] *Ibid.*, p. 60. <<

[35] *Ibid.*, p. 103. <<

[36] *Ibid.*, p. 145. <<

[37] *Ibid.*, p. 99. <<

[38] Thomas Gage, p. 189. <<

[39] *The Estate of English Fugitives*, pp. 151 ss, P4-Q. <<

[40] Lynch, I, 308. <<

[41] Mary Elizabeth Brooks, *A King for Portugal*, Madison, Wis., 1964, páginas 48-49. <<

[42] [José Teixeira], *The True History of the late and lamentable adventures of Don Sebastian, King of Portugal…*, Londres, 1602, en *Harleian Miscellany*, II, 358. <<

[43] [José Teixeira], *A Continuation of the lamentable and admirable adventures of Don Sebastian, King of Portugal…*, Londres, vi, 603, en *Harleian Miscelany*, II, 383. <<

[44] *Calendar of State Papers*, Spanish, 1587-1603, iv, 513. <<

[45] [José Teixeira], *The Strangest Adventure that ever happened: either in the ages passed or present*, Londres, 1601. <<

[46] Teixeira, *A True History*, II, 255-257. <<

[47] Teixeira, *A Continuation*, II, 383. <<

[48] *Calendar of State Papers, Spanish, 1587-1603*, IV, 273-274. <<

[1] D. H. Willson, *King James VI and I*, Londres, 1956, pp. 271-273. <<

[2] S. R. Gardiner, *History of England from the Accession of James to the Outbreak of the Civil War*, Londres, 1896, I, 214. <<

[3] Godfrey Davies, *The Early Stuarts, 1603-1660*, Oxford, 1959, p. 48. <<

[4] Robert Treswell, *A Relation of such Things as were observed to happen in the Journey of the Right Honorable Charles, Earl of Nottingham. Lord High Admiral of England, his Majestys Ambassador lo the King of Spain…*, Londres, 1604, en *Somers Tracts*, II, 96. <<

[5] *Ibid.*, p. 77. <<

[6] *Sir* Ralph Winwood, *Memorials of the Affairs of State in the Reigns of Queen Elizabeth and King James I*, Londres, 1725, II, 76. <<

[7] *Calendar of State Papers, Venetian, 1607-1610*, p. 6. <<

[8] *Ibid., 1610-1613*, p. 335. <<

[9] Gardiner, I, 212. <<

[10] *Tom Tell-Tromth, or a free Discourse touching the Manners of the Time. Directed to His Majesty by waye of humble advertisement*, (s/l, s/f), en *Somers Tracts*, ii, 472. <<

[11] Charles Howard Carter, *The Secret Diplomacy of the Habsburgs, 1598-1625*, Nueva York, 1964, p. 133. <<

[12] Garrett Mattingly, *Renaissance Diplomacy*, Boston, 1955; pp. 262-266. <<

[13] *Observations concerning the present affairs of Holland and the United Provinces by an English Gentleman* (St. Omer, 1621?). <<

[14] *Commons Debates, 1621*, eds. W. Notestein, F. H. Relf, y H. Simpson, Nueva Haven, 1935, III, 465-468. <<

[15] *Ibid.*, p. 469. <<

[16] *Ibid.*, IV, 441. <<

[17] *Ibid.*, I, 637. <<

[18] Davies, pp. 27-28. <<

[19] *Niuew Nederlandsch Biografisch Woordenboek*, Leiden, 1918, IV, 1242. William, Steven, *The History of the Scottish Church*, Rotterdam, Edimburgo, 1832, p. 338. <<

[20] *Calendar of State Papers, Domestic, 1619-1623*, p. 462. <<

[21] *Ibid.*, p. 468. <<

[22] *Dictionary of National Biography*, XVIII, 1006. <<

[23] [Thomas Scott], *Vox Populi, or Newes from Spayne, translated according to the Spanish coppie…*, s/l, 1620, en *Somers Tracts*, II, 510-511. <<

[24] *Ibid.*, pp. 515-517. <<

[25] *Ibid.*, p. 513. <<

[26] *Ibid.*, p. 520. <<

[*] Juego de palabras, entre “Casamentero” y “Maquiavelo”. [T.]. <<

[27] [Thomas Scott], *The Second Part of Vox Populi, or Gondomar appearing in the likeness of Matchiauell…*, 2.ª ed. s/l, 1624, pp. 13-14. <<

[28] *Ibid.*, p. 12. <<

[29] *Ibid.*, p. 7. <<

[30] [Thomas Scott], *Sir Walter Raleigh’s Ghost: or England’s Forewarner…*, Utrecht, 1626, en *Somers Tracts*, II, 532. <<

[31] [Thomas Scott], pp. 539-546. <<

[32] *Ibid.*, p. 534. <<

[33] [Thomas Scott], *Vox Coeli, or News from Heaven…*, s/l, 1624, en *Somers Tracts*, II, 580. <<

[34] *Ibid.*, pp. 564-581. <<

[35] *Ibid.*, p. 567. <<

[36] *Ibid.*, p. 569. <<

[37] [Thomas Scott], pp. 563-564. <<

[38] *Ibid.*, p. 585. <<

[39] *Ibid.*, p. 570. <<

[40] *Ibid.*, pp. 588-590. <<

[41] [Thomas Scott], *Robert Earl of Essex his Ghost, sent from Elilian…*, s/l, 1642, en *Somers Tracts*, II, 604. <<

[42] *Ibid.*, pp., 602-603. <<

[43] [Thomas Scott], *A postscript, or a Second Part of Robert Earl of Essex his Ghost*, s/l, 1642, en *Somers Tracts*, II, 604. <<

[44] [Thomas Scott], *A Tongue-Combat, Lately Happening Between two English Souldiers in the Tilt-boat of Gravesend*, Londres, 1623, p. 80. <<

[45] *An Experimental Discoverie of Spanish Practises, or, The Counsell of a well-wishing Souldier, for the Good of his Prince and State*, s/l, 1623, pp. 30-31. <<

[46] *Ibid.*, p. 32. <<

[47] *Ibid.*, p. 31. Elipsis en el original. <<

[48] Scott, *Sir Walter Raleigh's Ghost*, p. 545; Scott, *The Second Part of Vox Populi*, p. 14. <<

[49] Gardiner, III, 393. <<

[50] Scott, *The Second Part of Vox Populi*, p. 26. La *Vox Coeli* de Scott era tan favorable a Buckingham que *sir* Walter Scott pensó que había sido escrita bajo la dirección personal de este último. *Somers Tracts*, II, 555. <<

[51] Richard Peeke (o Pike), *Three to One. Being an English-Spanish Combat performed by a Western Gentleman of Tavistock…*, Londres, 1626, en C. H. Firth, ed., *Stuart Tracts*, 1603-1693, Westminster, 1903, página 290. <<

[52] *A Panegyric Poem, or Tavistock's Encomium*, que el autor de este libro no ha podido localizar. <<

[53] *Dick of Devonshire*, Londres, ¿1626?, en *Malone Society Reprints*, Oxford, 1955, acto I, esc. 2. <<

[54] Peeke, pp. 282-283. <<

[55] *A True Relation of a Brave English Straíagem practised lately upon a sea town in Galicia*, s/l, 1626, en *Stuart Tracts*, pp. 306-307. <<

[56] Davies, p. 63. <<

[*] El título *Miles Gloriosus* (El soldado fanfarrón) es de una comedia de Plauto; Braggadocio es un personaje que, en *La reina de las hadas*, de Spenser, personifica la jactancia. [T.]. <<

[57] *Miles Gloriosus, the Spanish Braggadocio: Or, the humour of the Spaniard*, trad. I. W., Londres, 1630, p. 1. <<

[58] *The Wicked Plots and Perfidious Practices of the Spaniards against the Seventeen Provinces of the Netherlands, before they Took up Arms…*, s/l, 1642, en *Harleian Miscellany*, V, 172-182. <<

[59] Thomas Allured, *The Copie of a Letter Written to the Duke of Buckingham Concerning the match with Spaine*, Londres, 1642, pp. 3-7. <<

[60] G. B. C. *Plots, Conspiracies and Attempts of Domestick and Forraigne Enemies of the Romish Religion*, Londres, 1642. <<

[61] H. C. *Englands Present Distractions Paralleled with those of Spaine and other forraine Countries*, Londres, 1642, pp. 4-5. <<

[62] *Dictionary of National Biography*, XX, 1073. <<

[63] *Sir* Anthony Weldon, *The Court and Character of King James*, Londres, 1651, en *Secret History of the Court of*

James I, Edimburgo, 1811, I, 354. <<

[64] *Sir* Anthony Weldon, pp. 355-356. <<

[65] *Ibid.*, pp. 356-358. <<

[66] *Ibid.*, p. 358. <<

[67] Arthur Wilson, *The History of Great Britain, Being the Life and Reign of King James the First*, Londres, 1653, p. 91. <<

[68] *Ibid.*, p. 92. <<

[69] *Ibid.*, p. 75. <<

[1] S. R. Gardiner, *History of the Commonwealth and Protectorate, 1649-1656*, Londres, 1903, III, 164. <<

[2] *Ibid.*, p. 163. <<

[3] *The Clarke Papers*, ed. C. H. Firth, Londres, 1899, III, 203. <<

[4] *Ibid.*, p. 206. <<

[5] *Ibid.*, p. 207. <<

[6] *Ibid.*, p. 208. Para un estudio general de los motivos de Cromwell en el Designio occidental, véase Frank Strong, “The Causes oí Cromwell West Indian Expedition”, *American Historical Review*, II, 1899, 228-245. <<

[7] Thomas Carlyle, *The Letters and Speeches of Oliver Cromwell*, Londres, 1904, II, 511. <<

[8] Thomas Carlyle, p. 514. <<

[9] *A Declaration of His Highnes By the Advice of His Council, Setting forth On the Behalf of this Commonwealth, the Justice of their Cause against Spain*, Londres, 1655, pp. 12-128. <<

[10] *Ibid.*, p. 123. <<

[11] *Ibid.*, p. 125. <<

[12] *Ibid.*, p. 118. <<

[13] *Ibid.*, pp. 119-120. <<

[14] *Ibid.*, p. 140. <<

[15] *Ibid.*, p. 118. <<

[16] *Ibid.*, p. 142. <<

[17] En *The Prose Works of John Milton*, ed. R. W. Griswold, Filadelfia, 1856, II, 465-468. <<

[18] *A Dialogue, Containing a Compendious Discourse concerning the Present Designe in the West Indies*, Londres, 1655, p. 8. <<

[19] *Ibid.*, p. 10. <<

[20] *A Brief and perfect Journal of the late Proceedings and Successe of the English Army in the West Indies*, por I. S., Londres, 1655, p. 4. <<

[21] *A Collection of the State Papers of John Thurloe, Esq.*, ed. Thomas Birch, Londres, 1742, III, 69, contiene el texto completo. <<

[22] Gardiner, *History of the Commonwealth and Protectorate*, IV, 123. <<

[23] *A Lamentable Narration of the sad Disaster of a great part of the Spanish Plate Fleet…*, Londres, 1658, hoja suelta. <<

[24] *Publick Intelligencer* (31 de diciembre a 7 de enero de 1655), páginas 226-231. <<

[25] *Ibid.* (7-14 de abril de 1656), p. 479. <<

[26] *Mercurius Politicus* (24 de abril a 1 de mayo de 1656), páginas 6938-6939. <<

[27] *The King of Spains Cabinet Council Divulged; or a Discovery of the Prevarications of the Spaniards*, por J. H., Londres, 1658, pp. 50-52. <<

[28] *Englands Present Distractions Paralleled with those of Spaine and other forraine Countries*, Londres, 1642. <<

[29] *The King of Spains Cabinet Council Divulged*, p. 64. <<

[30] *Ibid.*, p. 66. <<

[31] *Ibid.*, p. 68. <<

[32] *Ibid.*, p. 67. <<

[33] J. H. Elliott, *The Revolt of the Catalans*, Cambridge, 1963, páginas 370-373. <<

[34] *Ibid.*, p. 395. <<

[35] *Ibid.*, p. 458. <<

[36] *The King of Spains Cabinet Council Divulged*, pp. 30-31. <<

[37] *Ibid.*, p. 28. <<

[38] *Ibid.*, p. 29. <<

[39] *Dictionary of National Biography*, v, 554. <<

[40] *Dictionary of National Biography*, p. 555. <<

[41] *Sir* William D'Avenant, *The Cruelty of the Spaniards in Peru*, Londres, 1658, p. 8. <<

[42] *Ibid.*, p. 19. <<

[43] *Ibid.*, pp. 21-22. <<

[44] *Ibid.*, pp. 23-24. <<

[45] *Ibid.*, p. 27. <<

[46] *Sir* William D'Avenant, *The History of Sir Francis Drake*, Londres, 1659, p. 29. <<

[47] *Sir* Ferdinando Gorges, *America Painted to the Life…*, Londres, 1659, p. A2. <<

[48] *America: or An exact Description of the West-Indies*, por N. N., Londres, 1655, pp. 216-217. <<

[49] *Ibid.*, p. 280. <<

[50] *Ibid.*, p. 287. <<

[1] *The Character of Spain: Or, An Epitome of Their Virtues and Vices*, Londres, 1660, p. 1. <<

[2] *Ibid.*, p. 76. <<

[3] *Ibid.*, p. 73. <<

[4] *Ibid.*, p. 3. <<

[5] *Ibid.*, p. 10. <<

[6] *Ibid.*, pp. 36-37. <<

[7] *Ibid.*, p. 71. <<

Índice